SARAH RUSELL

Apareciste en mi vida sin esperarlo



SARAH RUSELL

Apareciste en mi vida sin esperarlo

Primera edición.
Apareciste en mi vida sin esperarlo
©Sarah Rusell
©febrero, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Ana

—No entiendo muy bien que es lo que hacemos aquí —musitó Alicia.

—Te recuerdo que has sido tú la que te has empeñado en acompañarme —murmuré, para no llamar la atención—, y yo estoy aquí porque vengo buscando repuestas —me acerqué a la taquilla para sacar los dos billetes de tren.

—¿Y si tu abuelo se equivocó? Sabes que en los últimos meses desvariaba mucho —la miré de reojo. No le contesté porque había llegado mi turno para sacar los billetes.

—Buenos días, dos billetes para Lauterbrunnen, por favor —le pedí con una sonrisa.

Me dio los billetes, le pagué con tarjeta, no quería gastar el efectivo que había cambiado en España. Antes de venir fui al banco de España a cambiar euros por francos suizos, y cambié bastante, no una millonada, pero si lo suficiente para estar aquí unas dos o tres semanas.

Pero el efectivo lo quería dejar reservado por si en algún lugar no cogían tarjetas, que lo dudaba, pero nunca estaba de más prevenir.

Le di las gracias volviendo a coger mi maleta para ir hacia donde me había indicado que salía el tren.

—Alicia, creo que mi abuelo sabía muy bien donde estaba su hija, aunque no se hablaran, él lo sabía —suspiré, porque mi amiga me estaba dando hasta dolor de cabaza—. Estás aquí porque has querido acompañarme, pero si vas a estar protestando continuamente, creo que lo mejor es que vuelvas a España.

—No es eso, es que no quiero que te lleves una decepción y sufras —sé que ella se preocupaba por mí, a la vista estaba que no había querido dejarme sola en este viaje.

—No me puede decepcionar alguien de la que no espero nada —me puse frente a ella—. Mira, vamos a hacer una cosa, ¿vale? —asintió— Voy a buscarla, si la encuentro y esa mujer no quiere hablar conmigo, me doy la vuelta sin mirar atrás y para mí quedará el tema enterrado. ¿Qué te parece?

—Perfecto, pero ya que estamos aquí también lo vamos a disfrutar por todo lo alto —contestó ahora emocionada—, no todos los días se puede ir a un pueblo suizo apartado de todo el mundo —esto último lo dijo con ironía.

—Trato hecho —levanté mi dedo meñique para que Alicia levantara el suyo y así cerrar el trato.

—Hecho —corroboró ella, entrelazando su dedo con el mío—. ¿Y cuánto dices que tarda el trayecto del tren? —solté una carcajada por el cambio tan grande que había dado en la conversación.

Alicia era así, te podía estar hablando de un tema y cuando menos te lo esperabas, salía con otro muy distinto.

—Tres horas —aguanté otra carcajada al ver la cara que puso.

— ¿Tres horas? Madre mía, pues sí que está lejos ese pueblo, espero que por lo menos merezca la pena —masculló.

—Venga, que tan poco es para tanto, puedes aprovechar para dormir un rato —la animé.

Tenía que agradecerle que en su mes de vacaciones hubiera querido pasarlo conmigo buscando a la mujer que me trajo al mundo en vez de haberse ido a una playa paradisíaca como a ella le habría gustado.

—Míralo por el lado bueno, aquí no hay playas, pero si hay muchas cascadas —lo de que el agua estaba helada, mejor me lo callaba y dejaba que ella misma lo descubriera.

Por suerte no tuvimos que esperar mucho, ya que el tren llegó poco después.

—Me pido ventana —se apresuró a decir Alicia.

—Ya viniste sentada en la ventanilla en el avión —protesté.

—Pues también voy a ir en el tren —se empecinó.

Puse los ojos en blanco. No sé para qué quería ir sentada al lado de la ventana sin antes de andar cinco minutos ya se habría quedado dormida.

—Toda para ti, disfruta de las vistas —le contesté con ironía.

Es que mejor no la podía conocer, pasó tal y como había dicho, no había recorrido el tren ni un kilómetro, cuando ya estaba con la cabeza apoyada en la ventana.

Mira que se quedaba pronto dormida y encima lo hacía de manera profunda. La boca abierta con un hilo de baba cayéndole y esos pequeños ronquidos que soltaba, eran buena prueba de ello.

Y después si le decía que roncaba me contestaba que era mentira, que ella no hacía eso. Pero esta vez se iba a llevar una sorpresa y no me iba a poner más por mentirosa.

Saqué el móvil del bolso para grabarla y no la iba a grabar solo con la grabación de voz, porque era capaz de decirme que esa no era ella, la iba a grabar haciéndole un video.

Con el video en mi poder, volví a meter el teléfono en el bolso. Fue entonces cuando intenté relajarme un poco, pero se ve que una cosa es lo que yo quisiera hacer y otra muy distinta lo que mi mente tenía pensado en este trayecto de tres horas.

Sin ser capaz de dejar de pensar en lo que había sido de mi vida desde el momento en el que nací, aunque en realidad de ese tiempo no tenía recuerdos. Quiero decir, míos propios, sin embargo, me acordaba de todo lo que me había contado mi abuelo, que fue la persona que me crío.

Por lo que me había contado, y ya digo que era su versión de la historia, por eso mismo estaba haciendo este viaje, porque necesitaba saber la versión de la otra persona y así poder seguir con mi vida hacia delante.

Pues eso, según mi abuelo, mi madre siempre fue una niña algo problemática que hacía lo que le daba la gana sin permiso de nadie. Vuelvo a decir, que esas eran las palabras de mi abuelo.

El caso fue, que, según él, cuando mi madre cumplió los dieciocho años se fue de la casa sin decir ni adiós, desde ese momento mi madre murió para mi abuelo.

¿Y si ella dejó de existir para él, como es que yo había llegado a su vida? Pues muy sencillo. Dos años después de su partida, ella llamó al abuelo para decirle que estaba embaraza y que le daba la opción de quedarse conmigo o me entregaría en adopción.

Y él, con su buen corazón, no pudo permitir que su nieta, sangre de su sangre fuera entregada como si no tuviera a nadie que la quisiera. Esas fueron palabras textuales de mi abuelo y no mías.

Desde que mi abuelo me tuvo en sus brazos horas después de yo nacer, no me había dejado sola en ningún momento hasta que hace poco más de un año murió.

Fui una niña feliz, no tuve madre ni padre, pero no me falto ni una pizca de amor y cariño.

No suena muy bien que me eche flores yo misma, pero es que era verdad, mi abuelo hizo muy buen trabajo conmigo.

Me dio una buena educación, unos valores que hoy día los tienen pocas personas de mi edad. Me enseñó a respetar y escuchar a todo aquel que lo necesitara, eso sí, con la condición de que nunca me dejara pisotear por nadie.

Era mi abuelo, pero para mí fue el único padre y madre que había conocido y que conste que en ningún momento eché de menos a esas dos personas que solo me engendraron.

Al hacerse cargo de mi custodia siendo yo una recién nacida, me puso sus apellidos, así que constaba como si fuera su hija.

Por aquel entonces mi abuela también vivía y junto a él me criaron hasta los tres años. La edad que tenía cuando mi abuela murió.

Desde entonces siempre fuimos el abuelo y yo. Y así había sido hasta que él se fue, dejando un enorme vacío en mi corazón.

Un año, es lo que había tardado en dar el paso que estaba dando en estos momentos. Un año en el que muchos días me sentía muy valiente para hacerlo y dos horas después esa valentía se iba por el desagüe.

Poco antes de morir y sabiendo que me iba a quedar sola en el mundo. Una tarde en la que estábamos sentados en el salón de casa, yo corrigiendo los exámenes de mis alumnos y el viendo la tele, me dijo donde vivía mi madre.

Lo soltó de pronto, sin venir a cuento. Cuando le pregunté porque me lo decía ahora. Me dijo que él se iba a morir y que, aunque mi madre no se había preocupado nunca de mí, tenía derecho de saber dónde estaba por si algún día quería ir a buscarla y preguntarle porque me abandonó.

Como no le hice caso, porque para mí esa mujer no era nada. Él decidió dejar apuntando el pueblo y país donde ella vivía, para que así cuando yo le revisara sus papeles lo pudiera encontrar y fue lo que pasó.

En ese papel solo ponía el nombre del pueblo, no había calle ni número de teléfono.

Quizás el encontrarme sola y sin nadie más que mi mejor amiga Alicia, fue lo que me hizo dar el paso para buscar respuestas, eso sí, si ella me las quería dar y, sobre todo, si llegaba a encontrarla, porque nada me aseguraba que esa mujer siguiera viviendo allí.

Capítulo 2



Ana

—Despierta, que ya estamos llegando —le dije a Alicia, moviéndola por el hombro.

—No estaba dormida, solo estaba descansado la vista —la vergüenza desde luego, no sabía lo que era.

—Ya, claro, porque tienes ochenta años y se te cansa mucho —bromeé—. Los ronquidos y la baba caída, ¿también era tu forma de descansar la nariz y la boca? —pregunté con ironía.

—Yo no ronco, puede que suspire un poquito más fuerte, pero no ronco —que cara más dura tenía.

—Claro, cariño, ¿Cómo vas a roncar tú? Si eso no lo hacen las princesas —me miró con las cejas levantada, como diciendo que me había pillado el tono sarcástico—. Entre uno de esos descansos de tus ojos, ¿has podido disfrutar de las vistas de los Alpes? —le pregunté con recochineo.

—Pues montañas verdes como todas —se encogió de hombros.

Alicia era una de las personas que, aunque tuvieras razón, era capaz de inventarse cualquier excusa antes que dártela y como a mí me daba igual, siempre la dejaba pasar.

—¿Y de aquí como vamos a la casa? —negué riendo, tenía cada cosa, la pobre.

—Pues poniendo un pie delante del otro, como todo ser humano hace para moverse —me puse la mochila en la espalda y cogí la maleta.

Me resultaba muy cómodo viajar con mochila, siempre y cuando el viaje no fuera para muchos días, si ese era el caso, llevaba también una maleta pequeña.

Claro que eso era en mi caso, porque en el caso de aquí, mi querida amiga, era todo lo contrario, si no viajaba con dos maletas, y de las grandes, no viajaba con ninguna.

Que le gustaba los cambios de ropa y los zapatos. Una modelo a su lado se quedaba en pañales, digo, por eso de cambiarse tantas veces. Que guapa era un rato y buen cuerpo también tenía, no el de una modelo, pero para mí era mucho mejor.

—¿Tenemos que caminar hasta la casa? —Parecía hasta asustada— Estamos en el centro del pueblo y te recuerdo que has alquilado una de las casas más alejadas que había —ahí le tenía que dar la razón—. Ana, que por muy poco que me guste andar, tienes que reconocer que es una putada ir hasta allí cargada con el equipaje.

—Venga, vamos a coger un taxi —le concedí ese pequeño capricho —, a cambio de que el resto del tiempo nos movamos andando —a ser un pueblo de pocos habitantes, no es que fuera muy grande y andar siempre venía bien, mucho más si estabas rodeada de toda esta naturaleza.

—Andando podremos ir, siempre y cuando no cojamos una buena borrachera —se me olvidaba decir, que lo que tiene de princesita también lo tiene de juerguista.

Pues aquí se iba a llevar una buena sorpresa, porque no creía que hubiera muchos lugares como a los que Alicia estaba acostumbrada a salir.

Eso de salas de fiestas, como que no lo iba a encontrar, a no ser que la montara ella misma en la casa que había alquilado.

Y eso que Lauterbrunnen en los últimos años, se había modernizado algo más por el turismo que venían por el atractivo de sus cascadas. Y es que este pueblo era conocido como el valle de las setenta y dos cascadas.

Una autentica pasada de la que todavía no había tenido la suerte de disfrutar y si conocía tan bien el pueblo era porque había tenido un año entero para buscar todo lo referente a él.

Me moría de ganas por recorrer su calles, andar entre el verde que rodeaba al pueblo en esta época del año, rodearme de toda esta naturaleza a la que no estaba acostumbrada y tanta falta me hacía.

Consiguiera o no lo que venía buscando, tenía por seguro que iba a disfrutar de este mes aquí.

—Con una de esas borracheras no podemos coger ni un taxi —dije riendo, al recordar la última vez que cogimos unas de esas grandes.

Cogimos un taxi que nos llevó a la dirección que le indiqué. Fue poco tiempo de trayecto, sin embargo, enseguida me di cuenta de que el taxista, un hombre de mediana edad y, aunque a primera impresión parecía algo serio, resultó ser todo lo contrario.

Por lo que en cuanto nos dejó en la puerta de la casa alquilada me atreví a hacerle una pregunta. Puede que no recibiera respuesta o que la que me diera no fuera la esperada.

—Perdone, ¿le puedo hacer una pregunta? —le pregunté, poniendo mi mejor cara, tampoco es que le fuese a poner mala cara, ya que nos había tratado con tanta amabilidad.

—Por supuesto, señorita. Intentaré ayudarla en todo lo que pueda —se apresuró en contestar.

—¿Conoce por aquí a una mujer llamada Rosa? Tiene unos cuarenta y cinco años y si no se ha pintado el pelo, lo tiene igual de negro que yo —le di una descripción de más o menos como era ella, por la fotos que había visto de cuando era joven, claro está, porque yo no la había visto en mi vida.

—Conozco a un mujer con esas características y con ese nombre, es fácil localizarla, de hecho, hemos pasado por delante de su tienda —me puse nerviosa.

Y es que, aunque había venido buscándola, en el fondo pensaba que no la iba a encontrar y que me hubiera resultado tan fácil…

—¿Y qué tienda es esa que dice usted? —se adelantó Alicia en preguntar.

—Es una pequeña tienda de comida que hay en una de las calles más céntricas —me dijo como se llamaba la tienda y me indicó como dar con ella.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable —cuando le pagué el trayecto le di una buena propina.

Alicia y yo nos giramos las dos a la vez para mirar la casa que había alquilado, era de una sola planta. Tampoco necesitábamos una más grande para nosotras.

Bueno, en realidad era de dos plantas, lo que pasa que el propietario cuando hablé con él me dijo que la parte de abajo la utilizaba para su taller de carpintería y por lo que pude ver desde que llegué, aquí la madera la utilizaban mucho.

Así que para nosotras era la parte de arriba, tenía dos habitaciones, un salón con chimenea, la cocina, un baño completo y una terraza, que por lo que pude ver en las fotos, sus vistas estaban dirigidas a una parte del valle donde había una de esas tantas cascadas.

—Tenemos unas vistas increíbles y eso que no estamos en la zona alta —le dije a Alicia desde la puerta de la casa.

La verdad, es que había escogido una de las casas más apartadas. A mi amiga le hubiera gustado mucho más que la hubiera cogido en el centro del pueblo, pero yo no quería en esa zona, por si la cosa con mi madre no salía como yo esperaba no tener problema con ella.

—Increíbles, sí que son, pero apartadas también estamos —protestó.

—Mejor, menos ruido nos molesta —cogí el asa de la maleta una vez que había abierto la puerta— subo la mía y bajo a ayudarte con una de las tuyas —le comuniqué a Alicia.

—Te espero, no quiero dejar una maleta en la puerta sola, no vaya a ser que me la roben —lo dicho, a mi amiga en muchas ocasiones no le llegaba el oxígeno al cerebro.

—Como no te la robe Pedro —le respondí resoplando.

—¡¿Qué Pedro?! —gritó desde abajo.

La carcajada no sé si la escuchó, pero yo la solté. No le contesté y la dejé con la intriga hasta que bajé.

—¿Qué Pedro? —volvió a contestar, más tonta era imposible— Contesta —insistió y yo no podía dejar de reír.

—El de Heidi, tonta, que más tonta no puedes ser —no podía parar de reír, si es que se las daba de entendida en todos los aspectos y después le constaba trabajo pillar las cosas.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabes? —me acerqué a darle un beso, no quería que pensara que me estaba burlando de ella.

Lo hacía de su inocencia en muchas cosas.

—Era una broma, es que me lo has puesto a huevo —cogí su maleta—. Coño, pero ¿qué es lo que llevas aquí? Madre mía lo que pesa.

—Para que veas, y yo la he traído todo el camino sin protestar —resoplé.

—Estaría bueno que hubieras protestado, encima de que son tus cosas —anda y que no me costó nada subirla, escalón por escalón, sobre todo con las escaleras tan empinadas que tenía la casa.

Cada una cogimos una habitación, menos mal que las dos era casi iguales, de no ser así, estoy segura de que habría protestado por coger la mejor.

—¿Salimos a dar un paseo? —Se asomó a la habitación.

—Primero quiero colocar la ropa y tú deberías hacer lo mismo —le contesté, comenzando a sacar la ropa de la maleta y de la mochila.

Por primera vez desde que éramos amigas me hizo caso sin protestar, no sabía si ponerme de rodillas y agradecérselo, o le hacía la ola.

Capítulo 3

Hans

Me tenía hasta los cojones Golosa, siempre iba por libre y me costaba la vida misma traerla de vuelta al corral. Encima de que la tenía todo el día pastando detrás de casa.

—Golosa, me cago en la madre que me parió, ¿quieres entrar de una puta vez? —Me miró como si pasara totalmente de mí. Como si pasara no, es que estaba pasando literalmente.

—¡Muuu! —eso es lo que recibí por respuesta, su mugido. Ver para creer…

—¿Entras o hago contigo carne picada? Tú decides —me soltó otro mugido antes de comenzar a caminar hacia el cercado con toda la parsimonia del mundo.

Al pasar por mi lado le di una palmada en sus cuartos traseros.

—Eso por rebelde —le dije sonriendo.

Desde luego que no podía tener más carácter esta vaca. Para mí todas eran especiales, pero Golosa y Milka, eran las que más.

Me gustaba ponerles nombres a todas mis vacas, no es que estuviera loco ni nada por el estilo. Es que son seres vivos como otros y si a un perro o a un gato se le puede poner nombre, ¿Por qué no se lo iba a poner a ellas?

Todas mis vacas tenían nombres de dulces, todas menos una que era la más vieja de todas.

Y no es que yo fuese muy fan del dulce, pero mi hija sí lo era y mucho, tanto que en casa no solía tener nada de eso, porque como Melina diera con los dulces, era capaz de comérselos de una sentada.

Solía comprarle uno a la semana. No es que Melina tuviera sobre peso ni nada, es solo que me gustaba que comiera un poco más sano.

Estaba claro que lo de las vacas era un hobby, con seis no me daba para subsistir, mi verdadera profesión era carpintero, de la carpintería era de lo que comíamos mi hija y yo.

Si que era verdad que la leche que daban las vacas la vendía, porque seis vacas dando leche todos los días, era mucha cantidad para dos personas, aunque hiciera quesos y mantequilla.

Como iba diciendo al principio, Melina era la encargada de buscarle nombres cuando llegaba una nueva vaca y a las que teníamos ahora mismo les había puesto el nombre ella.

Golosa, Milka, Algodón "lo de algodón, era por el dulce", Canela, Dulce y Duquesa. Esta última fue la única que se salvó de esos nombre.

Mi vida aquí era simple y sin sobresaltos, así era hasta que venía a buscarme mi amigo Levi, que era el jefe de la policía local. Levi solía acudir a mí cuando algún turista incauto se desviaba de los senderos y decidían explorar por ellos mismos.

Ahí es donde entraba yo, se me daba bien localizar a las personas pedidas y me conocía la mayoría de estas montañas como la palma mi mano.

Menos mal que eso solo pasaba en contadas ocasiones. El resto del tiempo mi vida era como he dicho antes, tranquila, me dedicaba a mi trabajo, a mis animales y sobre todo a mi hija. No había más.

Bajaba al pueblo lo justo y necesario, no me sentía muy cómodo estar rodeado de muchas personas.

Levi me decía que eso era desde que había nacido Melina, y tal vez tenía razón, porque desde que mi pequeñaja llegó a mi vida, esta había cambiado mucho.

Y no, mi hija no tenía madre, solo estábamos ella y yo. Cuando la madre de mi hija se quedó embarazada, yo era apenas un hombre que estaba empezando a vivir, tenía veinticuatro años.

Dos meses después de nacer Melina, dijo que ella no podía vivir aquí apartada de todo, que necesitaba más vida. Me pareció irónico cuando me lo dijo, sobre todo porque ella no era de aquí, vino a Lauterbrunnen buscando paz y tranquilidad, se las daba de ser una mujer que huía de las aglomeraciones e iba de hippy por la vida.

Cuando lo único que demostró es ser un malcriada que lo único que quería era vivir sin responsabilidades y cambiando de ciudades y pueblos tantas veces como pudiera.

Reconozco que fui un completo gilipollas que se dejó seducir en su momento por una niñata que no tenía ni puta idea de lo que era la vida real, una persona que vivía en su mundo de color sin pensar en nadie que no fuera ella misma.

De lo único que no me arrepiento de haberla conocido, era porque gracias a ello, hoy día tenía lo más valioso en mi vida, mi princesa.

Sabía lo que era el trabajo, pero lo hacía para mí, lo que quiero decir es que trabajaba porque tenía que hacerlo, pero para vivir un muchacho de esa edad. En cambio, ahora era una responsabilidad mucho mayor, porque no iba a permitir que mi hija pasara ninguna necesidad.

Eso sí, la estaba educando para que no fuera una niña caprichosa, desde pequeña le enseñé el valor de las cosas y que no se compraba por comprar. Hasta ahora no me podía quejar de la hija que tenía, dejando claro que tenía sus cosas, como era normal en una niña de seis años.

Tenía dos casas, que ya era un lujo teniendo en cuenta que solo tenía treinta años.

La que estaba un poco más cerca al pueblo, solo la utilizaba para alquileres vacaciones y de eso hacía muy poco tiempo, antes me negaba, hasta que un día Levi me dijo que en el pueblo cada vez había más turismo y por lo tanto mucha más demanda, que no fuera tonto, que alquilando la casa podía sacar un sobresueldo.

Le costó convencerme, porque al alquilarla no podría trabajar en mi taller. Como era normal, no me iba a poner debajo de donde dormían los inquilinos con la máquina de serrar.

Cuando la alquilaba me solía traer a casa los encargos de menor tamaño, por lo menos así no perdía el tiempo.

Esta vez la había alquilado para un periodo algo más largo de tiempo, por lo que tuve que llegar a un acuerdo con la mujer que hablé por teléfono.

El acuerdo fue, que tres mañanas a la semana tenía que ir a mi taller para trabajar, eso sí, le dije que iría a una hora razonable y que no pudiera molestarla.

La verdad, es que esa mujer fue muy amable y me contestó que no le importaba si tenía que ir más días, pero no iba a hacer tal cosa.

—Papi, ¿sabes que día es hoy? —¿Por dónde había llegado la niña que no me había dado ni cuenta?

—Cariño, ¿de dónde has salido tú? —Me agaché para cogerla en brazos.

—De la casa —contestó como si nada—. ¿Sabes o no sabes que día es hoy? —volvió a preguntar con su fina voz.

—¿El día de hacer quesos? —me puso un dedo ante el rostro y moviéndolo de un lado para otro negó— A ver, déjame que lo piense —me puse un dedo debajo de la barbilla como si estuviera pensado —… Ya sé, hoy es el día que tenemos que empezar con el nuevo cuaderno de lectura.

—No, papi, hoy toca que me compres mi dulce —se le dibujó una gran sonrisa en el rostro.

—No puede ser, yo juraría que ese día fue ayer —la inocencia de un niño era encantadora.

—No, no, papi, toca hoy —la barbilla le empezó a temblar por las ganas de llorar que le habían entrado—, te prometo que no te estoy engañando.

—Bueno, si tú lo dices, te creeré —lo mejor vino cuando me escuchó decir esas palabras. El abrazo que me dio no tenía precio, era lo mejor que me había pasado en mi vida—. Me ducho y bajamos a la tienda.

—¡Eres el mejor papi del mundo! ¿Has visto, Duquesa? Papi me va a comprar mi dulce —se bajó de mis brazos para montarse en el cercado y hablarles a las vacas.

—Melina, no te muevas de aquí mientras me ducho —le revolví el pelo antes de darle un beso en la coronilla.

Me duché rápido, aunque Melina era una niña obediente, no dejaba de ser una niña pequeña y no me gustaba dejarla mucho tiempo afuera sin vigilancia.

Cuando me crie en el pueblo, todo se sentía mucho más seguro, no es que ahora pasaran cosas, no era el caso, pero antes no recibíamos todos los visitantes que venían ahora.

Y donde no conoces a las personas, no sabes lo que puede pasar hasta que pasa. Y desde luego que con la seguridad de mi hija no me la iba a jugar en ningún aspecto.

Me puse un vaquero que ya estaba algo desgastado, pero como cuando regresara de la tienda iba a trabajar un rato, no me importaba.

Una camiseta de manga corta en gris y mis botas.

—Ya estoy, cariño —seguía en el mismo lugar que le había dicho que se quedara.

—Hoy vamos a bajar en el coche, que tengo algo de prisa —sabía que a ella le gustaba mucho más ir andando, aunque muchas veces se cansaba a la subida y tenía que traerla en brazos.

—Vale, papi —corrió hacia el coche—, así es mucho mejor, porque podemos comprar más dulces —se relamió los labios.

—Te compro uno más, pero si me prometes que te lo vas a comer mañana —la cogí en brazos para sentarla en su sillita.

—Prometido —cuando me agaché para pasarle el cinturón me abrazó—. Te quiero mucho.

Cada vez que me decía que me quería, se me hacía un nudo en la garganta de la emoción.

—Yo también te quiero, más que a nada en el mundo —la besé en su pequeño moflete.

Capítulo 4



Ana

—¿No vas a preguntarle? —quiso saber Alicia.

—No, quiero jugar con la ventaja de que sé quién es y ella no sabe quién soy yo — decidí eso, desde que el taxista me dijo que en el pueblo había una mujer que coincidía con la descripción que le había dado.

Le di muchas vueltas a la cabeza y que tuviera una tienda me vino de maravilla, por lo menos así podía ir acercándome a ella y a lo mejor se dejaba conocer un poco.

—Yo no es por nada, pero si yo fuera tú, iba y le preguntaba directamente —pronunció.

—Ya, pero yo prefiero hacerlo como te he dicho —miré por la cocina para comprobar los utensilios que había. Ya que íbamos a bajar para hacer la compra más grande, quería ver si hacía falta una sartén o una olla.

No me costaba nada comprar algo barato y después dejarlo en la casa, pero no, cuando miré todo los muebles pude comprobar que tenía de todo.

—Porque no haces una lista de la compra y así no vamos a ciegas —me propuso Alicia.

—Pues mira, me parece una buena idea, porque aparte de la comida tenemos que comprar gel y suavizante para la ropa —busqué un boli y un papel, pero no di con nada—. No encuentro nada con lo que apuntar.

—Hija, ahora la tonta pareces tú —pronunció riendo—, apuntalo en notas del móvil —reí al verla decirlo tan triunfante.

—Parece que el aire de los Alpes te está sentando bien —puso cara de enfurruñada.

—Oye, Heidi —¿Me había llamado, Heidi? ¿De verdad? Solté una risilla al escucharla— ¿Tú crees que aquí encontrarás a algún Pedro? —Esta tía era la hostia.

—Claro, uno que tenga un montón de cabras y con el que me pueda hacer una cabaña en la montaña más alta que haya —hablé siguiéndole el juego.

—Y si tú encuentras a tu Pedro, ¿con quién me quedo yo? —Que tonta era, pensé en broma.

—Tú, con el abuelo o una de sus cabras —bromeé.

—Me gustan los hombre más mayores, pero tanto como para que sea un abuelo, no —hizo como si le entrara ganas de vomitar—. Aunque si está a punto de palmarla y tiene dinero no le haría asco —ahora fui yo la que puso la cara de asco.

—Alicia, no digas eso ni en broma —joder, solo de pensarlo se me revolvía el estómago.

—Mujer, eso solo lo haría en caso desesperado — hija de su madre.

—Ni en esos casos, antes nos ponemos las dos a pedir en la calle —guardé el teléfono en el bolso de bandolera que había cogido—. Vamos, que al final se nos va a hacer tarde —abrí la puerta dejándole paso para que saliera ella antes que yo y poder cerrar con llave.

Bajamos tranquilas, disfrutando del paseo. Iba mirando cada rincón enamorándome de este lugar con cada paso que nada.

—Ya podías haber escogido una casa más cercana —volvió a protestar.

Ojo que la podía entender, meter una persona tan urbanita como ella en este lugar, era un cambio muy radical.

Pero como ella había querido venir por voluntad propia, ahora que se aguantara un poquito, de todos modos, estaba segura de que cuando llevara unos días aquí lo iba a disfrutar mucho.

—Con la compra subiremos en taxi, ¿verdad? —Que cansina era cuando quería.

—Que sí pesada. Vaya viajera estás hecha —resoplé.

—Antes de comprar, podemos parar a comer —madre mía que cruz me había caído con ella.

—Alicia, ¿Por qué no hacemos una cosa? —le pregunté, pero sin esperar respuesta— Que cierres la boca durante un ratito —joder, ni respirar me estaba dejando—. Sabes que te quiero más que a mi vida y que eres la única familia que tengo, pero por favor, déjame respirar un poquito —junté mis manos a modo de súplica.

No me gustaba decirle estas cosas, me hacía sentir mal, pero es que, de verdad, necesitaba, aunque solo fueran cinco minutos de silencio.

Tenía que entender que me encontraba un poco nerviosa al saber que iba a ver por primera vez en mi vida a la mujer que me había traído al mundo.

—Perdona, tienes razón, paro de hacerte preguntas tontas, pero es que estoy nerviosa por ti —puso su mano en mi brazo, era una manera de darme su apoyo—. Creo que deberíamos ir a otra tienda y dejar esa para cuando conozcamos un poco mejor la zona, quizás si vamos preguntando por aquí o por allá, alguien nos pueda ir dando algo de información.

—Tienes razón, pero necesito verla, aunque no sepa quién soy —no tendría que ser así. No debería importarme nada de esa mujer, seguir con mi vida como había hecho siempre.

Sin embargo, había algo en mi interior que no me dejaba seguir como si nada.

De todos modos, estaba preparada de sobra para que en el momento que le dijera que era su hija, me echara a patadas sin ni siquiera despeinarse.

Lo que no sabría decir es si me iba a doler su desprecio o no. Por mucho que me quisiera hacer la fuerte, no lo era del todo, aunque de cara a todo el mundo no lo demostrara.

—Mira, allí se ve un buen lugar para comer algo, por lo menos hay bastante personas —me dijo Alicia, señalando a un lugar que no se veía lejos.

—¡Wow, que vistas! —exclamé impresionada—. Quédate dónde estás, tienes la foto perfecta —saqué el móvil de mi bandolera y le hice varias fotos.

Era una imagen impresionante la que tenía de fondo, la mayor cascada de Lauterbrunnen y la tercera del mundo, con una altitud de trecientos metros de caída, el agua que en esta época del año parecía que iba soltado una suave bruma.

Era la cosa más bonita que había visto en mi vida, si giraba sobre mí misma y miraba a todo a mi alrededor, todo este valle era verde. En un punto de él estaba el centro del pueblo, pero el resto de las casas estaban salpicadas por la parte baja de las laderas, sin más ruido que el de la propia naturaleza.

No sé, aquí lo colores parecían ser mucho más vibrantes, se sentía de otro modo. El cielo no estaba contaminado como pasaba en la grandes cuidades.

Lo olores parecían ser mucho más intensos, a lo mejor era solo percepción mía, pero a mí la hierba me olía más a hierba.

—Ponte tú ahora —me dijo, quitándome el teléfono de las manos—. Tía, te tienes que poner esta foto de fondo de pantalla, sales super bien y los colores que se ven a tu lado son espectaculares.

Había una pequeña plaza un poco más abajo, donde se podían ver las típicas furgonetas de comida rápida, tenían un montón de mesas y sillas para poder comer allí con tranquilidad.

Mis ojos se fueron del tirón para el puesto de los *Corn Dogs*, que básicamente eran unas salchichas pinchadas en un palo, en realidad no tenían que ser ni salchichas, te daban la opción de elegir el relleno.

En mi caso me lo pedí de queso, Alicia sí se pidió la auténtica salchicha suiza. También te daban la opción de elegir el rebozado y, como no, la salsa que le echaban por encima.

Decir que estaba bueno, era quedarse corta, era un auténtico orgasmo culinario, de esos que no quieres que el sabor desaparezca nunca de tu boca.

—Toma, prueba el mío —le ofrecí, estirando la mano.

—Tía, un poco más y lo pruebo por el ojo —me pasé un poquito con el entusiasmo.

—Toma, prueba el mío —ella hizo lo mismo, la diferencia fue que lo hizo intencionadamente—. Joder, el tuyo está mucho más bueno —se relamió los labios.

—A mí también me gusta más el mío, a lo mejor es por rebozado que has elegido —estaba muy bueno, pero no llegaba a explotar los sabores como había pasado con el del queso.

En cuanto terminamos de comer, fuimos dando un paseo por las calles, deteniéndonos en algunas tiendecillas. Creo que lo estaba haciendo inconscientemente, como alargando el tiempo todo lo que podía, por el miedo y los nervios.

No era mi intención y no me di cuenta de que lo estaba haciendo hasta que Alicia me lo dijo.

Llegamos a la puerta de la tienda, me detuve un momento para tomar una respiración profunda antes de decidirme a empujar la puerta.

La tienda no era nada pequeña y por lo que pude ver en un primer vistazo, parecía tener de todo, por lo menos alimentos, que en cierto modo era lo que íbamos buscando.

—Buenas tardes —nos dijo la mujer que estaba detrás de la caja—. Bienvenidas y para lo que necesiten, estoy a su disposición —se ofreció de manera muy amable.

—Hola —contestó Alicia—, muchas gracias —me miró a mí— ¿Cogemos una cesta? —me preguntó, haciéndome señales con los ojos para que reaccionara.

—Buenas tardes —respondí—. Mejor cogemos dos cestas, en una no nos cabe todo —le contesté a Alicia.

Iba caminando detrás de Alicia y menos mal, porque no sabía ni lo que nos hacía falta y eso que había hecho la lista.

No podía dejar de pensar en el gran parecido que esa mujer tenía con mi abuela, no se podía decir que no era su hija.

Si comparaba una foto de mi abuela con los años que tenía mi madre ahora, eran iguales, sin embargo, yo no me parecía tanto a ellas, es verdad que tenía el mismo color de ojos y mismo color de pelo que tenía Rosa.

Y eso era en lo poco que se diferenciaba de mi abuela, por lo que pude ver esta mujer había heredado el pelo negro y los ojos verdes de mi abuelo, al igual que yo.

Quizás teníamos un sutil parecido, pero no mucho. En fin, lo normal, teniendo en cuenta que yo no tenía los mismos padres que ella.

—Ana, espabila que te has quedado medio tonta —que fina era para decir que me había quedado en s*hock*—. Venga, tía, demuestra lo fuerte que eres —iba caminado entre los pasillos mirando a mi amiga.

No me di cuenta que delante de mí había una niña pequeña agachada mirando unos productos de la estantería, lo hice al tropezar con ella.

—Ains, pequeña, perdona, es que no te he visto —me agaché para ayudarla a que se levantara, ya que con mi tropiezo había caído de culo— ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —le iba preguntando preocupada.

—¡Qué guapa eres! —parecía que se había quedado embobada.

—Cariño, ¿estás bien? Dime si te has hecho daño —lo que me faltaba era que a la niña le pasara algo y su madre me la liara.

—No me duele nada —dijo con una risilla— ¿Por qué eres tan guapa? —Estiró la mano para pasarla por mi cara. Mira que conocía niños, de hecho, trabajaba con ellos, pero esto que me estaba pasando con esta niña, no me había pasado nunca.

—Si aquí hay alguien guapa, esa era tú, pareces una princesa con tu pelo tan rubio y ese rostro tan bonito que tienes —le puse un mechón de pelo detrás de la oreja, lo tenía tan fino que se le había escapado de la coleta.

Capítulo 5



Hans

—Melina, ¿te gusta este o este? —le pregunté a mi hija con un zumo en cada mano—. Cariño, contesta —me di la vuelta para saber el motivo por el que estaba tan callada.

¿Y cuál fue el motivo? Muy sencillo, no estaba detrás de mí. No tuve miedo al no verla, estaba segura en esta tienda y sabía que no saldría de ella.

Además, estaba Rosa y ella no la dejaría salir sola.

Conocía tan bien a mi hija que estaba completamente seguro de que estaría en el pasillo donde estaban las galletas y los dulces, esos que tanto le gustaba.

Le volvía loca una cajita que traía cinco bizcochitos en forma de oso, venían rellenos de chocolate, esos y la típicas galletas de chocolate.

Eché un zumo, el que creía que le iba a gustar. A ver, que no es que no conociera los gustos de mi hija, es que unas veces quería uno y otras, otro. En fin, cosas de niños.

Me fui directo al pasillo donde sabía que estaría. Antes de llegar a mi hija me detuve al verla hablando con una mujer que estaba agachada junto a ella, había otra mujer un paso por detrás, esa estaba de pie pendiente a lo que estaban hablando mi hija y la que supuse que sería su amiga.

—Si aquí hay alguien guapa, esa era tú, pareces una princesa con tu pelo tan rubio y ese rostro tan bonito que tienes —le puso un mechón de pelo detrás de la oreja, lo hizo con tanto cariño que me dejó un poco tocado.

—Tú eres mucho más bonita, la mujer más guapa que he visto en mi vida —le contestó mi hija.

La verdad, es que esa mujer era guapa, no lo podía negar. Era morena de pelo, el rostro lo tenía con unos rasgos finos, la boca en forma de corazón. Desde donde estaba no le podía ver el color de ojos, pero estaba seguro de que sería preciosos.

—¿Has visto, Alicia? El piropo más bonito que me han echado en mi vida y lo hace una pequeña princesa —le dijo a su amiga con una pequeña sonrisa—. Por cierto, ¿qué haces aquí sola?

—No estoy sola, estoy con mi papi, pero él está comprando una cosa y yo he venido a coger esos ositos de chocolate —le contestó señalándole los ositos.

—¿Y no crees que tu papá se asustará si no te ve a su lado? —Mi hija negó con la cabeza—. Pues yo me asustaría si fueras mi hija —le dio un toquecito en la nariz con el dedo— ¿Y esta princesa tan bonita como se llama?

—Melina, ¿y tú y tu amiga? Ella también es muy guapa —miró a su amiga.

—Ella es Alicia y yo me llamo Ana —le contestó.

—Pues Alicia, tú también eres muy guapa —la amiga le sonrió.

—Gracias, cielo —se podía notar de lejos que esa mujer no estaba tan acostumbrada a tratar con niños, por lo menos no igual que su amiga.

Después de escuchar los nombres, me sonaba mucho el nombre de la mujer que estaba hablando con mi hija. ¿De qué me sonaba tanto? Era de algo y ahora no caía de qué.

Por mucho que intentara hacer memoria no lograba dar con lo que era.

Lo mejor que podía hacer era dejarlas de observar, como se dieran cuenta de que las estaba mirando, se iban a llevar una impresión nada buena mía.

—Melina, ¿qué te tengo dicho? —le dije, cuando me acerqué a ellas.

—Lo siento, papi, vine a buscar mis ositos —me contestó, levantando el rostro para mirarme a los ojos.

La mujer que estaba agachada junto a mi hija se levantó en cuanto me escuchó.

—Lo siento, creo que ha sido culpa mía —dijo levantando la mirada. En cuanto vi esos ojos, sentí un pellizco en la boca del estómago. Dios, tenía los ojos verdes, pero era un verde claro que hacía que no pudieras dejar de mirarlos—. No me di cuenta de que estaba agachada y tropecé con ella. le he preguntado si se ha hecho daño y me ha dicho que no, de verdad que lo siento mucho —realmente parecía que lo sentía.

—Si mi hija te ha dicho que está bien, es porque lo está, así que no te preocupes —miré a mi hija para cerciorarme de que de verdad estaba bien—. Gracias por preocuparte.

—Era lo mínimo —desvió los ojos a Melina—. Bueno, creo que os he entretenido mucho, es mejor que os deje con vuestras compras —que sonrisa más bonita tenía.

—Papi, ¿a qué es la mujer más guapa del mundo? —cosas de niños, que si supieran la vergüenza que nos hacía pasar, estoy seguro de que no lo dirían.

—Cariño, creo has hecho que se avergüence un poco —a la mujer se le pusieron las mejillas rojas.

—Pero es la verdad —seguía sin entender que había cosas que no se podía decir así porque sí.

—Ya, cariño, pero hay cosas que no se pueden decir porque puedes incomodar a las personas —había ciertas cosas que le podía costar un poco más entender, teniendo en cuenta que solo tenía seis años, demasiado entendía para la edad que tenía.

—No importa, todavía es pequeña —le quiso quitar importancia—. Bueno princesa, espero volver a verte algún que otro día por el pueblo.

—¿Te vas a quedar muchos días? —lo que no me atrevía a preguntar yo, lo hacía mi hija.

—Me voy a quedar un mes —¿Un mes y se llamaba Ana? En ese instante me vino a la mente porque me sonaba su nombre.

Ella era la mujer a la que le había alquilado mi casa, estaba completamente seguro.

—¿Un mes? Perdona la pregunta. ¿Habéis llegado hoy?

—Sí, hará una tres horas y pico —contestó.

—Pues creo que soy el hombre con el que hablaste por teléfono para alquilar la casa. Soy Hans —le tendí la mano para presentarme formalmente.

—Pues creo que sí, por lo menos así se llama el hombre con el que hablé. Encantada, soy Ana y ella es Alicia —también le di la mano a su amiga.

—Encantada —me dijo su amiga.

—Papi, papi —me dio varios tirones en el pantalón para llamar mi atención— ¿Entonces Ana y Alicia se quedan a dormir en la casa del taller? —a Melina se le iluminó el rostro.

—Eso parece, cariño —la cogí en brazos.

—Nosotros vivimos en una casa un poco más arriba —les dijo feliz —. Podéis venir un día a vernos. Mi casa es mucho más bonita y grande —sí que lo era y mi trabajo me había costado darle vida a esa casa.

Al principio, cuando la madre de Melina se quedó embaraza vivíamos en la casa que ahora alquilaba. Poco a poco empecé a construir en la que vivimos ahora, me costó años terminarla.

De hecho, la madre de mi hija no llegó a conocerla. Tardé un poco más en hacerlo, porque al verme con una niña recién nacida y yo solo, como que no fue fácil. Fueron meses y años difíciles, pero ahora me sentía orgulloso de todo lo que había conseguido.

—Claro, un día de estos subiremos a visitarte —la que se lo confirmo fue Alicia—, y tú puedes bajar a visitarnos cada vez que quieras —no sabía lo que había dicho, ahora iba a querer bajar un día sí y el otro también.

—¿Has oído papi? Puedo ir a verlas, cuando tú vayas a trabajar me puedo ir contigo y quedarme con ellas —mi hija era una niña feliz, pero tengo que admitir que en ese momento tenía un brillo especial en la mirada.

—Cariño, ellas han venido para hacer turismo, no para estar en la casa —no quería que se desilusionara pensando que se las iba a encontrar en la casa siempre que ella quisiera ir a verlas.

—Oh, no nos importa que venga a la casa y si salimos a dar un paseo por el pueblo se puede venir con nosotras, siempre y cuando a ti no te importe —sabía que Ana se estaba ofreciendo de corazón, pero no quería que mi hija lo pasara mal cuando dentro de un mes se marcharan.

—Di que sí, por favor, papi —me rogó, juntando sus manitas.

—Vamos viendo, ¿vale? —le di un beso en la cabeza— Supongo que habéis bajado andando —asintieron—. Nosotros hemos bajado con el coche, ¿si queréis podéis subir con nosotros? —les pregunté al imaginarme que iban a subir cargadas de bolsas.

—No te preocupes, teníamos pensado coger un taxi. No quiero molestar —se le notaba que estaba un poco cortada.

—Pero, Ana, es una tontería, ellos van para el mismo lugar y ha sido Hans el que se ha ofrecido —musitó su amiga.

—Alicia tiene razón, me he ofrecido yo, además, no es una molestia —insistí—. Podéis terminar de hacer vuestra compra tranquilas, nosotros también vamos a hacer la nuestra.

—Gracias, eres muy amable —no me costaba nada subirlas, eso por no decir que me gustaría pasar más tiempo junto a esa mujer. Me había gustado mucho, no lo voy a negar, aunque de ahí a algo más había un mundo.

Capítulo 6



Ana

El *shock* que me llevé al ver a mi madre no había sido nada comparado a ver ese hombre.

Se veía muy joven para ser padre de una niña tan grandecita. Desde luego su mujer tenía que estar la mar de feliz de tener a un hombre como él junto a ella, por lo menos en el aspecto físico.

Sé que eso no lo era todo en una persona, ¿Cuántas había que eran bellezas por fuera y después por dentro no valían nada? Pero Hans no parecía ser un mal hombre, claro, que tampoco es que lo conociera de nada, solo podía opinar de la pequeña conversación que habíamos tenido.

—Menudo bombón de hombre —susurró Alicia.

—Shhh, calla loca, que te van a oír —dije en voz baja—. No sabemos si están en el pasillo de al lado —seguí hablando en voz baja.

—Sí, sí, como tú digas, pero eso no quita que no esté bueno —la madre que la parió, a esta le importaba todo un pito—, aunque creo que no tengo nada que hacer con él.

—Tía, que estará casado, deja las tonterías a un lado y céntrate —le di una colleja.

—Pues si está casado, ha pensado poco en su mujer, porque te ha comido con la mirada —me guiñó un ojo de forma descarada—. Por eso he dicho que tengo pocas posibilidades, por ti, no por su mujer.

—Déjate de bromas y vamos a seguir con la compra, no quiero molestar mucho a Hans —empecé a coger la comida que nos faltaba —. Que no se te olvide coger los productos de aseo.

—Perfecto, sigue tú con eso y yo voy a por lo otro —se alejó con su cesta.

Fui echando las cosas que tenía apuntada en la lista de móvil y las que no tenía apuntadas también. Cogí dos cajitas de los ositos que había visto que le gustaba a Melina para cuando viniera a casa, darle uno de vez en cuando.

También eché unos cuantos caprichos, tipo de gominolas y paquetes de patatas, para cuando por las noches estuviéramos tiradas en el sofá viendo alguna película o simplemente hablando, tener algo que picar.

Soltando un suspiro largo me fui hacia la caja, al llegar allí, vi que estaban Hans y Melina con su compra en bolsas.

—Siento mucho hacerte esperar, de verdad que no tenías que haberte quedado —le dije un poco cortada. No sabía que tenía ese hombre que me ponía nerviosa.

—No tienes que pedir disculpas, he sido yo el que me he ofrecido —me volvió a decir.

—Rosa, ella es Ana y se va a quedar un mes en la casa que tiene papi encima del taller —le dijo la niña loca de contenta a la que se suponía que era mi madre.

—Vaya, ¿así que un mes entero? —me preguntó la mujer— Encantada, como ha dicho Melina, mi nombre es Rosa —extendió la mano para presentarme formalmente.

—Encantada, soy Ana y mi amiga es Alicia —dije justo en el momento en el que llegó mi amiga a mi lado.

La saludó de la misma manera en la que lo hizo conmigo.

—¿Y de país sois? Espero que no os moleste la pregunta —iba pasando los producto por el código de barras.

—No para nada —le contestó Alicia—. Venimos de España —dijo como si tal cosa, que no tenía nada de malo que lo dijera, solo es que yo no era capaz de hablarle a esa mujer naturalmente, algo dentro de mí me lo impedía.

—Yo también soy española —dijo con una sonrisa—. Todos mis clientes son bienvenidos, pero si son de mi país, mucho más.

—¿Sois del país de mi abuelita Rosa? —el corazón se me detuvo por unos segundos. ¿Había dicho su abuela? ¿Eso quería decir que la madre de Melina era hija de ella? ¿Tenía una hermana que estaba con el hombre que me había parecido atractivo?

Las preguntas se me amontonaron en la mente, una detrás de otra. Era incapaz de dejar de darle vueltas.

Me empezó a faltar el aire, las manos comenzaron a temblarme, me empecé a sentir muy mal con una angustia en el pecho que impedía que el aire me llegara a los pulmones.

Los ojos me picaban de las ganas de llorar que me habían entrado.

¿Cómo podía haber dejado a una hija en cuanto nació y hacer su vida tan normal? ¿No tenía corazón? No me acurrucó contra su pecho ni una sola vez, por lo que me dijo mi abuelo, no quiso ni mirarme cuando nací, les pidió a las enfermeras que me sacaran de la habitación.

¿Qué tenía yo de malo para merecer ese desprecio?

—Ana, escúchame, trata de respirar con normalidad —Alicia me cogió de los hombros para que le prestara atención.

—No puedo Ali, no puedo —iba negando con la cabeza—, tengo que salir, encárgate tú, por favor.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida y parece que te cuesta respirar —se preocupó Hans.

—Déjala que salga, ahora mismo no puede ni hablar —le contestó Alicia por mí.

Supe que me estaba mirando, pude sentir su mirada clavada en mi espalda, pero ahora mismo no podía hablar con él ni con nadie, necesitaba procesarlo todo con calma y lo más importante de todo, necesitaba calmarme.

¿No sé a qué había venido aquí? Sí, sabía que esa mujer nunca me había querido, se fue de la casa de mi abuelo y si hubiera querido saber de mí habría ido a buscarme.

No le iba a decir nada, no después de esto y lo sentí mucho por Hans, pero pensaba mantener las distancias, aunque no tuviera culpa de nada, no podía tener contacto con él porque terminaría conociendo a su mujer y eso sí que no.

No, porque por mucho que me mordiera la lengua sabía que terminaría soltando algo y lo que para ella sería una buena madre, para mí era la peor del mundo y donde había dos opiniones tan distintas de la misma persona, había discusiones.

A Melina no le iba a decir nada y mucho menos apartarla, mi corazón no me permitía hacer algo así con una niña, lo que no quería decir que pusiera alguna excusa cuando me dijera de ir a su casa.

A los niños de la edad que calculaba que tenía ella, era fácil convencerlos, eso sí, tenías que saber muy bien cómo hacerlo, porque cuando se encabezonaban, cualquiera los bajaba del burro.

—Ana, ¿te has puesto malita? —La niña me cogió de la mano dándome un pequeño tirón para que le prestara atención—. Yo quería haber salido antes, pero papi y la abuela Rosa no me han dejado —siguió hablando con cara de pena.

—Princesa, no te preocupes, ya estoy bien, es que no hace mucho he estado resfriada y todavía me cuesta respirar de vez en cuando —me atreví a cogerla en brazos apoyándola sobre mi cadera.

—Oh, pobrecita —me acarició el rostro con sus pequeñas manos. No había nada más puro que el corazón y el alma de un niño— ¿Sabes lo que hace papá cuando me pongo malita?

—No, pero estoy segura de que te cuida muy bien —dije, pasándole la mano por la espalda con una caricia.

—Me prepara una sopa de pollo riquísima —me parecía que la sopa esa no le gustaba solo cuando estaba enferma, porque en la manera que se relamió los labios, lo dejó claro—. Por las noche antes de dormir me da un vaso de leche calentita y lo que es más importante —hizo una pausa—, se acuesta conmigo, me abraza muy fuerte y me da muchos besitos —esta niña hacía que mi corazón se enterneciera con cada una de sus palabras.

—Eso es porque te quiere mucho, mucho y no quiere que te pase nada malo —no sé si el padre de la niña me diría algo o no por ser cariñosa con ella, pero es que no podía no serlo—. Estoy completamente segura de que con estas cosas que hace tú papá por ti, te pones buena mucho antes —¿Por qué nunca hablaba de su madre? ¿Estaría haciendo algo parecido a lo que hizo mi madre conmigo?

—Sí, mi papi tiene poderes y hace que me ponga buena pronto —la puse en el suelo cuando se abrió la puerta y por ella salieron Alicia y Hans.

—Melina, te había dicho que no molestaras a Ana —le riñó el padre.

—No te preocupes, gracias a ella se me ha pasado todo antes —se arrimó a mi pierna como si no quisiera separarse de mí—. Es una enfermera princesa, maravillosa —comenté, mirando a la pequeña.

—Se nota que no te molesta, pero tiene que saber obedecer cuando se le dice algo —expresó, ahí tenía razón, en cambio a mí no me parecía que la niña fuera desobediente.

—Yo siempre te hago caso en todo, es que quería saber si Ana se encontraba mejor —dijo algo compungida.

—Cariño, tú papi tiene razón, a mí no me ha importado que te preocupes por mí, pero cuando papá te diga algo, tienes que hacer lo que él te diga —como le dije a ella, no me importaba que me hubiera preguntado, pero no iba contradecir al padre—. No te pongas triste porque estoy segura de que papi no está enfadado y a entendido porque lo has hecho esta vez —le di un beso.

—¿Nos vamos? —preguntó Alicia con algunas bolsas en las manos. Ahí no estaba ni la mitad de la compra.

Le dije a Hans que me diera alguna bolsa, pero no hubo manera de que lo hiciera y eso que llevaba su compra también.

Capítulo 7



Hans

No sabía que era lo que le habría podido pasar a Ana, solo supe que de un momento a otro las manos le empezaron a temblar, su respiración sonaba con dificultad, los ojos se le aguaron y se había puesto blanca.

Estaba claro que le había dado un ataque de ansiedad, de eso no me cabía duda y lo sabía tan bien porque a mí me habían dado muchos cuando nació Melina.

Me dieron por el miedo que pasé siendo tan pequeña y sin tener ayuda de nadie. Durante muchos días sentí pavor de hacer algo que estuviera mal y hacerle daño.

Menos mal que poco a poco fue pasando esa sensación y hoy día podía hacer cualquier cosa relacionada con mi hija con los ojos cerrados.

Que cierto es eso que dicen que cuando eres madre te florecen los instintos maternales, pues los paternales también lo hacen.

Con lo hijos nunca se dejaba de aprender, es lo tenía claro y yo por mi hija estaba dispuesto a seguir aprendiendo lo que hiciera falta, ella era lo único que me quedaba en la vida.

Volviendo a Ana, me preocupó mucho verla así, no es que la conociera de nada, pero había algo en ella que despertaba mi instinto de protección. Podía ser surrealista, lo sabía de sobra, pero no lo podía evitar, algo me decía que esa mujer había pasado por un fuerte golpe, puede que me estuviera equivocando, todo era posible.

Iba sentada en la parte de atrás del coche, su amiga fue la que se sentó en el asiento del copiloto, lo hicieron así, porque mi hija le pidió por favor que fuera con ella.

El trayecto fue corto, pero a mí me dio para mirarla a través del espejo retrovisor más de una vez y de dos, si tengo que ser sincero.

Cuando la miré, me di cuenta de que iba muy pendiente a todo lo que Melina le iba diciendo, pero dentro de ir pendiente, se le podía ver la mirada triste y no sabía el porqué, pero no me gustaba para nada ver esa tristeza en sus ojos.

Detuve el coche en la puerta del taller, bueno, taller y la casa donde se estaban quedando ellas.

—Papi, ¿me puedo quedar con Ana y Alicia un ratito? —sí que le había caído bien las dos amigas a mi hija.

Melina era una niña sociable, pero no era tan confiada como para irse así porque sí con todo el mundo y desde el momento que se había cruzado con esas dos chicas había congeniado muy bien.

—Cariño, han llegado hoy del viaje, lo más seguro es que estén cansadas y quieran descansar un poco —me giré en mi asiento para verle la cara bien—. Es mejor que pases a verla otro día, ¿vale? —lo que menos quería es que Ana y Alicia se sintieran en la obligación de cargar con mi hija.

—Vale —no protestó a lo que le dije, aunque sí me di cuenta de que se puso un poco triste por no poder quedarse.

—Princesa, ¿qué te parece si mañana te trae tu papá y pasas el día entero con nosotras? —fue escuchar esas palabras y le cambió la cara por completo.

—Papi, ¿me dejas pasar mañana el día con Ana y Alicia? —a pesar de que no quería que les cogiera cariño, porque sabía que lo iba a pasar muy mal cuando se fueran, no me vi capaz de decirle que no.

—Claro, cariño, si ellas te invitan a pasar el día, puedes hacerlo —le respondí.

—¡Bien! —exclamó eufórica— Os voy a enseñar cosas bonitas del pueblo —reímos al escucharla.

—Nos vemos mañana, princesa —le dijo Ana, inclinándose un poco sobre Melina para darle un beso en el moflete.

—Hasta mañana, princesita —Alicia se bajó del asiento delantero y fue hasta el trasero para darle otro beso a la niña.

Me bajé del coche para ayudarlas con las compras, era muchas bolsas y tenían que subir la escaleras, que de por sí eran un poco empinadas.

Si lo sabía yo que la había bajado y subido infinidad de veces con mi hija en un brazo y el carro en el otro.

—No hace falta que las subas, ya podemos nosotras —algo había cambiado en el tono con el que me hablaba desde que lo hizo en el pasillo de la tienda.

—Sí, que hace falta —insistí—, no me cuesta nada hacerlo.

Esperé a que fuera ella la que abriera la puerta, aunque yo tenía mi propia llave, jamás la utilizaría en la casa estando alquilada, a no ser que fuera por una emergencia.

Subí en último lugar, las dejé a ella, la primera que iba era Alicia y delante de mí iba Ana.

Pensé que con las vistas que tenía en ese momento, quizás lo mejor que podía haber hecho, hubiera sido hacerle caso y dejarlas que subieran las bolsas ellas solas.

Joder, que era un hombre joven y no soy de piedra, ese trasero que iba subiendo delante de mí estaba hecho para pecar y muchas veces.

Entre eso y el tiempo que hacía que no estaba con una mujer, hizo que se me formara un gran erección dentro del pantalón.

Hasn, ya podías haberte excitado en otro momento, me sermoneé mientras iba subiendo.

Esta casa tenía dos puertas para entrar en lo que era la vivienda, la primera era la puerta que había en la calle que una vez la abrías veías las escaleras y después la segunda era cuando llegabas al final de las escaleras y daba a la vivienda.

En su día mis padres lo hicieron así y la verdad, yo no lo había cambiado ni pensamientos tenía de hacerlo, lo veía bien y mucho más seguro.

Les llevé las bolsas hasta la cocina dejándolas en la encimera.

—Muchas gracias por la ayuda, Hans —me agradeció Alicia.

—No ha sido nada —fui hacia la puerta—, cualquier cosa que necesitéis, mi casa está un poco más arriba, creo que la encontrareis con facilidad ya que es la única que hay.

—No creo que haga falta, pero gracias —contestó Ana.

Simplemente asentí con la cabeza. Me sentí un poco desilusionado por sus palabras, más claro no me había podido dejar que no quería saber nada de mí.

No fueron esas palabras, ella lo hizo con educación, pero estaba implícito en sus palabras.

Mira, por un lado, hasta era mucho mejor así, ya la lección que me dio la madre de mi Melina tenía que haber aprendido más que de sobra.

Eran mis inquilinas y nada más, a eso mismo me tenía que aferrar y dejar de pensar en pajaritos. Mantener las distancias era lo mejor que podía hacer.

No le iba a prohibir que mi hija las viera, pero quedando yo en un segundo o tercer plano.

—Papi, si mañana estás con las vacas puedo bajar sola —pronunció, en cuanto me monte en el coche.

—Sabes que no me gusta que lo hagas sola —le dije, poniendo el coche en marcha—, pero demos hacer una cosa.

—¿El qué?

—Te acompaño hasta mitad de camino y desde ahí veo como te abren la puerta —la miré por el espejo retrovisor.

—Me parece bien —era fácil de convencer.

Siempre habíamos sido nosotros dos y nos entendíamos a la perfección. También tengo que decir que Melina era una niña a la que no costaba nada llevar, no era caprichosa, ella no te iba a montar un espectáculo por una tontería, ni por cualquier cosa.

Uno de los peores momentos que pasé con mi hija, fue cuando empezó a preguntar por su mamá.

Recuerdo que se me senté en el sofá de casa, la puse en mis piernas y con calma y tranquilidad le empecé a explicar las cosas. Quizás se lo decoré un poco para que no sintiera que era menos que otros niños por no tener madre, pero le dejé claro que solo éramos nosotros dos.

No volvió a preguntar más, lo entendió bien para ser tan pequeña.

Si que es verdad y en esto no puedo mentir, es que alguna vez que otra me había dicho que a ella le hubiera gustado tener una mamá, pero que conmigo estaba muy feliz.

No podía dejar de pensar que solo tenía seis años, no dejaba de ser una niña pequeña. Dentro de su niñez sabía y entendía como pocos de su edad.

La dejé dentro de casa leyendo un cuento de su edad, mientras fui a echarle un vistazo a las vacas, mirar si estaban bien de agua y esas cosas.

Al acercarme la primera que vino en busca de mimos fue Duquesa, ella era muy cariñosa y siempre era la venía a buscarme. Después estaba Golosa y Milka, esas dos eran unas escapistas.

No me habían llamado veces diciendo que las vacas estaban en mitad del pueblo, y mira que siempre estaba pendiente a ellas.

Pero esas dos eran peor que unos niños. Montones de veces las había dejado pastando al lado de casa, mientras que me iba a trabajar al taller y pocas veces era las no se habían venido detrás de mí.

Después de asegurarme que estaba todo bien, volví a casa, ya que era la hora de baño de Melina y cenar.

Capítulo 8



Ana

—Muuu —el mugido de esa vaca parecía que estaba debajo de mi ventana.

—Ana, esa jodida vaca me ha despertado y eso que todavía ni a amanecido —mírala ella, como si a mí no me hubiera despertado—. Haz que se calle.

—¡Claro, voy y le digo que por favor no muja fuerte! —le grité desde mi habitación.

No recibí respuestas, me podía apostar las dos manos sin perder ninguna que se había vuelto a quedar dormida.

En mi vida había conocido a nadie que fuera más dormilona que Alicia. Mira que le gustaba la cama.

Soltando un resoplido me levanté de la cama. Fui al baño, me di una ducha rápida. Me puse unos leggins y una sudadera, aunque estuviéramos en verano a las seis de la mañana tenía que hacer fresco fuera.

Antes de salir, me preparé un café, después me volví a lavar los dientes y cuando estuve lista, me fui a dar un paseo, estoy segura de que otras y en un país que no conocía de nada no saldría a esta hora de la mañana para caminar entres estas montañas, pero es que una vez despierta a esta hora no me puedo volver que quedar dormida.

No pensaba alejarme mucho, solo quería dar un paseo cerca de la casa, me vendría bien para despejar la mente. A pesar de que la cama era cómoda había dormido poco y la causa había sido el tema de mi madre.

Porque joder, lo tenía más que asumido, pero que te abandone tu madre y tu padre incluso casi antes de nacer, costaba trabajo sobrellevarlo y dolía y mucho.

Por mucho que mi abuelo me lo hubiera dado todo, siempre había tenido la espinita al pensar que podía tener yo de malo para que no me hubieran querido ninguno de mis progenitores.

Y otra cosa, mi madre sabía quién era, pero mi padre no tenía ni idea. Por lo que me dijo mi abuelo en su día. No tenía ni idea de quien podía ser, su hija cuando lo llamó para decirle si se quería hacer cargo de mí o no, no le habló del hombre que la había dejado embarazada.

Supongo que era algo que se había quedado para ella y no habría querido compartirlo con nadie, o por lo menos no lo había hecho con nadie que mi abuelo conociera para que se lo hubiera dicho.

No sé, por qué seguía perdiendo el tiempo pensando en esas dos personas que no se lo merecían.

No sabía el tiempo que llevaba andando, pero cuando me quise dar cuenta estaba en la parte de atrás de una casa, desde esta posición de podía el pueblo mucho mejor y bonito, desde luego no se podía decir que la vistas no eran preciosas y eso que todavía no había amanecido del todo.

Estaba tan ensimismada mirando el pueblo que no escuché nada hasta que de pronto sentí un lametazo en toda la cara.

Creo que mi grito hizo que el pueblo se despertara por completo.

—¡Ay! —fue uno de los gritos que di, me giré rápido para enfrentar lo que fuese que estaba detrás de mí— Me cago en la puta —dije asustada, cuando justo delante de mi cara y a pocos centímetros de ella había una vaca mirándome con sus enormes ojos, pero más enorme era la legua que había vuelto a sacar —. Ni se te ocurra —le dije dando un paso atrás.

—¡Muuu! —fue su respuesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hans, que llegó corriendo junto a mí — he escuchado gritar a alguien, no sabía que estabas aquí.

No lo sabía ni yo, como para saberlo él.

—Nada, no ha pasado nada —dije con la mano puesta sobre el pecho—. Estaba mirando el pueblo desde aquí, cuando he sentido que me lamian la cara —Hans negó con la cabeza riendo—. No te rías, esta vaca me ha dado un susto de muerte, un poco más y me peina de una sola pasada —el tío soltó una gran carcajada al escucharme.

—Esa es Algodón —por mí como si era azúcar, el susto me lo había llevado— Raro es que se haya acercado ella y no Golosa o Milka, son las más traviesas —dio unos cuantos de paso hasta llegar a la vaca.

—¿Las vacas son traviesas? —no sabía si reírme o pensar que este hombre estaba loco.

—Las vacas pueden ser de muchas maneras, no te puedes ni imaginar las personalidades que tienen —me contestó, super convencido de lo que estaba diciendo.

A ver, que no soy tonta y todo los animales tienen sus personalidades igual que las tenemos los seres humanos, pero de verdad, que no me imagino a una vaca siendo traviesa.

A un gato sí que lo veo, para mí, son los animales más traviesos y hasta me puedo imaginar a un perro, pero a una vaca, de verdad que no.

Pero si él lo decía, que era el que estaba acostumbrado de estar con ellas, pues habría que creerlo.

—Creo que lo mejor que puedo hacer, es volver —volví a mirar a la vaca antes de dar un paso a un lado para salir de su camino—. Nos vamos viendo —hice un movimiento de cabeza como despedida.

—¿No quieres un café antes de irte? —me preguntó y por mucho que me apeteciera decirle que sí, no podía hacerlo— Melina está todavía dormida, pero podemos tomarnos uno en el porche de la casa si no quieres entrar.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea —lo que me hacía era que su mujer, o sea, mi medio hermana, saliera de la casa y me cogiera por los pelos por estar con su marido tomando un café—. Mejor voy volviendo, seguro que Alicia tiene que estar a punto de despertarse.

—¿Cómo es que estabas aquí tan temprano? Sí se puede saber —secreto de estado no creo que fuese el motivo por el que estaba aquí.

—Muy sencillo, me despertó una vaca y por lo cerca que sonó su mugido, supongo que era la tuya…

—Lo siento, con eso no puedo hacer nada —me cortó.

—Lo sé, no tienes que disculparte —suspiré—. Como te iba diciendo, cuando me despierto por muy temprano que sea no me puedo volver a quedar dormida, así que salí a dar una paseo e iba tan sumida en mis pensamientos, que no me di cuenta ni por donde iba caminando.

—Seguramente mugieron cuando las estaba ordeñando —me contestó.

—¿Tienes más de una? Creí que eras carpintero y no ganadero —o a lo mejor este hombre era polifacético, vamos, que no paraba mucho tiempo con el culo en el mismo sitio.

—Tengo seis, no soy ganadero porque no me dedico a ello, las tengo porque me gusta, pero no me gano la vida con ellas —me pude dar cuenta de que no dejaba de acariciar la cabeza del animal, se notaba que le gustaba—. Las fue recogiendo poco a poco y sin darme cuenta me hice con seis —se acercó a mí—. Ven que te las voy a presentar para que no te vuelvan a asustar otra vez —me cogió la mano comenzando a tirar de ella hacia un lado de la casa.

No me pude negar, más que nada porque no me dio tiempo de hacerlo, cuando me quise dar cuenta estaba al otro lado de la casa donde se veían cinco vacas pastando tranquilamente.

—Vaya, desde luego por aquí no les falta donde pastar —si las vista que tenía por aquel lado de la casa era impresionantes viéndose el pueblo entero, por este lado eran mucho mejores.

Por este lado no se veía ninguna casa, todo eran montañas y en dos de esas montañas se podían ver dos cascadas impresionantes.

—Son impresionantes estas vistas, vives en el paraíso —admití con un poco de envidia.

—No cambiaria esto por nada en el mundo —dijo más cerca de mí de lo que me esperaba—. Mira, aquella de allí es Duquesa, la que está justo a su lado es Dulce —me fue señalando—, la que está un poco más atrás es Canela, la que está un poco más apartada es Milka y… joder, otra vez se ha ido —negó con la cabeza—. Bueno la que falta es Golosa y a Algodón es la primera que has conocido.

—¿Cómo las diferencias? Yo las veo todas igual —por mucho que intentara ver la deferencia, no la encontraba.

—Pues no sé cómo, pero para mí es fácil diferenciarlas, a Melina le pasa lo mismo —me contestó distraído, como si con la mirada estuviera buscando algo.

Giré sobre mí misma para volver a empaparme de las vistas, y a lo lejos vi algo marrón y blanco corriendo de un lado para otro mientras iba dando saltos.

—¿No será aquella la que se te ha escapado? Aunque más que una vaca parece una cabra —dije muerta de risa—. A lo mejor se identifica más con una cabra que con una vaca —no podía dejar de reír al ver aquel animal tan grande dar carreras de un sitio para otro— ¿No se habrá vuelta loca?

—Me temo que golosa nació loca —rio también—. Al menos me quedo tranquilo de que no se ha escapado al pueblo.

—Hombre, estoy segura de que cuando vaya al pueblo es para hacerte la compra —dije, causándole más risas.

Creía que no, pero me di cuenta de que este rato con Hans me había venido bien, me había reído mucho y había dejado de pensar en mis problemas, aunque no eran problemas. En fin, que había dejado de pensar durante un rato en esa mujer.

—¿De verdad que no te apetece tomar un café, sentada en el porche de mi casa? Te aseguro que cuando ves amanecer desde allí esa imagen se te queda en la mente para toda la vida.

Por muchas ganas que tuviera de hacerlo, no me podía permitir el lujo de pasar más tiempo junto a él.

Me estaba empezando a gustar mucho más de la cuenta.

Capítulo 9



Hans

Mira que me había dicho el día anterior que lo mejor que podía hacer era mantenerme alejado de esa mujer, me había autoconvencido, de hecho, lo tenía muy claro, pero cuando escuché un grito detrás de mi casa y salí corriendo para ver que podía haber pasado, viendo a Ana dar unos pasos hacia atrás asustada por la cercanía de Algodón.

No puede evitar acercarme y una vez lo había hecho, ya no quería que se fuera, quería pasar un poco más de tiempo junto a ella.

En definitiva, que toda mi determinación se había ido por el retrete, así, sin más.

—No creo que sea lo mejor, no quiero causar problemas —¿A quién le iba a causar problemas? Si era yo quien la estaba invitando.

—¿Qué problemas? Si soy yo el que te ha ofrecido esa taza de café —insistí, no debería de haberlo hecho, porque no quería que aceptara por compromiso, quería que lo hiciera porque de verdad le apeteciera.

—No creo que a tu mujer le haga mucha gracia ver a su marido como se toma un café con otra —claro, ella pensaba que estaba casado.

—No estoy casado —respondí.

—Pero ayer Melina llamó a la mujer de la tienda abuela y por apariencia no creo que sea tu madre —cruzó los brazos sobre su pecho.

Claro significativo de que lo hacía porque estaba nerviosa y no sabía qué hacer con las manos o porque se cerraba en banda a escucharme, aunque me decantaba por lo primero.

—Ni tampoco es la madre de la madre de mi hija, si te tomas ese café conmigo te cuento un poco sobre la vida de mi hija —no había duda de que estaba nerviosa, ahora se había llevado el dedo pulgar a la boca y había empezado a mordisquearse la uña—. No voy a insistir más porque no quiero que te tomes ese café incómoda.

—Me encantaría ver ese amanecer desde el porche de tu casa con un café calentito entre las manos, mientras me cuentas un poco de tu vida —me contestó y no pude evitar que se me dibujara una sonrisa en el rostro.

—Ven por aquí —dije yendo por el lado contrario de la casa—. Como se despierte Melina y te vea, se va a llegar una gran sorpresa —me podía imaginar la cara que iba a poner a mi hija al verla.

La noche anterior se quedó dormida hablando de ella, de Alicia también, pero, sobre todo, de ella.

No paraba de repetir una y otro vez que era la mujer más bonita que había visto en su vida, también repetía mucho que era muy simpática y que le gustaba su forma de hablar.

—¿Quieres entrar? —le pregunté, cuando llegamos a la puerta de entrada.

—No, no vaya a ser que Melina nos escuche y se despierte antes de tiempo —de eso podía estar seguro, cuando te habitúas a escuchar los mismo sonidos y algo sale de esa normalidad, te despiertas con facilidad, es porque tus sentidos se agudizan.

—Pues siéntate, ahora vuelvo —en el porche tenía un banco, un sillón y un balancín, este último lo puse por mi hija.

Antes de hacer los cafés cogí una manta fina que tenía sobre el sofá, no era muy grande porque la tenía para cuando a Melina le entraba algo de fresco por las noches mientras veíamos alguna película de dibujos en el sofá.

—Toma, cuando más fresco suele hacer es justo antes del amanecer —le ofrecí la manta.

—Muchas gracias, la verdad es que se agradece, porque aquí parada hace algo de frio —la cogió de buena gana.

Se había sentado en el balancín, antes de verla ahí sentada me imaginé que se iba a sentar ahí.

Era grande, le tenía puesto varios cojines de colores suaves y era bastante cómodo, de más está decir que lo había hecho yo mismo, siendo carpintero, habría estado bueno que lo hubiese comprado en otro sitio.

Cuando me puse delante de la cafetera me di cuenta de que no tenía ni idea de como le gustaba el café porque no le había preguntado, más claro no podía estar que estaba nervioso.

—Perdona —dije algo avergonzado—, ¿cómo te gusta el café? —me sonrío antes de contestar.

—Con poco café, mucha leche y una cucharada de azúcar —asentí antes de volver a entrar.

No sabía si le iba a gustar la leche de vaca recién ordeñada, pero en mi casa era la que usábamos, por lo tanto, se tendría que conformar.

Todas las mañanas cuando ordeñaba a las vacas, siempre hervía un cazo por eso de matar las bacterias, me gustaba hacerlo así, para que cuando se levantara Melina no tuviera que esperar, así solo la tenía que calentar un poco y listo.

Le preparé el café tal y como me había dicho que le gustaba, me hice el mío y salí con las dos tazas en las manos.

—Espero que te guste —se la entregué.

Había espació para haberme sentado en el balancín junto a ella, pero no quise hacerlo para no incomodarla, por lo que me senté en el sillón que estaba justo frente a ella.

Vi como le daba un sorbo y como se pasó la lengua por el labio superior recogiendo la espumita que se le había quedado.

Quien fuera lengua y quien fuera labio… Pensé, sin apartar la mirada del gesto que había hecho.

Mátame. Volví a pensar cuando la escuché gemir. Si soltaba ese sonido con una bebida, no me quería ni imaginar el sonido que podía hacer si me tuviera entre sus piernas.

Hans, ¡basta ya! Me regañé a mí mismo. *Como sigas por ese camino le puedes dar un espectáculo que la puede asustar más de la cuenta.*

—¡Qué bueno está este café! En mi vida había probado uno tan bueno —confirmo con palabras lo que había dado a entender con ese sonido que hizo antes y sonó tan excitante— ¿Qué le has echado? Parece mucho más cremoso —sonreí y me sentí bien por su halagos.

—Supongo que lleva lo que llevan todos, café, leche y el azúcar — para mí era un sabor normal.

—Te digo que no sabe como los demás ni de lejos —insistió.

—Pues como no sea la leche —me encogí de hombros, aunque pensándolo bien, esta leche que era natural y no estaba procesada, era muy distinta a la de cartón, que esa era más agua que leche—. Si te digo la verdad, ahora mismo no me acuerdo si la que estás bebiendo es de Golosa o de otra —dije como broma.

—Nunca había bebido leche recién ordeñada —le dio otro sorbo al café—. Ahora por tu culpa no me va a saber igual de bien ningún café.

—Melina no tiene madre, por lo menos no una presente, cuando mi hija nació se fue renunciando a ella —se llevó una mano al pecho y los ojos se le aguaron—. Me enamoré muy joven de la madre de mi hija, era una *hippy* que vino a este pueblo en busca de paz y aire puro —seguí contándole—. No sé si encontró lo que vino buscando, lo que si te puedo asegurar es que encontró a un tío —hablé de mí en tercera persona— que vio en ella algo que le llamó la atención, o creyó ver.

—Lo siento mucho, puedo entender muy bien a tu hija —parecía ser muy consciente de lo que decía.

—Cuando se quedó embarazada, empezó a cambiar su comportamiento y en cuanto nació Melina, pocas horas después dijo que me buscara la vida, pero que ella no quería vivir anclada a un solo lugar y que tampoco quería vivir viajando de una lado para otro llevando la niña a cuesta. Yo tampoco hubiese permitido que se llevara a mi hija, habría luchado por ella con uñas y dientes —hacía mucho tiempo que, no hablada de este tema con nadie, y de vez en cuando venía bien soltar lo que se llevaba por dentro.

—Por lo menos a tenido a su padre —dijo más emocionada de la cuenta—. Te puedes sentir orgulloso de ti mismo, has hecho un buen trabajo con ella —para mí eso fue mucho más que un simple halago— ¿Entonces por qué le dice a la mujer de la tienda, abuela? —parecía interesada.

—Rosa, me ha ayudado mucho con ella cuando tenía que trabajar y no podía atenderla, se ha portado con ella como si fuera su abuela —reconocí.

Vi como apretaba los labios, como si hubiera algo que no le gustara o que no estaba de acuerdo, de todos modos, no le iba a preguntar, por la sencilla razón de que somos libres para pensar lo que queramos.

Capítulo 10



Ana

—¿Por qué dijiste antes que entendías como se podía sentir mi hija? —me preguntó un momento después.

Hans se había abierto a mí contándome una parte de su vida, sin tener obligación de hacerlo, así que si le contaba el motivo por el que hice ese comentario no se iba a acabar el mundo ni mucho menos.

—La entiendo porque yo me he criado sin madre y sin padre, nunca los he conocido —le dije sin ser capaz de mirarlo a los ojos, no quería que viera mi tristeza—. Mi padre no sé ni quién es y mi madre, sí lo sé, porque después de todo le tengo que agradecer que tuviera una chispa de buen corazón para llamar a su padre y decirle que iba a tener una niña y que, si él no se hacía cargo de mí, me entregaría en adopción —mejor contarle todo de carrerilla—. Por supuesto mi abuelo, se hizo cargo de mí. No quiso verme ni una sola vez, tal como nací me llevaron a una habitación donde esperaban mis abuelos.

—¿Y nunca has sabido nada de tu madre? —me preguntó, levantándose del sillón donde estaba sentado para sentarse a mi lado.

—Esa mujer no es mi madre, solo fue la incubadora que me cargo nueve meses —dije con rotundidad—. Mi madre fue mi abuela hasta lo tres años, que fue la edad que tenía cuando ella murió, desde entonces solo fuimos mi abuelo y yo, hasta hace un año que también murió.

—Ana —dijo en un pequeño susurro—, no sabes cuanto siento que hayas pasado por todo eso —anclé mi mirada a la suya— ¿No te gustaría buscarla?

—Me gustaría, solo para preguntarle porque lo hizo —me agaché un poco para dejar la taza vacía encima de la mesita que tenía delante— ¿Qué puede llevar a unos padres a abandonar a sus hijos sin pensarlo dos veces? —fue una pregunta, aunque más que preguntarle a él, la pregunta fue para mí misma.

—No te puedo contestar esa pregunta —soltó su taza junto a la que yo había soltado—, yo no sería capaz de separarme de mi hija, es lo que más quiero en esta vida, para mí lo es todo —apoyó la espalda en el respaldo del banco—. No podría dejar nunca a un hijo.

—No hace falta que lo digas, he podido verlo con mis propios ojos —hice como él, me dejé caer hacía atrás.

Apoyé la cabeza girándola para mirarlo. ¿Qué tenía este hombre que me atraía más de la cuenta? A ver, que era guapo y tenía buen cuerpo, eso no se podía discutir, pero era algo más que su físico, que vuelvo a decir, era impresionante.

Alto, con músculos, pero si pasarse, cintura estrecha, hombros y piernas fuertes. El pelo lo tenía corto por los lados y un poco más largo por arriba. Eso sí, rubio era un rato, nunca había visto un hombre rubio tan atractivo como él.

Los ojos los tenía marrones claros, yo diría que tiraban más para miel. Y después estaba esa barba de varios días que me estaba volviendo loca. Me moría por pasar mi mano por ella y comprobar por mí misma el tacto que tendría.

—¿Quieres otro café? —me preguntó.

Estaba tan a gusto aquí que no tenía ganas de irme, pero no quería interrumpirlo en las tareas que tuviese que hacer.

—No quiero entretenerte más de lo que ya lo he hecho —el sol estaba empezando a salir, por lo que decidí levantarme para hacer una foto del amanecer más bonito que había tenido la suerte de ver.

Me quedé sin palabras, ver aparecer el sol por detrás la montaña que había al fondo, esa de la que caía una enorme cascada, era un lujo para la vista.

—Hans, esta imagen es mágica —no podía dejar de admirar el paisaje que tenía ante mis ojos.

Al no recibir respuesta miré por encima de mi hombro para saber la razón por la que se había quedado callado, y me encontré el balancín vacío.

Habría entrado dentro de la casa para algo, pero no me quería ir sin despedirme ni agradecerle lo bien que se había portado conmigo desde que nos conocimos.

Me volví a sentar en el mismo lugar que estuve poco antes. No tardó mucho en salir y cuando lo hizo traía otras dos tazas de café en las manos.

—Toma —me la ofreció con una sonrisa.

—Pero tendrás muchas cosas que hacer —murmuré.

—Hasta que no se levanta Melina, lo único que hago es ordeñar las vacas y eso ya lo he hecho —se sentó a mi lado— ¿No se preocupará tu amiga al no verte allí? —sonreí al escucharlo, no porque fuera gracioso lo que había dicho, lo hice al imaginar a Alicia durmiendo a pierna suelta.

—A Alicia le queda como mínimo una hora en la cama y eso tirando por lo bajo —Dios mío, que bueno estaba— ¿Sabes? —no esperé a que me contestara— Este viaje lo iba a hacer yo sola, ella quería ir a una playa paradisíaca, pero al final quiso venir conmigo.

—¿Por qué este pueblo? —me estaba preguntando que porque me había decantado por un pueblo tan apartado y pequeño.

—Me llamó la atención, en cuanto lo vi me dije que tenía que ser aquí donde quería venir para relajarme —sonreí—. Me gusta mucho tu pueblo —admití.

—Se vive bien, tranquilo. Aquí no pasan grandes cosas, algún que otro turista perdido de vez en cuando, pero fuera de eso pocas cosas más pasan —me contó.

—Es muy distinto el nivel de vida que hay aquí al de mi ciudad —concluí.

—No te voy a preguntar cual te gusta más, porque no has pasado nada de tiempo aquí y una mujer como tú que está acostumbrada a la ciudad, supongo que se terminaría aburriendo al vivir aquí —dijo pensativo.

—Hans, no es justo que des por sentando algo —no era un reproche, solo le quería hacer ver que no todo el mundo tenía porque pensar igual—. No puedo hablar por nadie más que por mí misma, pero en mi caso, si te digo la verdad, no me importaría vivir aquí, nunca me han gustado los lugares donde hay muchas personas, siempre me termino agobiando —me encogí de hombros—, me pasa desde que era pequeña.

—Papi —lo llamó Melina antes de salir—, papi —abrió la puerta, cuando me vio sentada al lado de su padre abrió los ojos con asombro — ¡Ana! ¡Estás aquí! —vino corriendo hacia mí.

—Hola mi princesa —la levanté para sentarla sobre mis piernas—, que pronto te has despertado —me abrazó con fuerza por el cuello.

—¿Has venido a buscarme? —no había sido así, pero no la iba a desilusionar diciéndole lo contrario.

—¿Y mi beso y abrazó? —le preguntó el padre.

—Lo siento, papi, es que me he puesto muy contenta de ver a Ana —se bajó de mis piernas subiéndose a las de su padre, para llenarle la cara de besos.

Qué bonito era ver como padre e hija se querían, el amor que había entre ellos, como se entendían. Como se notaba que siempre habían sido ellos dos.

—Ana ha venido a buscarme —se la veía feliz, radiante, era increíble lo poco que necesitaba un niño para que su mirada adquiriera un brillo especial.

—Sí, he venido a buscarte —se volvió a subir en mis piernas—, quería estar aquí antes de que te despertaras para darte una sorpresa —le di un toquecito en la punta de la nariz.

—Voy a hacerte tu vaso de leche —se levantó del balancín para entrar en la casa.

—¿Y Alicia? ¿No ha venido? —preguntó interesada.

—Alicia todavía está dormida —le contesté, poniendo caras para hacerla reír un poco—, a ella le gusta levantarse un poco más tarde.

—Yo me levanto siempre temprano, no tanto como mi papá —abrió mucho sus ojos—, porque él se levanta cuando es de noche.

—Algo de eso me ha dicho. ¿Qué haces cuando te levantas? —empecé a peinarla con los dedos para recogerle un poco mejor la cola que la tenía deshecha.

—Ahora acabo de empezar las vacaciones de verano —se notaba que le gustaba que le tocara el pelo.

—Oye, que te estás quedando medio dormida —le di un beso en la cabeza.

—Me gusta mucho que me toques el pelo —ronroneó. Se me escapó una risilla al escuchar con la voz con la que lo dijo.

—Y ahora que estas en verano, ¿qué haces cuando te levantas? —Se apoyó en mi pecho.

—Mientras que papá trabaja yo me quedo en casa leyendo, si está trabajando aquí, si va al taller me voy con él o juego aquí fuera. ¿Y tú en que trabajas? —me hizo gracia que se interesara.

—Soy profesora…

—¿De verdad? —me cortó.

—Sí, de verdad, les enseño inglés —Hans apareció con el vaso de leche de su hija y en un plato traía tres tostadas iguales.

—No sé qué te gusta para desayunar, así que las he hecho de mantequilla y mermelada de fresa —le sonreí en agradecimiento.

—No tenías que haberte molestado —contesté, sentando a Melina a mi lado para que pudiera desayunar bien.

—Papi, ¿sabes qué Ana es profesora de inglés? —No sé qué era lo que se estaría imaginando que era mi profesión, pero desde luego parecía feliz y asombrada.

—No me digas, que bien suena eso —me ofreció una tostada.

—Que rica —¿por qué aquí todo me sabía mucho más bueno? —, lo digo de verdad, está muy buena.

—Es que la mantequilla la hacemos papá y yo —madre mía, no me lo podía creer.

¿Este hombre sabía hacer de todo? Que virtud tenía, este no era un hombre normal, vamos que como él no te los encontraba en cualquier lugar.

Capítulo 11



Hans

—Nunca había probado una casera —admitió.

Para mí era un alago que le hubiera gustado. Aprendí a hacerla de mi madre, igual que el queso, me salía bien y no me costaba nada hacerlo.

Siempre aprovechaba para hacerla los días que tenía menos trabajo, claro que la hacía muy de vez en cuando porque solía durarnos un tiempo.

—Es fácil de hacer, quizás un poco entretenida, pero no tiene complicación y como tengo las vacas, pues aprovecho su leche —le contesté, antes de darle un bocado a mi tostada.

Desayunamos los tres en silencio, disfrutando del momento y de las vistas. Fue cuando terminamos cuando se levantó Ana cogiendo las tazas y el plato para llevarlos dentro.

—Princesa, ¿me enseñas donde está la cocina?

—No hace falta, ya lo hago yo —dije levantándome.

—Si que hace falta, si no te importa que invada la intimidad de tu casa —si ella supiera cuanta intimidad estaba dispuesto a darle.

—No es por eso, es porque eres mi invitada —insistí.

—Una invitada que se ha autoinvitado ella sola —pronunció, yendo detrás de mi hija.

Las seguí, no quería que se pusiera a fregar las cosas que se habían ensuciado.

—Eso sí que no —fui hacia ella cuando vi como cogía el estropajo de los platos.

—Oh, eso sí que sí, desde luego que sí y como no me dejes hacerlo, no vengo más —levanté las manos como si me rindiera.

—Todo tuyo —me hice a un lado.

—Princesa, ¿por qué no vas vistiéndote mientras friego esto? Así en cuanto estemos listas nos vamos para buscar a Alicia —habló.

—Vale, te prometo que tardo poco —salió corriendo hacia su habitación—, pero no te vayas sin mí —volvió a entrar para dejarle claro que no se podía ir sin ella.

—No me voy a ir sin ti —le contestó con una sonrisa.

—No sé qué le has hecho a mi hija, pero te ha cogido mucho cariño en apenas un día y poco —me apoyé en la mesa que tenía en la cocina metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón.

—Supongo que será la novedad —dijo sin mirarme.

—Melina no es de ese tipo de niñas, ella suele ser desconfiada —me miró con las cejas levantada como si no se creyera lo que le había dicho—. Quiero decir que es amable y educada con todos, pero no le da su confianza a cualquiera, estoy seguro de que ha visto algo en ti.

Negó con la cabeza, como si no tuviera razón.

—No creo que sea eso, yo no tengo ni más ni menos que otra persona —por su respuesta, creo que no se veía como era realmente.

—Quizás la que no sabes verte realmente eres tú. Yo veo en ti lo mismo que ha visto mi hija —puede que estuviera hablando más de la cuenta, aun así, no me detuve—. Eres noble, con buen corazón, nada más hay que ver como tratas a mi hija sin conocerla de nada. Cuando una persona es buena se nota y en ti eso está muy presente. Por no decir que le has parecido la mujer más guapa que ha visto en su vida —se sonrojó con mis palabras.

—Eso demuestra que ha visto pocas —la risa que soltó fue una de las más bonitas que había escuchado nunca.

—Ya estoy —Melina llegó corriendo, como si temiera que Ana se hubiese marchado sin ella.

—Cariño, no te has peinado —le dije riendo, al ver los pelos de loca que traía.

—Es que quiero que me peine Ana —contestó, mostrando el cepillo del pelo que traía en la mano.

—¿Ya no quieres que te peine yo? —Me puse la mano en el pecho como si me sintiera ofendido.

—Es que tú me puedes peinar todo los días, Ana no —me abrazó por la pierna—. Esta noche cuando me duche, me peinas tú, ¿vale? —es que me la comía de bonita que era mi niña.

—Me parece muy bien —Ana nos estaba observando con una sonrisa sincera.

—Ven aquí, pequeñaja —le dijo, yendo hacia Melina.

Empezó a cepillarle el pelo con calma, con paciencia y con mucho mimo. Al ver esa imagen, no puede evitar pensar que así es como debería de haber peinado su madre a mi hija, no porque fuese esa mujer, sino, porque ese cariño es el que necesita todo niño de su madre.

A la madre de Melina no le deseaba ningún mal, porque nunca se lo había deseado a una persona, pero en el momento en el que salió de nuestras vidas, sí que la desterré de mi interior para siempre.

Porque si no quiso a su propia hija, no creía que nunca quisiera a nadie más que así misma.

—Hans, ¿me puedes traer otra goma del pelo? —si me había hablado antes no me había enterado, aunque parecía que no— Melina solo tiene una aquí y le voy a hacer dos trenzas.

—Ahora mismo —fui al baño que había en el pasillo, ahí era donde solía peinar a mi hija todas las mañanas.

Cuando llegué a ellas ya le tenía la segunda trenza hecha, la tenía cogida por el final para que no se le soltara.

—Gracias —me dijo cuando se la di—. Pues listo, princesita —le dio un beso en la mejilla —¿Nos vamos? —le preguntó.

—Sí, ¿qué vamos a hacer hoy? —le preguntó mi hija.

—Pues no sé, supongo que dar una vuelta por el pueblo, ya que ayer no vi casi nada, comeremos en algún restaurante y después volveremos —le explicó.

—¿Y tú que vas a hacer, papi? —me preguntó.

—Voy a aprovechar para ir al taller, tengo algunos encargos y quiero empezar cuanto antes a hacerlos —le dije.

—Si quieres puedes venir con nosotras a comer —esa invitación me pilló por sorpresa—. Si quieres y tienes tiempo.

—Claro que quiero ir. ¿Os importaría que le dijera a un amigo que venga conmigo?

—Sí, el tío Levi es muy divertido —gritó mi hija, dando saltos—, aunque cuando trabaja es más serio —sonreí.

—Lo dice, porque Levi es policía local y cuando está de servicio se pone un poco más serio —le expliqué.

—Pues entonces os dejo en vuestras manos la elección del restaurante —me prepuso.

—Ya tengo el sitio perfecto, te aseguro que os va a encantar —las iba a llevar a un restaurante que estaba en alto, pero había que ir coche, porque ir ando nos llevaría un rato.

Tenía unas vistas espectaculares, desde la terraza se podía ver todo el valle y tres de las cascadas que había en el pueblo, estaba seguro de que se iba a enamorar ella y Alicia.

—Perfecto, tienes mi número de cuando te hice la reserva, ¿verdad?

—Lo tendría que buscar, pero sí —le contesté

—Pues apunta para que no lo tengas que buscar —cogí mi móvil para apuntarlo.

—Perfecto, os llamo para quedar. Pasalo bien, cariño —la levanté para darle un beso.

—Te quiero mucho, papi —para mí no había mejores palabras en el mundo que esas dicha por mi hija.

—También te quiero, cariño —la solté para que se fueran—. Cualquier cosa que necesites me llamas —me ofrecí.

Fui hasta la puerta de casa y desde el porche vi como iban bajando cogidas de la mano mientras iban hablando.

Que pronto había fallado en lo que me había dicho a mí mismo la noche anterior. Había sido verla esta mañana en la parte de atrás de la casa y todas mis palabras eran como si se las hubiera llevado el viento.

Y de verdad que no quería tener esta cercanía con ella y mucho menos quería que la tuviera Melina, porque cuando se fuera estaba seguro de que iba a ser muy duro.

Dejé de pensar en cuanto Golosa pasó por delante de la casa corriendo a toda velocidad, Dios mío, más que una vaca parecía un coche de Formula 1.

Comencé a la llamarla a voces, sabía que la hija de su madre me estaba escuchando, pero ella no miró y mucho menos se detuvo.

Empecé a correr detrás de ella porque me estaba viendo que como no bajara el ritmo se iba a llevar por delante a Melina y a Ana.

—¡Golosa, para! —grité una vez más.

Como respuesta obtuve un mugido. Esta vaca iba a acabar con mi cordura.

Respiré cuando mi hija se dio cuenta y le dijo que se detuviera, menos mal que a ella le hizo caso, eso sí, seguía caminando junto a ella.

Llegué hasta ellas faltándome la respiración. La madre que la parió, la carrera que me había hecho dar tan temprano.

—Papá, vas a tener que ponerte más serio con Golosa, nos ha salido demasiado rebelde.

Lo mejor fue la risotada que le salió a Ana, daba gusto verla reír de esa mamera.

—Dios, más arte no puede tener esta niña —pronunció, sin dejar de reír— Si no la hubiera escuchado cuando le ha dado la orden y como se ha detenido la vaca, si no llega a ser por la niña hubiera echado a correr, creía que nos iba a llevar por delante.

—Golosa está muy encariñada con Melina, más que una vaca parece un perro yendo detrás de ella —la cogí por el collar—. Ahora por desobediente te vas a quedar en el corral —vamos que me la pude llevar conmigo porque quiso colaborar, de lo contrario no la hubiera podido mover del sitio.

Capítulo 12

Ana

—Por fin llegas —fue como me recibió Alicia— ¿Dónde has estado? —salió del baño envuelta en una toalla—. Pero mira a quien tenemos aquí, hola pequeñaja —saludó a la niña cuando se dio cuenta de que estaba conmigo.

—Hola, ha estado en mi casa, cuando me desperté estaba en el porche hablando con mi papi —*anda que con los niños se podía tener un secreto*, pensé con ironía.

—¿No me digas? —Alicia me miró con la cejas levantadas y aguantado la risilla.

—Ya te lo explicaré —le dije para que no dijera alguna de las suyas delante de la niña—. Me voy a duchar mientras te vistes y nos vamos —me había duchado antes, pero me apetecía hacerlo otra vez.

—Vente conmigo, princesa —le hizo una señal con la mano para que fuese con ella.

—Cuidado con lo que le dices a la niña, a ver si la vas a traumar —le advertí.

—Mujer, que sé que la que está acostumbrada a tratar con niños tan pequeños eres tú, pero tampoco estoy tonta —lo decía porque ella era profesora de instituto y a los niños que les daba clase eran mucho más mayores, por lo tanto, también tenían un poco más de picardía.

Aunque por lo que Alicia me había contado en varias ocasiones en muchos casos, era mucho más que picardía, pero bueno, supongo que era cosa de la edad y en la que estaban ellos, era una algo rara, porque entraban en un proceso que ni ellos mismo sabían lo que querían, por no decir, que era verdad que había algunos que no sabían lo que era la educación ni de lejos.

Dejando esos pensamientos a un lado, me fui para el baño.

—Alicia, ¿sabes que papi y el tío Levi van a venir a comer con nosotras? —se notaba que le hacía mucha ilusión.

—No tenía ni idea, pero gracias por avisarme —dijo con retintín— ¿Y cómo es tu tío Levi? —escuché que le preguntó.

—¡Ali! —grité en advertencia.

—¡No he preguntado nada malo! —me devolvió el grito.

Como le contara que era el tío no me enteré porque me metí debajo de la ducha, lo hice rápido, porque conociendo a mi amiga, esta era capaz de preguntarle hasta la talla de calzoncillos que utilizaba el padre o el tío.

Me puse un vestido veraniego de esos que son con un poco de vuelo, era celeste con el escote cuadrado y las tirantas anchas.

Me llegaba por encima de la rodilla, la verdad es que era uno de los más cómodos que tenía y me encantada como me quedaba con mi tono de piel y de pelo.

Lo acompañé con una zapatillas de lino blancas y cogí para llevarme por si refrescaba una rebeca fina también blanca.

Alicia se había puesto una falda vaquera, le quedaba un poco más debajo de medio muslo y una camiseta de mangas cortas blanca.

Me reí al ver que se había puesto las misma zapatillas que yo, y es que no las compramos las dos para este viaje.

A ver como quedaba la tela de lona blanca con tanta hierba a nuestro alrededor. Con lo bonitas que se veían recién estrenadas.

—¡Qué guapa estáis las dos! —exclamó la pequeña.

Esta niña era puro amor, siempre estaba elogiando a otra personas y, aunque estuviera bien que lo hiciera, tenía que aprender que era muy importante que se echara piropos así misma.

No hablo de que se convirtiera en una creía, no hacía falta serlo para aprender a amarse una misma, te podías querer sin creerte que estabas por encima de todo el mundo.

Y eso era lo que le iba a ensañar el tiempo que estuviera aquí, porque sabía que la niña no se iba separar de nosotras y lo que era más importante, yo tampoco quería de lo hiciera.

—Ven conmigo —la cogí de la mano llevándola a mi habitación, allí había un espejo de cuerpo entero y quería que se viera— ¿Te ves en el espejo? —a ver que sabía que se veía—. Es muy bonito que le digas a otras personas que son guapas o que están muy bonitas, pero lo más importante de todo es que te veas y te lo digas a ti misma —sabía que era pequeña, por eso mismo intenté explicárselo de la mejor manera posible para su edad.

—Sí me veo y a ti también —me miró como si estuviera loca, es que era para comérsela.

—Lo que quiero que veas, son los ojos color miel tan bonitos que tienes, el pelo rubio que brilla más que los rallos del sol, la naricita tan pequeñita que es preciosa y esa boquita en forma de corazón. Eres preciosa y siempre te tienes que ver con los ojos que te veo yo —su sonrisa se fue ampliando poco a poco—. Es así como tienes que verte siempre, aunque veas a otras personas bonitas como tú dices, tú también lo eres —me abrazó con fuerza—. y ahora vamos, que nos espera un día muy divertido.

—A mí no me dices esas cosas —pronunció Alicia haciendo un mohín como si se hubiera puesto triste.

—Tú ya te lo dices a ti misma —le saqué la lengua.

Lo primero que hicimos fue dar un paseo con tranquilidad, estuvimos viendo todos los alrededores, la verdad, es que la pequeña fue una guía estupenda.

A media mañana paramos en la terraza de una cafetería para tomarnos algo fresco. Alicia se pidió una cerveza, Melina un zumo de naranja natural y yo un refresco de cola.

Hacía un poco de calor y lo mejor que podíamos hacer en ese momento era eso, tomar algo fresco y a la sombra de una terraza.

En cuanto nos repusimos un poco del calor, fuimos directas a los pies de la cascada grande, aunque se podía ver casi desde cualquier punto del pueblo, quería verla de cerca.

Si de lejos era impresionante, de cerca era unas de las imágenes más bonitas que había visto en la vida.

El agua caía con tanta fuerza, que a su paso lograba levantar como una leve bruma.

Pude notar como nos llegaba esa bruma, lo agradecí, por lo menos en esta época del año se agradecía mucho, en invierno sería otra cosa muy distinta, ahí estaba segura de que nadie agradecería que le llegara un poco de esa agua.

—Melina, ponte, que voy a hacerte una foto, preciosa —le hice unas cuantas.

Nos estuvimos haciendo fotos juntas, por separadas, con poses serias, otras haciendo burlas. El tiempo se nos pasó volando, es lo que tiene, que cuando te diviertes, las horas parecen minutos, pero cuando es, al contrario, las horas no parecen avanzar.

—¿Sí? —contesté al teléfono.

—¿Dónde estáis? —me preguntó Hans, en cuanto descolgué.

—A los pies de la cascada grande —le di la mano a la niña, me daba un poco de miedo que se resbalara y cayera al agua.

—Bajad, al pie de la carrera os esperamos.

—Vamos enseguida —colgué y le dije a la chicas que nos estaban esperando.

Al llegar donde nos estaban esperando, no dimos cuenta del otro hombre que había junto a Hans. Era igual de alto que él, el pelo lo tenía también rubio, pero un poco más oscuro.

Todavía no estaba lo suficiente cerca, pero desde donde estaba, se podía ver que eran de edades muy parecidas.

Ese tal Levi no tenía barba como Hans y sus ojos eran mucho más oscuros, pero guapo, ese hombre era guapo un rato, eso no se podía negar.

—Hola —dije cuando me acerqué a ellos—, tú debes de ser Levi, ¿verdad?

—Ese soy —contestó con media sonrisa.

—Tío, ellas son Ana y Alicia, son mi amigas —dijo la enana, enganchándose a sus piernas para que la cogiera en brazos— ¿A qué son muy guapas? —Este era uno de esos momentos en los que deseabas que la tierra te tragara.

—Sí que son guapas —corroboró—. Encantado de conoceros —nos dio la mano a las dos como saludo—. Cualquier problema que tengáis por el pueblo, me podéis llamar, aunque por aquí no suele pasar nada, pero nunca se sabe.

—Gracias —habló Alicia— ¿Tú también tienes una hija o una mujer que te espere en casa? —Miré a Hans con los ojos super abiertos, más descarada y no habría nacido.

—No tengo hijas, ni novia y mucho menos mujer, aunque no me importaría tener una hija contigo —se la comió con la mirada. Estos dos, desde luego que no se andaban con chiquitas.

—¿Cómo se hacen los hijos? —*ay, madre, porque siempre costaba tanto trabajo explicar estas cosas.* Pensé, quitándole la niña de los brazos al tío.

—Es muy fácil, cariño, cuando un papá y una mamá se quieren mucho, se dan muchos besos, duermen una noche juntos, el papi con sus besos pone una semillita en la barriga de la mami y así se hacen los niños —le expliqué, muerta de vergüenza.

—Papi, ¿por qué no le das un beso a Ana y así me traéis un hermanito? —Dios mío, no sabía ni dónde meterme de la vergüenza.

—Mejor dejamos lo besos y no vamos a comer que estoy muerta de hambre —a ver si nos íbamos de aquí y dejábamos el tema a un lado.

Capítulo 13



Hans

Las mejillas de Ana se pusieron rojas, pero no un rojo suave, uno intenso, de esos que te arde el rostro.

Lo que podía soltar por la boca un niño inocente, ellos decían las cosas sin pensar, tal y como le pasaban por la mente, sin darse cuenta que a los adultos nos podía poner en un gran aprieto.

Pero cuando mi hija dijo lo del beso, no puedo negar que me hubiera gustado dárselo.

Ana me gustaba mucho, más de lo que creía y no solo por su físico, que era espectacular, me gustaba todo lo que iba conociendo de ella y más que quería conocer.

Me gustaría llegar a conocerla por completo, me hubiera gustado haberla conocido hace años y que ella hubiera sido la madre de mi hija.

Melina no habría tenido una mejor madre, de eso no tenía ninguna duda, pero no me podía permitir el lujo de cogerle cariño o algo más que cariño, porque sabía que esta no era su vida y que tarde o temprano se iba a terminar marchando.

—Pues a mí me das besos, ¿por qué no se lo puedes dar a papi? Él es muy bueno —puso a mi hija en el suelo, la había estado cargando todo este tiempo.

—Melina tiene razón —soltó entre carcajadas mi amigo—, además, solo es un beso y los hermanitos no llegan si no dormís juntos —que cabrón era.

—Cariño, sabes que estás avergonzando a Ana. No puedes ir pidiendo que bese a mujeres —le di la mano comenzando a caminar hacía el coche.

—Nunca te he pedido que beses a una mujer, tus besos son míos, pero quiero compartirlos con Ana —se había encabezonado.

—La princesa tiene razón, por un beso no va a pasar nada —su amiga también empezó con el juego.

—Pues dale tú uno a su tío —le contestó.

—Por mí, encantada. ¿Levi quieres que la tita Alicia te dé un besito? —le dijo Alicia a mi amigo.

—Preciosa, eso no se pregunta —le contestó mi amigo, dando un paso en su dirección.

Y vaya que le dio un beso, un poco más y le hace una revisión bucal completa.

—Hala… eso sí que es un beso —dijo mi hija, tapándose la boca con las manos para intentar contener la risilla que le había provocado verlo —. Ahora vosotros —insistió.

—Cariño, para ya —la cogí para montarla en el coche—, los adultos no se van besando así porque sí. Para que eso pase tienen que querer los dos y es muy importante que se gusten.

—¿Entonces a ti no te gusta Ana? Con lo guapa que es —por mucho que intentara arreglar las cosas para que dejara el tema a un lado, lo estaba empeorando.

—Claro que me gusta, es muy guapa —le contesté.

—¿Entonces es ti a quien no le gusta mi papi? —le preguntó a Ana.

La pobre no sabía dónde meterse.

—Claro, tu padre es muy guapo, pero no porque te parezca guapo tienes que besarlo.

—Los adultos sois demasiados complicados —miré a Ana, aguantando la risa.

Cuando tuve a mi hija sujeta a su silla, me acerqué a Ana.

—¿Y si le damos el gusto? —le pregunté en voz baja.

—Hans —pronunció mi nombre con el aire contenido—, si nos besamos podemos hacer que su fantasía crezca.

—Pues a mí me apetece mucho ese beso —le confesé dando otro paso en su dirección—, ¿a ti no? —no la iba a presionar más, solo quería tantearla y ver si de verdad yo le podía gustar algo.

—No es que no me apetezca, es que no quiero confundir más a la niña —susurró.

—No pienses en nadie, solo piensa en lo que te gustaría hacer —le puse una mano en la mejilla y con el pulgar se la acaricié.

No hice más movimientos, esperé a ver qué era lo hacía ella, si se iba a atrever a dar el paso.

Y lo hizo, no me lo esperaba, fue ella la que me rodeó el cuello con los brazos, la que se puso de puntillas y la que acercó sus labios a los míos.

Me dio un beso tierno, con calma. Primero fue solo un pequeño roce, ese roce se convirtió en un pequeño pico.

Entreabrí la boca un poco, lo justo para darle a entender que estaba dispuesto a profundizar mucho más ese beso.

Ana atrapó mi labio inferior con los suyos, pasó la lengua y en ese preciso instante perdí la poca cordura que me quedaba.

La cogí por la cintura acercándola a mi cuerpo, profundizando el beso, cuando nuestras lenguas se encontraron, una sensación de calor me invadió por completo.

No sabía ni donde estaba, lo único que sabía era que no quería que ese beso terminara nunca.

Lo demás dejo de importarme. Dios, ¿Cuándo tiempo hacía que no sentía esto sí es que alguna vez lo había sentido?

—Eso sí que es un beso —escuché que dijo mi hija.

Fue en ese momento en el que separamos nuestros labios, pero sin apartar la mirada el uno del otro.

—Creo que la hemos complacido de sobra —murmuró Ana, con un poco de vergüenza.

—Lo que importa es si te he complacido a ti —deseaba volver a besarla.

—Mucho —contestó—. Este de regalo —dijo antes de alzarse y darme un leve beso, este fue rápido, un simple choque de labios—. Creo que deberíamos ir a comer ya —estaba claro que le seguía dando vergüenza.

—Sí, creo que es lo mejor —le contesté.

Fuimos los cinco en mi coche al restaurante, durante el trayecto miré más de una vez por el espejo retrovisor, necesitaba ver que Ana estaba bien y que el beso no la había hecho sentí mal.

La vi bien, contenta, hablando con mi hija y su amiga. Hasta diría que su mirada tenía un brillo que antes no estaba, tampoco lo podía afirmar, porque a lo mejor eran mis ganas de que así fuera.

Como predije al pensar en ese restaurante, al bajar del coche, tanto Alicia como Ana, se quedaron maravilladas con las vistas que había desde aquí y eso que todavía no habían visto las que ofrecía la terraza, esas eran las mejores.

—Alicia, creo que vas a volver a casa tu sola, yo me he enamorado de este lugar y no me pienso ir —*ojalá fuera verdad*, pensé.

—Desde luego que con buenas vistas ibas a vivir —le contestó con una risilla.

—Yo quiero que te quedes para siempre —le dijo mi hija. *Y yo también*, volví a pensar.

Melina le cogió la mano, yo me puse al otro lado de Ana, le puse una mano en la parte baja de su cintura para alentarla a que empezara a caminar al interior del restaurante.

No sé si fue por mi mano en su cintura o porque le había entrado frío, el caso es que en el momento que la toqué los vellos de los brazos se le pusieron de punta.

Una camarera nos llevó hasta una de las mesas de la terraza, una con las mejores vistas, como le había pedido por teléfono cuando la llamé para hacer la reserva, que no es que fuera necesario, pero preferí hacerlo así porque nunca se sabía cómo podía estar de lleno, y más en esta época del año, que era cuando más turistas recibíamos en el pueblo.

Me senté junto a Ana, mi hija a su otro lado y frente a nosotros se sentaron Alicia y Levi.

—Hans, esto es precioso —me dijo, poniendo su mano sobre mi pierna, creo que lo hizo inconscientemente y cuando se dio cuenta la fue a quitar rápido.

Yo fui más rápido que ella y puse la mía sobre la suya para que no la quitara.

Miró un segundo. Fue una mirada limpia, de inocencia mezclada con un poco de asombro. Me incliné un poco sobre ella para decirle unas palabras cerca de su iodo.

—Si has puesto la mano sobre mi pierna es por algo, no la quites ahora —no me esperaba lo que hizo.

La giró debajo de la mía, puso su palma hacia arriba y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Mejor así? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—Mucho mejor —le contesté.

—Vosotros sois los expertos en la comida de aquí, así que elegid por nosotras —comentó Alicia—. De beber quiero una cerveza bien fresquita.

Por mi hija no había problema, ella estaba acostumbrada a comer de todo y no le hacía ascos a nada.

—Elige tú —le mido Levi, que no paraba de tontear con Alicia.

Se acababan de conocer y habían empezado a lo grande, supongo que estos dos era de los que pensaban: ¿quién dijo miedo? Desde luego que miedo no parecía tener ninguno de los dos.

—¿Qué te apetece beber a ti? —le pregunté a Ana.

—Un refresco de cola y por la comida no tengo problema, normalmente me suele gustar todo —otra como mi hija y como yo, vamos que nosotros no le hacíamos ascos a nada.

—Buenas tardes, chicos —dijo Lia cuando se acercó a tomarnos nota—, os veo muy bien acompañados —nos dijo a Levi y a mí—. Hola, princesa, hacía tiempo que no te veía —le tocó la cabeza a Melina con cariño.

—Hola, Lia —le contestó mi hija— es que papá ha estado muy ocupado y no hemos podido venir —muchas veces me quedaba asombrado con mi hija, en muchas ocasiones parecía mucho mayor de lo que era—, pero hoy hemos venido con Ana y Alicia, son mis amigas.

Si mi hija supiera que yo quería que una de ellas fuese más que amiga de su padre, creo que la haría super feliz.

—Que bien. Bueno, ¿qué os voy poniendo?

—Dos cervezas, un refresco de cola, un zumo de naranja natural y para mí, agua —le fue diciendo, mientras ella iba anotando—. Para comer una fondue de queso y una parrillada de carne —con eso creo que teníamos para comer los cinco, la parrilla de aquí era muy grande.

—Me parece muy buena elección —dijo Lia, antes de dar media vuelta e irse.

—Papi, pero yo quiero mi postre —puse lo ojos en blanco.

—Cariño, el postre lo pedimos después, cuando hayamos terminado de comer —le dije con calma, porque ella con su postre no jugaba, ni dejaba que nadie lo hiciera.

—Creo que la comida que he pedido te va a gustar, pero si no es el caso, puedes pedir lo que quieras —le dije a Ana.

—Estoy segura de que me va a encantar, desde que he llagado no paro de sorprenderme con los sabores que estoy probando, pero tengo que decirte que lo más me ha gustado hasta ahora ha sido el café de esta mañana —me encantó que me dijera eso.

—Puedes venir todas las mañanas a tomarte los cafés que quieras —mejor me callaba lo de que, si se quedada a dormir en mi casa y amanecía por las mañanas en mi cama, hasta le llevaría el café a la cama.

—Ya me pensaré si te tomo la palabra —me guiñó el ojo—, lo mismo me aficiono demasiado a tu café y me hago adicta —sé que estaba hablando con segundas.

Si su adicción era para estar más cerca de mí, bendita adicción sería.

Capítulo 14



Ana

Llevaba varios días levantándome temprano para ir hasta la casa de Hans y tomarme junto a él el café. Me estaba gustando mucho pasar esas horas con él hasta que se levantaba Melina.

Estar en ese porche, junto a ese hombre, envuelta en una pequeña manta, con la taza de café entre mis manos y viendo amanecer, no tenía precio. Por mí, se podía terminar el mundo en ese instante que no me importaría en absoluto.

Ese día me levanté un poco antes de tiempo, no había podido dormir bien la noche anterior y ya llevaba bastante rato dando vueltas en la cama, por lo que decidí darme una ducha e ir a la casa de Hans.

Puede que él no se hubiera levantado todavía, pero no me importaba esperarlo sentada en el porche de su casa.

Me puse el mismo vestido que llevé cuando fuimos a comer con su amigo, que ese era otro tema que tenía para rato.

Porque Alicia se había pillado por Levi, pero una cosa mala, tanto era así, que las noches las pasaba en su casa. Vamos que esos dos no eran de los que se pensaban las cosas más de una vez, iban a por lo que querían sin molestarse en pestañear.

Que digo yo, que ole los cojones que tenían, ojalá fuera yo tan lanzada como era ella o él, porque lanzados fueron los dos.

Sin embargo, aquí estaba yo, tomando unos cafés con el hombre que me gustaba y sin atreverme a dar un paso hacia delante, que vale que Hans tampoco los daba, pero a él lo podía entender.

Era padre y no podía arriesgarse a dejar entrar en su vida a cualquiera, muchos menos arriesgarse a que su hija le cogiera cariño y que después se fuera, como pasaría en mi caso.

Aunque sinceramente, a mí no me importaría nada quedarme a vivir aquí y si era juntos a ellos, mucho mejor.

Melina era una niña tan encantadora que me tenía enamorada y me gustaría formar parte en su vida, no solo por un periodo de vacaciones, me gustaría formar parte siempre.

Eso por no hablar de su padre, ese hombre me iba ganando por momentos, estaba claro que su físico me había gustado desde que lo vi, porque guapo y atractivo era un rato, pero era su forma de ser, como me trataba, como ejercía su papel de padre, con el cariño que trataba a sus vacas, el amor que le ponía a sus trabajos de carpintería.

Que tengo que decir que cuando me enseñó parte de ellos me quedé impresionada y mucho más cuando me dijo que todo lo que había de madera en su casa lo había hecho él, no daba crédito.

Y solo tenía treinta años. Dios mío, si los hombres de treinta años de mi ciudad eran unos niñatos que no sabían ni lo que hacer con sus vidas.

Lo que no había tenido valor de decirle, era el motivo real por el que había venido a su pueblo, por no hablar de que no había vuelto a tener valor para acercarme a esa tienda y volver a ver a mi madre.

Hans y su hija le tenían mucho cariño a esa mujer y no quería enturbiar su relación, no creo que Hans me creyera si le dijera que esa mujer era mi madre y que me había abandonado antes de conocerme, mucho menos lo haría si ella lo negara.

Así que, ¿de qué me iba a valer contarle nada? Por lo poco que se había enterado Alicia, al preguntarle a Levi por ella de manera disimulada, es que era una vecina que llevaba muchos años aquí, que se había casado con un hombre del pueblo y que tenían dos hijos uno de unos quince años y otro era algo más pequeño de unos once años.

Lo siento, pero no tenía corazón para llegar e interrumpir sus vidas y desestabilizarlas por completo.

Estando aquí había asumido de una vez que, si nunca me había querido en su vida, no iba a entrar a la fuerza, no, definitivamente no lo iba a hacer.

Me pasó como la primera vez que aparecí en la casa de Hans, había andado tan sumida en mis pensamientos, que ni cuenta me había dado que había llegado hasta allí.

Con la diferencia esta vez, de que no recibí lametazo por parte Algodón ni otra de ellas. Esta vez cuando me di cuenta estaba sentada en el balancín, en el porche de Hans y por lo que pude comprobar o no se había levantado o ya estaba en el corral de la vacas ordeñándolas, que lo más seguro, es que fuera lo segundo.

Me quedé sentada esperando a que de un momento a otro apareciera.

No tardó mucho en hacerlo, cuando me vio sentada en el balancín se quedó un poco asombrado, no porque no hubiera venido otras veces, de hecho, como he dicho antes, llevaba varios días viniendo, lo que no se esperaba es que lo hubiera hecho tan temprano.

—Hola —me levanté para ir hacía él y ayudarlo con las dos cubetas de leche que traía—. Déjame que te ayude con una —me ofrecí.

—Hola, no te esperaba aquí tan temprano, ¿ha pasado algo? —parecía preocupado.

—No he pasado buena noche y no podía seguir en la cama, no sabía si todavía estarías acostado, pero me arriesgué a venir de todos modos —le cogí ese cubo lleno de leche—. Coño, esto pesa casi más que yo —apreté los dientes.

—Anda, suelta que al final te vas a lastimar —dijo, conteniendo la risa—. Abre la puerta, por favor —le di el cubo sin pensarlo dos veces.

Le abrí la puerta echándome a un lado para darle paso, lo hice en silencio para evitar que Melina se despertara.

Lo acompañé hasta la cocina, alguna mañana lo había visto como preparaba la leche y la repartía en las botellas de cristal, previamente esterilizado, lo hacía todo con mucho tiento y cariño, se notaba que le ponía corazón a todo lo que hacía.

—Así que no has podido dormir —negué con la cabeza, ¿por qué hoy me parecía incluso más guapo? ¿Cómo podía ser eso posible? —¿No es cómoda la cama? —me preguntó, sin apartar la mirada de la mía.

—La cama es cómoda —admití comiéndomelo con los ojos—. Supongo que una mala noche la puede pasar cualquier persona.

—Te noto hoy algo rara —me dijo dando un paso hacia mí—, tu manera de mirarme ha cambiado, hoy lo estás haciendo con más intensidad —¿Y si daba un paso en su dirección para besarlo y me rechazaba? Las dudas empezaron a asaltarme.

—No le des importancia, habrá sido por no dormir bien que tengo los ojos más cansados —di un paso hacia atrás, no fue físico, fue en determinación.

—¿Estás segura de que es por eso? —Se acercó un poco más a mí — ¿No tienes ganas de que te bese como los otros días? Porque yo me muero por volver a besarte —me quedé arrinconada entre la mesa de la cocina y su cuerpo.

—Hans, no creo que esté bien, por mucho que me gustes y lo haces mucho, es mejor que mantengamos las distancias —no quería enamorarme de un hombre que sabía que cuando me fuese no lo iba a volver a ver, no quería enamorarme de una niña que de por sí ya le había cogido demasiado cariño, para después no parar de echarla de menos.

—Yo tampoco quería dar el paso por miedo a que duela demasiado cuando de vayas, pero es que me duele tenerte a mi lado y no poder tocarte o besarte como quiero —puso sus manos sobre la mesa a cada lado de mi cuerpo, como si me estuviera enjaulando—. Prefiero arriesgarme y sufrir después que estar sufriendo el tiempo que estés aquí —acercó su frente a la mía—. No vamos a pensar, solo vamos a dejarnos llevar y vivir lo que hay entre nosotros, ¿crees que puedes hacerlo?

Me quedé pensando durante un momento con su frente pegada a la mía.

¿Estaría dispuesta a dejarme llevar para terminar sufriendo después?

La respuesta la tuve al levantar la mirada y ver la forma en la Hans me estaba mirando, no tuve dudas, merecía la pena todo con tal de tenerlo unos pocos días junto a mí.

Con las manos temblorosas se las puse a ambos lados de su cintura, levanté un poco más la barbilla y dejé que pegara sus labios a los míos.

Me besó lento, saboreando el momento, disfrutando del contacto.

Los labios de Hans eran calientes y suaves, de esos que no te cansas de besar ni que te besen, de los que te atrapan y quieres vivir en ellos.

El gemido que se me escapó, ni pude controlarlo, ni quise. Me salió del alma, brotó a través de mi garganta y terminó muriendo entre sus labios.

—Hans, la niña se puede despertar y vernos —me separé un poco por temor.

—Todavía es muy temprano, como mínimo le quedan dos o tres horas para que se levante —tenía razón, no me acordaba que hoy había venido mucho antes de lo que lo había estado haciendo estos días.

Me quitó la rebeca que llevaba encina del vestido. Al hacerlo empezó a darme besos por la clavícula subiendo por el cuello, llegando al lóbulo de mi oreja.

Los suspiros se me iban escapando uno detrás de otros, sentí la necesidad de sentirlo mucho más cerca, así que lo abracé por el cuello queriendo me besara de nuevo.

Los dedos de una mano los enredé en el pelo de su nuca haciendo un poco más de presión para que el beso se intensificara.

Nuestras lenguas se unieron en una danza de sensualidad, de pasión y desenfreno, provocando que los dos quisiéramos dar un paso más, deseando unir nuestros cuerpos igual que lo habían hecho nuestras bocas.

Capítulo 15



Hans

Puede que Ana tuviera razón en todo lo que había dicho de mantenernos alejados por nuestro bien, pero yo también la tenía.

Porque verla todos los días, sobre todo las mañanas que era cuando estábamos a solas y no poder tocarla ni con un simple roce, me estaba matando, por no decir el hecho de desear besarla y no hacerlo.

Todos estos días me había costado todo el autocontrol que tenía, pero ya no podía más, por eso terminé lanzándome y era lo mejor que había hecho en mucho tiempo.

La cogí en brazos haciendo que rodeara mi cintura con sus piernas y con pasos largos y apresurados, nos dirigimos a mi habitación.

—Me da miedo que la niña se despierte —susurró pegada a mi cuello.

—Pues entonces intenta no gritar —le di un beso corto—, esta noche la mandamos a dormir con su tío Levi y te prometo que entonces vas a poder gritar todo lo que quieras —murmuré sobre sus labios.

—Eres un poco presuntuoso —me contestó sonriendo.

—Bueno, supongo que de nada vale decirlo y lo que realmente importa es demostrarlo —dije con una sonrisa de medio lado.

Le tenía que demostrar que lo que yo le podía dar, no se lo iba a dar otro hombre en la vida.

—No, ¿cómo la vas a mandar a casa de Levi? No me fio de él y mucho menos de Alicia —dijo riendo.

—Estoy seguro de que sabrán comportarse delante de ella —porque como no fuera así me los podía cargar a los dos.

Al llegar a los pies de mi cama, la tumbé en el centro de ella. Aun con la ropa puesta era una imagen que no iba a olvidar en mi vida.

Deseé con todas mis fuerzas que Ana se quedara siempre aquí, conmigo, con mi hija. Sabía que podía ser un poco egoísta querer eso de ella, encerrarla en un pueblo donde la vida le podía parecer aburrida, quedarse conmigo, y sobre todo hacerse cargo de una niña que no era suya.

Que no era hacerse cargo de Melina, porque yo iba a seguir llevando a mi hija como había hecho hasta ahora, lo que quería decir es que su vida cambiaria mucho.

Ana era muy joven todavía, sé que yo también lo era, pero yo tenía la vida que quería y la que me había buscado, era muy distinto a pedirle a ella que se sacrificara por nosotros.

Dejando esos pensamientos a un lado y centrándome en la mujer que tenía tendida en mi cama, que, por cierto, era la primera mujer que entraba en mi habitación, mucho más para tenderse en mi cama y hacerle el amor como iba a hacerle.

Cogí el bajo de mi camiseta para quitármela, en cuando lo hice la tiré a un lado de la habitación, seguí con los zapatos y terminé con el pantalón y la ropa interior, quedándome completamente desnudo antes ella.

—Te estoy viendo con mucha ropa todavía —dije en voz baja, apoyando las rodillas en la cama para avanzar hacía ella.

—Eres grande en todos los aspectos —susurró con la vista fija en mi pene.

Yo me lo veía normal, acorde a mi cuerpo, pero si ella lo decía, no iba a poner en duda su palabra.

Cogí el bajo de su vestido subiéndolo lentamente por sus piernas, dejando al descubierto, poco a poco, cada centímetro de su piel.

Al llegar a su cintura, se incorporó para que pudiera terminar de quitárselo. Quedó ante mis ojos con un conjunto de ropa interior de encaje en color blanco.

—No puedes ser más perfecta —le dije, admirando su cuerpo.

Posé mis manos en sus mejillas para acercar su boca a la mía y besarla con la urgencia que me estaba recorriendo el cuerpo.

Llevé las manos a su espalda desabrochándole el sujetador. Hice que se tumbara de nuevo sobre la cama.

Fui besando poco a poco todo su cuerpo: cuello, hombros, brazos hasta llegar a sus pechos, esos que los tenía turgentes y que estaban llamándome a gritos para que le dedicara atención.

Tracé círculos con mi lengua sobre uno de sus pezones rosados mientas al otro le iba dedicando atención estrujándolo y amasándolo con la mano. Ana arqueaba el cuerpo con cada uno de mis toques, me encantó ver la reacción que le provocaba con mi tacto.

Saber que era yo el que estaba haciendo que su cuerpo respondiera de esa manera me estaba volviendo mucho más loco de lo que ya estaba por ella.

Había caído rendido ante ella, me había conquistado por completo en todos los aspectos, pero ver como su cuerpo respondía a mis caricias y besos, era lo mejor que me podía pasar.

Fui bajando por el centro de su pecho haciendo un pequeño camino de besos húmedos.

—Hans —que susurrara mi nombre entre jadeos, era música para mis oídos—, me estas matando.

—No quiero matarte, mi intención es que veas las estrellas — murmuré sobre su sexo, que todavía estaba cubierto por la braguita.

Se la fui quitando despacio y el camino que hice para quitársela con las manos, lo hice de vuelta, pero con besos,

Dándole pequeños besos desde las rodillas, en el interior de los muslo y las ingles, llegué hasta su vagina, tracé círculos sobre el clítoris, le introduje dos dedos curvándolos hacia arriba hasta dar con ese punto que sabía que iba a provocar que se deshiciera entre mis manos y boca.

—Hans… —soltó un gemido controlado intentando no hacer demasiado ruido.

Provocarle un orgasmo a una mujer siempre me había gustado, provocárselo a Ana era otra cosa, su placer se convirtió en el mío, me podría pasar la vida entera viéndola como estaba en ese momento.

Con las mejillas sonrojadas, los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Era una imagen espectacular.

Me hice hueco entre sus piernas, colocando mi miembro erecto justo en la entrada de su sexo.

—¿Quieres que siga? —como me dijera que no, me mataba, pero aceptaría su deseo.

—Como te detengas ahora eres hombre muerto —movió sus caderas para tentarme a que la penetrara.

—Nada en el mundo sería capaz de hacer que me detuviera, tú eres la única que tienes ese poder —dije sobre su cuello.

Centímetro a centímetro me fui introduciendo en su interior, una sensación de plenitud me invadió por completo. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, de hecho, el mismo tiempo que me acosté por última vez con la madre de mi hija y eso fue estando ella embaraza, después de eso no había vuelto a estar con nadie más.

Aun así, no recordaba que se sintiera tan bien con ella como me sentí con Ana, era como si me sintiera completo.

Cuando me introduje por completo, me tuve que detener unos instantes, respirar profundamente para intentar controlarme un poco.

Al principio entraba y salía lentamente, era penetraciones largas, pero despacio, quería disfrutar y hacerla disfrutar tanto como pudiese aguantar.

Con la boca hundida en su cuello, nuestras manos entrelazadas por encima de su cabeza y con una de sus piernas rodeándome la cintura, empecé a aumentar el ritmo de las embestidas.

Empecé a hacerlas más fuertes, más profundas, más rápidas y mucho más intensas.

—Ana… —gemí su nombre cuando se corrió a mi alrededor, apretándome el pene con sus contracciones.

—Creo que he muerto y estoy en el paraíso —susurró.

Cinco o seis embestidas más tardé en dejarme ir junto a ella, llegando a ese paraíso que había dicho.

Me apoyé en uno de mis brazos para no aplastarla con mi peso.

—¿Estás bien? —le pregunté un poco preocupado, me daba miedo haber sido demasiado brusco.

—Ya te lo he dicho, ahora mismo estoy en el paraíso —con la punta de su dedo fue recorriendo mi rostros con lentitud.

—Me gusta que estes en el paraíso —reconocí con una risilla.

—No quiero ser la portadora de malas noticias —pronunció, aguantándose la risa—, pero por muy cómodos y a gusto que estemos, me temo que nos tenemos que ir levantado —por una vez en mi vida no me apetecía hacer nada que no fuese quedarme como estaba ahora mismo, con Ana entre mis brazos.

—Me niego, hoy estoy en huelga —dije entre bromas—, todavía estoy dentro de ti y ya me estás echando —moví las caderas de nuevo para que me siguiera notando en su interior.

—No hagas eso o no podremos salir de la cama —ronroneó.

—Eso es lo que quiero, que nos quedemos todo el día en la cama —le recorrí la mandíbula con pequeños besos entre palabras y palabras.

Al final no nos quedó más remedio que levantarnos de la cama. No porque quisiéramos, sino, porque era lo que teníamos que hacer.

Capítulo 16



Ana

Se había salido todo de control, por lo menos se me había salido a mí. No quería terminar como finalmente había terminado, no porque no quisiera, más bien porque sabía que si lo hacía me iba a enamorar de Hans.

Y yo no quería eso, porque cuando llegara a su fin mis vacaciones y me tuviera que marchar, el corazón se me iba a romper en mil pedazos, pero también tenía que admitir que él tenía razón.

Estar este tiempo aquí deseándonos sin poder tenernos, también era sufrir y mucho, porque me pasaba todo el día deseando que me tocara, aunque solo fuese un simple roce por accidente o que me dirigiera la mirada.

No sé, cualquier gesto de su parte hacía mí, era lo único que me hacía sentir bien.

—Estas muy callada —me dijo.

Después de levantarnos de su cama, asearnos un poco y preparar los cafés. Nos sentamos en el balancín, como todas estas mañanas había estado haciendo, con la diferencia de que hoy estaba apoyada en su pecho mientras que él me tenía rodeada con su brazo y con la pequeña manta cubriéndonos.

—Estoy relajada —estaba mirando como el sol comenzaba a despuntar— ¿Tú no estás relajado? —le pregunté, aguantado una sonrisa.

—Llevo años sin sentir esta sensación de paz y tranquilidad —me besó en la cabeza.

—Hans —lo llamé.

—Dime —su voz sonaba el calma.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Quiero decir, después de lo que hemos hecho hace un momento —Dios, me daba vergüenza hablar de esto con él.

—¿Quieres decir después de haber hecho el amor? —el capullo se estaba riendo de mí, no podía verle la cara, pero si sentir como su pecho se movía a causa de la risa— ¿Qué te parece seguir haciéndolo todos los días y tantas veces como podamos o nos dejen? —Giré la cabeza para mirarlo a la cara, quería saber si se estaba quedando conmigo o lo estaba diciendo de verdad.

—Hablo en serio —pronuncié.

—Yo también —y en su voz no había pizca de estar bromeando—. Te lo dije antes y te lo vuelvo a decir ahora, no pienses en lo que puede pasar dentro de una semana o dos, piensa en lo que tenemos ahora y no dejes que el miedo a sufrir te impida disfrutar de cada instante que pasemos juntos —tenía razón, pero no podía evitar pensar en lo que pasaría el día de mañana.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté para cambiar de tema de conversación.

—Hoy me lo voy a tomar libre —lo miré con los ojos abiertos, era raro que dejara sus cosas de lado, puede que a ratos sí que se liberara un poco, pero tomarse el día libre, no lo había visto desde que lo conocía—. Voy a pasar el día con mis chicas.

Se me hizo un pellizco en el estómago cuando se refirió a mí como su chica.

—¿Y qué vas a querer hacer con tus chicas? —volví a preguntar.

—Lo que ellas decidan, hoy mandan ellas —medio sonrió.

—Me gustaría quedarme todo el día aquí, no me apetece ir a ningún sitio hoy —el brazo con el que me estaba rodeando la cintura lo movió un poco, lo justo para acercarme un poco a su cuerpo si es que era eso posible—. Si no trabaja Levi, le podemos decir que se venga también y a Alicia, podríamos hacer algún tipo de carne a la parrilla y comer aquí, al aire libre —le fui comentando.

—¿De verdad te apetece quedarte aquí? —parecía incrédulo a que quisiera pasar el día con él, en su ambiente.

—Es lo que más me apetece, siempre y cuando tú y Melina también queráis —tampoco quería imponerme por encima de ellos, porque para un día que se tomaba libre, no quería que se sintiera en la obligación de quedarse donde siempre está—. Si tú quieres ir a algún lugar, podemos hacerlo, no quiero que no disfrutes de tu día libre —reconocí.

—Yo lo único que quiero es estar con mi hija y contigo, me da igual aquí que en otro sitio —la mano que tenía en mi cintura no paraba de moverla con pequeñas pasadas, era como si no quisiera dejar de tocarme o sentirme bajo su tacto—. Me ha gustado mucho la idea de que quieras pasar el día aquí, conmigo.

—Papi, Ana —salió la pequeña feliz a darnos el beso de buenos días.

Ya estaba acostumbrada a verme todas las mañanas sentada en el mismo lugar, pero esa mañana era distinta, porque su padre me tenía abrazada contra su pecho.

—Buenos días, princesa —le dije, abriendo los brazos para cogerla y montarla en mis piernas.

—¿Por qué te está abrazando papá? —Anda y que no se iba a dar cuenta— ¿Sois novios? —los niños y sus preguntas, pensé.

—Antes de hacer tantas preguntas, el beso de los buenos días —le dijo su padre, sin soltarme de su agarre.

—Pero ¿sois novios? —volvió a preguntar loca de felicidad.

Y esta era una de las razones por las que no quería dar el paso. Era una niña y no veía las cosas como la podíamos ver los adultos o quizás ellos la veían de otra forma, una más inocente y bonita, donde no veían el problema y si lo que realmente era real, a su manera, pero lo hacían de forma limpia.

Aun así, el saber que, aunque no quisiera le podría hacer daño, me dolía y mucho.

—Somo amigos que se quieren mucho —le contestó el padre.

—Pero el tío Levi es tu amigo y no lo abrazas así y la abuela Rosa tampoco —miré a Hans con las cejas levantadas como preguntándole: ¿y ahora qué?

—Bueno, es que Ana y yo somos amigos un poco más especiales… Y deja de hacer preguntas que te has levantado muy preguntona esta mañana —soltó mi cintura para levantarse e ir a preparar el vaso de leche de su hija.

—Pues a mí me gustaría que Ana fuera tu novia y mi mami —una gran grieta se abrió bajo mis pies. No podía haber dicho eso porque me acaba de matar.

Los ojos se me humedecieron sin poder evitarlo. Pocas cosas había en la vida que me hiciera sentir más orgullosa que ser la madre de esta niña, sobre todo si ella era la que lo pedía con la inocencia con la que lo había dicho.

—Cariño, las cosas no son tan fáciles como decirlas —fui yo quien tomó la palabra cuando vi que Hans lo iba a hacer. Le hice un gesto con la mano para que fuera por el vaso de leche—. Nada me haría sentir más orgullosa y feliz que ser tu madre, pero todo necesita su tiempo.

—¿Por qué? Yo te quiero mucho, te prometo que, si eres mi madre, me voy a portar siempre bien —Ains, que me iba a poner a llorar como una magdalena.

¿Se podía ser más bonita y con esos sentimientos?

—Tú eres buena y no te puedes portar mejor de lo que ya lo haces, no tienes que cambiar —la abracé fuerte, acerqué mi nariz a su pelo y me empapé con su olor, no quería que nunca se me olvidara como olía su pelo no como era ella—. Yo también te quiero mucho, más de lo que te puedas llegar a imaginar.

—¿Entonces por qué no quieres ser mi mami? —en ese momento llegó el padre y di gracias a Dios de que se hiciera cargo de la situación, porque yo tenía un nudo tan grande en la garganta que era imposible que pudiera decir una palabra.

—Melina —la cogió en brazos y la sentó encima de sus piernas—, no es que no quiera ser tu mami —respiró profundamente, creo que estaba pensando en las siguientes palabras que le iba a decir—. Sabes que ella vive en otro país y cuando sus vacaciones terminen tiene que volver a su casa y su trabajo, no puede quedarse aquí para ser tu madre.

—¿Por qué no nos vamos nosotros con ella? —preguntó en su inocencia.

—¿Quieres dejar nuestra casa, las vacas, tu escuela y a todo el mundo que conoces? —Se quedó un segundo pensativa— ¿A qué te pondría triste irte? —asintió—. Pues a Ana le pasaría lo mismo si no regresa a su casa. Ella te quiere mucho, pero por mucho que lo haga no se puede quedar —ahora mismo, tenía mucho más aquí que en España, de eso estaba completamente segura— ¿Lo has entendido ya? Se que eres muy lista y lo has entendido —terminó de decirle.

—Sí —dijo con un poco de tristeza y a mí se partió un poquito más el corazón.

—¿Qué te parece si el tiempo que me quede aquí lo pase contigo y con tu padre? ¿Te pondría más contenta? —Poco a poco se le fue iluminando el rostro.

—Pero ¿dónde vas a dormir? Mi cama es pequeña y no cabemos las dos y las demás habitaciones no tienen camas y si duermes con papi haréis un hermanito —la carcajada que se le escapó a Hans se tuvo que escuchar en todo el valle.

—No te preocupes, que pondremos unas almohadas de por medio para que nuestros cuerpos no se toquen —le contestó el padre cuando dejó de reír.

—Papi, no seas tonto y no las pongas, si le haces un hermanito a lo mejor se queda —le dijo, como si fuera un secreto entre ellos y yo no lo pudiera escuchar.

El padre se rio con ella sentada en sus piernas, esta niña tenía tela. A lo tonto lo soltaba como quien no quiera la cosa.

—Mejor dejamos a los hermanitos por ahora —me levanté para preparar el desayuno.

Pero antes de hacerlo, fui a las habitaciones para hacer las camas, estaba haciendo la de Hans y mientras la hacía no paraba de rememorar lo que habíamos compartido entre esas sábanas hacía poco más de una hora.

Capítulo 17



Hans

—Papi, te lo digo de verdad —me dijo mi hija muy seria, cuando Ana entró dentro de la casa.

—¿Qué es lo que me dices de verdad? —le pregunté, conteniendo las ganas de reír.

—Lo del hermano, tenemos que hacer algo para que Ana se quede para siempre —se cruzó de brazos como si estuviera encabezonada en algo.

—Cariño, eso sería una decisión suya y no nuestra, no podemos obligarla —quise hacerla entrar en razón, aunque en el fondo no dejaba de tener seis años, demasiadas cosas entendía y hacía por sí misma, no podía pedirle más.

—Ya lo sé, pero si hacemos que nos quiera mucho no se irá —a su manera, pero tenía razón en lo que había dicho.

Tal vez tenía una oportunidad de que quisiera quedarse, de que amara a mi hija, este lugar y se llegara a enamorar de mí. Estaba seguro de que si pasaba eso a lo mejor no se iría o a lo mejor eran mis deseos de que realmente pasara eso.

—Ya veremos qué pasa, por ahora vamos a levantarnos y hacer nuestras tareas —ella estaba acostumbrada a hacer su cama, la hacía a su manera y tengo que reconocer que cada vez la hacía mejor, pero tenía que tener en cuenta su edad.

Después de hacer su cama, cogía la ropa del día anterior y la llevaba al lavadero. No le mandaba grandes cosas y sobre todos cosas que sabía que no podía hacer a sus seis años, pero si procuraba que tuviera una responsabilidad.

Ese día no tuvo que hacer la cama, cuando entramos Ana ya las había hecho y en ese momento estaba haciendo el desayuno.

—No tenías por qué haber hecho las camas —le dije, no a modo de reproche, pero no quería que pensara que la quería aquí en mi casa como si fuera nuestra sirvienta.

—Se que Melina se hace la suya, pero hoy he querido hacerla yo, mañana la vuelve a hacer ella, por un día no pasa nada —dejó de cortar el pan para venir hacia mí y rodearme por la cintura.

—¿Es tu manera de chantajearme? —le pregunté medio en broma.

—No, esta es mi manera de ser cariñosa, no tengo que chantajearte con nada —agaché la cabeza para darle un breve beso—. Si tú has decidido tomarte el día libre hoy, Melina también lo puede hacer por un día —contra eso no tenía nada que decir.

—Me encanta tu manera de ser cariñosa, de hecho, no quiero que dejes de serlo nunca —la abracé por los hombros.

Me dio un beso en el pecho antes de separarse y volver a lo que estaba haciendo.

Por un instante me permití el lujo de soñar que era posible que tuviéramos esta vida, viviendo los tres en esta casa o quizás deseando que fuéramos algunos más, unos que vinieran por nuestra unión.

Pero como he dicho, fue solo un segundo lo que me permití soñar.

—¿Por qué no llamas a Levi cuando creas que se haya levantado y le preguntas si vienen a pasar el día con nosotros? —me preguntó mientras metía el pan en la tostadora.

En cuanto terminamos de desayunar fui al salón para coger mi móvil, no era un aparato que solía utilizar muy a menudo, la verdad es que no solía darle importancia, no más que para hacer llamadas y listo.

Nunca había tenido redes sociales y nunca me había interesado tenerlas y eso que mi amigo me había dicho más de una vez, que un hombre con mi físico y con mi estilo de vida hoy día se podía hacer muy famoso en ese tipo de redes, con enseñar un poco de vientre plano, la V bien marcada y cortando leña haciendo cualquier cosa de esas, le salían un montón de seguidoras en un abrir o cerrar de ojos.

Como le dije en su tiempo, no me interesaba y no creo que me interesara nunca.

Volviendo a porque cogí el móvil y fue para llamar a Levi y preguntarle si quería venir a pasar el día, eso si no tenía turno en el trabajo.

—Suelo levantarme un poco más tarde los días que no tengo que trabajar —dijo la voz somnolienta.

—¿No sabes que tiempo dormido, es tiempo perdido? —le pregunté con cachondeo.

—¿Y tú no sabes que estar en la cama a esta hora de la mañana con una preciosa mujer entre los brazos es lo mejor que te puede pasar? —me devolvió la réplica con otra pregunta.

—Eso no te lo discuto —mejor me callaba que a partir de esta noche Ana se iba a quedar, ya se enteraría cuando se lo contaría Alicia —. Te he llamado para preguntar si hoy tienes que trabajar o estás de descanso.

—Me acabas de demostrar que eres un mal amigo —se escuchó su risa nasal a través del teléfono—. Hace unos días te dije que estaba al coger mis dos semanas de vacaciones.

—Bien, ¿te apetece venir a casa a pasar el día? Ana quiere pasar el día aquí y hemos pensado en hacer una parrillada de carne y echar el día al aire libre —expliqué.

—Mejor plan imposible. Dime que hace falta que lleve y te ahorras bajar.

Le dije lo que creí que hacía falta, que no era mucho porque en casa tenía casi de todo. Quedamos que en unas dos horas más o menos estarían aquí.

—Una de estas tardes te quiero llevar a una cascada que hay por aquí —le dije, mientras preparábamos una mesa afuera.

—De esas tenéis muchas por aquí —me contestó.

—Esta no es como las que has visto hasta ahora, está apartada y hay que saber llegar y te puedo asegurar que tienes que conocer muy bien el terreno para hacerlo.

—¿No me digas que además de carpintero y ganadero, también eres explorador? —me preguntó con sorna.

—Soy muchas cosas, lo que pasa es que todavía no lo sabes —le guiñé el ojo.

—Papá es el que busca a las personas cuando se pierden —le dijo mi hija con orgullo.

—Vaya, eso no lo sabía —contestó un poco asombrada.

—¿Ves? Por eso te he dicho que soy muchas cosas que no sabes —me acerqué un paso a ella—. También se me da bien hacerte gemir —susurré pegado a su oreja y se le escapó un pequeño jadeo al sentir mi aliento caliente pegado a su cuerpo.

—Sí, de eso sí que me he dado cuenta —murmuró.

—Secretitos en reunión es de mala educación —dijo Melina con una risilla.

—No estamos de secretos —le contesté—, es que tu estabas un poco más alejada y por eso no nos has escuchado, listilla, que eres muy lista.

—Hans, creo que Melina quiere que la atrapemos y le hagamos muchas cosquillas —Ana me guiñó un ojo.

—No, no, cosquillas no —empezó a reírse antes de que echáramos a correr detrás de ella.

Le dimos su tiempo e hicimos como si nos estuviera ganando. Escuchar las carcajadas que iba dando Melina, era una de los mejores cosas que podía oír durante toda mi vida, ese sonido me daba vida, me daba motivos para levantarme todos los días de la cama y luchar, querer ser mejor persona, crecer en todos los aspectos y darle la vida que se merecía.

Ana corría detrás de ella sin parar de reír también.

Las despisté unos instantes y fui por el lado contrario escondiéndome en un hueco que había a un lado de la casa. Sabía que iban a pasar por ahí y quería pillarlas por sorpresa.

Primero pasaría por delante de mí, Melina, y estaba seguro de que a los pocos segundos lo haría Ana.

Así fue, en cuanto mi hija pasó por delante de mí, la atrapé sin darle tiempo a Ana, que venía tan seguida de ella que no le dio tiempo a esquivarme, por lo que las dos terminaron atrapadas entre mis brazos.

—Eso es trampa —dijo Melina, revolviéndose entre mis brazos para poder escapar y seguir corriendo.

—Eso, has hecho trampas y te recuerdo que teníamos que coger a Melina para hacerle cosquillas —no podía parar de reír.

—No me parece justo hacerle solo cosquillas a Melina, creo que tú también te las mereces —llevaba a cada una cogida con un brazo.

Tampoco es que Ana fuera muy grande y pesara mucho, en comparación conmigo, no pesaba nada y más acostumbrado como estaba a talar grandes árboles.

—Madre mía, se escuchan los gritos desde aquí —dijo Levi al verme aparecer con las dos en brazos.

—Estábamos en una guerra de cosquillas y se me han puesto rebeldes las dos —respondí.

—No le creas, tito, es mentira —le contestó mi hija—. Sálvame, por favor —le pidió.

—Suelta a mi princesa, malvado —anda que iba a tardar poco en meterse en el juego, con lo que le gustaba a él seguirle el juego a la niña—. Si no la sueltas te las verás conmigo —era otro niño.

Hice como si se me hubiera escapado y salió corriendo hacía los brazos de su tío, como si fuera su salvador.

Capítulo 18



Ana

—Por lo que veo, te has atrevido a dar el paso con Hans —me dijo Alicia en la cocina.

Estábamos pelando y cortando patatas, además de la carne que se iba a hacer en la parrilla, queríamos hacerles una tortilla de patatas.

Que lo más seguro es que la hubieran comido más de una vez, ya que tenían tanto trato con mi madre, estaba segura de que más de una vez se la habría hecho, pero como a nosotras también nos apetecía, pues decidimos hacerla.

—Sí, no he podido evitarlo, sé que puedo estar cometiendo un gran error, pero es que me gusta mucho y me siento muy bien cuando lo tengo cerca —me sinceré.

—¿Por qué te vas a arrepentir? —preguntó como si nada.

—¿A ti no te da miedo enamorarte de Levi y saber que te tienes que ir? —le contesté con otra pregunta.

—¿Y por ese miedo dejar de vivir lo que estoy viviendo junto a él? No, prefiero vivir estos días intensamente sin calentarme la cabeza con lo que puede o no pasar —era una de las pocas veces que Alicia me estaba hablando tan seria.

Y eso ya me dijo más de lo que ella se podía imaginar, pero no iba a ser yo la que le abriera los ojos.

—Pues ese miedo es lo que me ha estado impidiendo que me acercara a él —llevé las patatas que habíamos pelado al fregadero para lavarlas—. No quiero hacerles daño a ellos, sobre todo a Melina, es una niña y le cuesta más entender las cosas y no quiero que sienta que la estoy abandonando cuando me vaya.

—Siempre te puedes quedar —giré la cabeza para mirarla bien.

No me espera que precisamente Alicia, fuese la que me dijera esas palabras.

—Me parece muy raro que me digas eso —le contesté.

—¿Por qué? Sí es la verdad, no es mi intención hacerte daño y lo sabes, pero allí no te queda nada, solo una casa vacía sin vida —aunque no quisiera hacerme daño, esas palabras dolieron, pero lo hizo porque era la verdad.

—Tengo el trabajo y te tengo a ti —repliqué.

—El trabajo lo puedes tener aquí y a mí, me vas a tener siempre así te vayas a vivir al fin del mundo —argumentó—, en cambio aquí puedes tener tu propia familia si es eso lo que quieres —¿Dónde se había metido mi amiga y quién era esta mujer que estaba hablando conmigo?

—Hablas distinto, es como si hubieses madurado en un día —le dije, poniendo algo de humor.

—Quizás es que me ha hecho madurar un policía que, aunque parece que está algo loco, es el hombre más cuerdo que he conocido en mi vida —me gustaba mucho la nueva versión de mi amiga, pero no quería que dejara sus bromas.

Que sabía que no las iba a dejar, sobre todo porque era su manera de ser, pero ahora mismo estaba hablando conmigo más seria porque era lo que requería la conversación.

—Y no me cambies el tema que estábamos hablando de ti —me señaló con el dedo.

Me conocía bien, sabía que cuando un tema me tocaba demasiado el corazón, me metía dentro de un cascarón esperando que pasara el momento para evitar dejar salir mis sentimientos.

—Es que no mucho más que decir —puse el aceite a calentar—, por ahora solo te puedo decir que Hans me gusta mucho, que me hace sentir bien y que Melina me tiene completamente enamorada.

—Creo que con eso te has contestado a ti misma y no te has dado ni cuenta —pensé las palabras que había dicho y tenía razón—. Y con tu madre, ¿qué vas a hacer?

—Pues lo mismo que te dije los otros días, no hacer nada o hacer como si no supiera quien es —no tenía nada más que decir.

—No opino lo mismo y lo sabes. ¿No te gustaría conocer a tus hermanos? A lo mejor hasta nos lo hemos cruzado por el pueblo sin saber que eran ellos —pues lo más seguro.

Teniendo en cuenta que era un pueblo pequeño y que llevábamos una semana, nos había dado tiempo a recorrerlo más una vez, eso por decir un número, porque habían sido muchas más.

—No importa, no tiene sentido que llegue a sus vidas y las ponga patas arriba. Si ella no me ha querido nunca, no tengo porqué ir a preguntárselo —es que no había más, me había costado mucho darme cuenta y admitirlo—, mucho menos romper a una familia que solo me odiarían. Prefiero que esos niños sigan viviendo en la ignorancia.

—Sí es la decisión que has tomado, poco más hay que decir —concluyó y menos mal, porque no me apetecía seguir hablando del tema.

La tortilla estaba casi lista cuando Levi apareció por la cocina apareció.

—¡Madre mía, como huele! —exclamó algo asombrado— Se me acaba de abrir un agujero en el estómago —nos causó risas a las dos.

—Pues le queda un poquito, así que guarda ese hambre —le contestó su chica.

—Tengo demasiada, no creo que pueda aguantar mucho —eso no sonó precisamente a hambre de comida.

—Uy, uy, mejor te vas de mi cocina que te estoy viendo venir —empecé a empujarlo fuera de ella.

—Tranquila fiera, que solo he venido por dos cervecitas —se giró caminando hacia la nevera—, ahí afuera y pegado a la parrilla hace demasiado calor.

—¿Y la niña? ¿Está con vosotros? —le pregunté, me parecía raro que no hubiera pasado por la cocina.

—No, con nosotros no está —iba de camino hacia fuera para buscarla cuando me detuvo—, está con las vacas y su padre no le quita la vista de encima, que conste que yo tampoco se la quito —rio.

—Que sepas que me estás cayendo mal —le contesté riendo también.

—No te puede caer mal, es mi chico —lo defendió mi amiga.

—Mejor, porque ahora me caéis mal los dos —le hice una burla.

La comida estuvo lista poco después. Fue comiendo donde miraba a Hans darle juego a su hija, como interactuaba con su amigo y la mía, sus risas, las miradas que me dirigía de vez en cuando o los sutiles roces.

Fue todo eso lo que me hizo dar cuenta que era lo que quería vivir lo que me quedara de vida.

Si ponía en una balanza la vida tan solitaria que tenía en España, porque era solitaria, daba igual que tuviera mi trabajo o amigos, cuando llegaba a mi casa no tenía a nadie que diera un abrazo, un beso o que simplemente me sonriera. Aquí podía tener a un hombre que por las noches me abrazara, que me hacía sentir especial, que era bueno con todo el mundo y aún mejor padre.

Un hombre que tenía los pies en la tierra y no vivía de sueños, vivía de su esfuerzo, su constancia, de no rendirse y de luchar por lo que quería.

Por debajo de la mesa busqué su mano y se la agarré con fuerza, me miró preguntándome si me pasaba algo, solo le sonreí.

No fue una sonrisa forzada, fue una que me salió del corazón, un corazón que hoy se sentía rebosante de felicidad.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Sí, muy bien —sacó nuestras manos unidas de debajo de la mesa y se la llevó a los labios—. Oye, Melina, el tío Levi me ha dicho que quiere que esta noche te vayas a dormir a su casa, que vais a hacer una fiesta de pijama con Alicia.

Distintas miradas se posaron en mí. La de Melina era de felicidad, la de Hans como si no se lo esperara, aunque hubiese sido él el que lo comentó esta mañana y la de mis amigos, de asombro, de no vérselo venir.

Por mucho que la niña no me molestara y al padre tampoco, porque de verdad que no lo hacía, pues para mí se había vuelto una personita muy importante en mi vida a la que quería con todo mi corazón, necesitaba estar a solas con su padre, dedicarnos unas horas a nosotros dos y en ese momento era lo que más me apetecía y no es que me apeteciera solo, es que creía que lo necesitábamos.

Desde que nos habíamos conocido, solo los ratos de los amaneceres era el tiempo que habíamos estado a solas.

Lo necesitábamos, tanto él como yo, unas horas o una noche entera para nosotros.

—Sí, sí, papi, por favorcito, ¿me dejas que me vaya a casa del tío Levi? —Juntó sus manitas a modo de súplica.

—Claro que te puedes ir a casa del tío —a su amigo le gustaba mucho estar con la niña y la tenía super consentida.

No en plan caprichosa, porque eso no se lo hubiera permito Hans, pero sí que la solía consentir un poco, aunque en ese momento estoy segura de que si me hubiera podido matar con la mirada lo habría hecho sin pestañear.

Y no era porque la niña le molestara, estaba segura de que era porque le había cortado un poco el royo de darse un revolcón con mi amiga en cualquier parte de la casa.

Lo miré con una gran sonrisa y le guiñé el ojo. Estaba claro que me estaba burlando un poco de él y de mi amiga.

Capítulo 19



Hans

—¿Entonces esta noche tenemos fiesta de pijama? —le preguntó mi amigo a mi hija.

—¡Síii…! —se levantó gritando loca de alegría— Ana, ¿me ayudas a preparar la mochila?

—Todavía falta mucho, mejor la hacemos un poquito más tarde —respondió Ana, haciendo el gesto de poco con los dedos.

—Pero así la tenemos preparada ya —cuando quería era muy impaciente.

—Cariño, ahora estamos hablando, dentro de un rato te ayudo —le dije para convencerla.

—Está bien, yo he terminado de comer, ¿me puedo ir a jugar un ratito? —no me dio tiempo a contestarle, lo hizo Ana por mí.

—¿Y no te vas a comer un trocito de tarta de chocolate que hemos hecho Alicia y yo? —Melina abrió los ojos todo lo que podía.

—¿Cuándo la habéis hecho? Yo no he visto nada —ya se estaba relamiendo los labios.

—Era una sorpresa, no podías verla —le contestó Alicia.

No se movió de la silla hasta que sacaron una tarte de tres chocolates y le cortaron un trozo.

—La mejor de mundo —dijo riendo, enseñando todos los dientes llenos de ese ingrediente—. La tenéis que hacer más veces y de otras clases también —como que no sabía yo que iba a pedir más tartas.

—Sabes que solo puedes comer dulces dos veces a la semana —le recordé.

—Lo sé, pero esos dos días pueden ser las tartas —se encogió de hombros.

—Me parece que eres muy listilla —le respondió Levi—. Anda que no sabes que siendo tarta puede repetir y comer más —volvió a enseñar los dientes lleno de chocolate.

—¿Puedo repetir? —me aguanté la risa.

Siempre que quería conseguir algo te miraba fijamente batiendo las pestañas rápido, como si con esa mirada me pudiera convencer.

—No, no puedes repetir que después te duele la barriga. Si sobra mañana te podrás comer un trocito —no insistió, sabía que cuando le decía que no, era no.

—Sé que va a sobrar, porque Ana no va a dejar que os la comais toda —se metió en la boca el último trozo que le quedaba en el planto —. Me voy a lavar los dientes —eso sí que se lo tenía bien aprendido.

Leví y yo estábamos tomando un café, era media tarde más o menos. Alicia, Ana y mi hija se habían ido a dar un paseo.

Nosotros estábamos hablando tranquilamente, tan normal como siempre. Mi amigo me iba contando como había tenido la semana anterior de trabajo y las pocas cosas que solían pasar.

Alguna que otra caída de algún turista y poco más. Demasiada pocas cosas estaban pasando para ser la época del año que era, sobre todo teniendo en cuenta que era cuando más turistas venían.

—Hace pocos días fui a la tienda de Rosa y me pregunto por ti —cogió su taza de café—, dice que lleva una semana sin verte.

La verdad, es que desde que vimos a las chicas en la tienda no había vuelto a ir, había estado algo más liado y con esto de las vacaciones de verano de Melina, ya no tenía que bajar todos los días.

—A ver si me paso la próxima semana —Rosa era una persona muy importante para mí, ella junto a su marido y Levi, habían sido las personas que más me habían ayudado cuando me quedé solo con una niña recién nacida.

Teniendo en cuenta que era casi un crío, porque con veinticuatro años, tampoco es que fuera un adulto, era verdad que era mucho más que otros hombres con esa edad, aun así, era mi primera hija y yo no tenía ni idea de que hacer, por donde tirar, por lo que los primeros meses me apoyaron mucho, aun seguían haciéndolo, de otro modo, pero seguían ahí.

Escuchamos unos gritos, venían de la parte de atrás de la casa. Los dos nos levantamos casi a la vez, fue rápida nuestra reacción.

Echamos a correr hacia esa parte para ver qué era lo que estaba pasando, creo que en mi vida había pasado tanto miedo como en esos pocos segundos que me llevaron llegar hasta allí.

El corazón me latía con fuerza, tanto, que me retumbaba en el pecho. Sin embargo, al llegar donde estaban, no sabía si revolcarme en el suelo muerto de la risa o llorar por el miedo que me habían hecho pasar.

Al mirar a Levi me di cuenta de que le pasaba lo mismo que a mí.

—Esto tiene que ser una broma —escuché decir a mi amigo, mientras iba negando con la cabeza.

—¡Ay, que me quiere matar! —decía gritando Alicia, corriendo de un sitio para otro intentando esquivar a Milka, que iba corriendo detrás de ella.

—Que solo quiere jugar, mientras más corras tú, más lo hará ella —le gritaba Ana para que la escuchara—. Como sigas así te va a empezar a perseguir Golosa y esa es mucho peor.

De verdad que era la cosa más surrealista que había visto en mi vida.

Ver a esa mujer, corriendo por la ladera, con los brazos en alto, sin parar de gritar y una vaca lechera corriendo detrás de ella, desde luego era para grabarlo y subirlo a alguna red social y eso que yo no era aficionado.

Que yo no lo fuese no significaba que mi amigo tampoco lo fuera. Cuando lo miré esperando a que fuera a por su chica para que la tranquilizara, me lo encontré grabando la escena descojonado de la risa.

No me quedó más remedio que ir, pero claro, no ayudaba mucho que ella no dejara de correr, por lo que terminé corriendo detrás de Alicia y de la vaca.

¿Podía haber un chiste mejor? Yo creo que no, porque estaba claro que esto era un puto chiste, sobre todo porque los otros espectadores estaban descojonados de la risa.

—Ya os vale —les dije cuando pasamos por su lado.

—Venga campeón, que tú puedes con tu vaca —dijo con recochineo Levi.

—Te recuerdo que la que va delante de la vaca es tu chica —recalcó Ana.

Al final, Levi me ayudo a que la vaca dejara de correr. De verdad, que una cosa como esta no me había pasado en la vida.

—Eso no es una vaca, se parece más a un toro de Miura —dijo entre jadeos por la falta de aire después de la carrera que había dado —, Creo que, si apuntas a la dichosa vaca a la carrera de los cien metros, seguro que le gana a Usain Bolt —reímos todos.

—Es que pareces tonta, ¿no sabes que mientras más corras más lo harán ellas? —le explicó Ana.

Unas dos horas después se fueron los tres, mi hija la más feliz y predispuesta del mundo, lo que no sabía ella que, feliz sí que iba a ser yo lo poco que quedaba de tarde y lo mucho de noche.

No porque me molestara mi hija, que no lo había hecho nunca ni lo haría, pero coño, para que negarlo, poder disfrutar de Ana sin tener que contenernos iba a ser una pasaba.

Ana estaba en el fregadero terminando de fregar las pocas cosas que quedaron de la merienda mientras yo fui a encerrar a las vacas, mirarles el agua y ver si necesitaban algo.

Terminé de hacerlo todo rápido, parecía un niño pequeño el día de su cumpleaños, la diferencia, es que ellos estaban deseando desenvolver los regalos y yo estaba deseando desnudar a Ana.

Me acerqué por la espalda abrazándola por la cintura mientras ella termina de secarse las manos.

—Por fin solos —le dije, pegando mis labios a su cuello.

—Mm… —Echó la cabeza hacia un lado dejando libre el cuello— ¿No crees que nos aburriremos los dos solos?

—Te aseguro que podemos hacer de todo menos aburrirnos —fui recorriendo todo su cuello con besos cortos.

Menos mal que a media mañana fue con Alicia a la casa y recogieron todas sus cosas. Su amiga para llevárselas a casa de Levi y ella para traérselas a la mía.

—Demuéstramelo —no hizo falta que me lo dijera dos veces.

Le di la vuelta para cogerla en brazos y llevarla al baño. Ahí es donde íbamos a hacer la primera parada y digo primera, porque con lo que la deseaba, estaba seguro de que iban a ser muchas más.

Nos desnudamos el uno al otro despacio, entre besos y palabras dichas a media voz, con caricias sutiles. Conociendo nuestros cuerpos y sintiéndonos.

No hubo palabras en esos instantes, tal vez porque no hacían falta o porque la emoción era tan fuerte, que en mi caso no fui capaz de decir nada por miedo a hablar más de la cuenta y abrumarla con los sentimientos que empezaban a nacer en mi interior.

—Rodéame la cintura con fuerza —le susurré dentro de la ducha.

Lo hizo y también me rodeó el cuello con los brazos. La cogí por debajo del trasero, posicioné la cabeza de mi pene en su entrada y poco a poco me fui sumergiendo en su interior.

Su calor me envolvió en una dulce tortura, sentir como contraía la vagina a mi alrededor fue lo que me hizo llegar a la locura de querer embestirla con fuerza y que me sintiera tan profundo que nunca me pudiera olvidar.

—Eso es, preciosa —dije con la voz ronca cuando vi que se dejaba ir—. Dios, me matas con cada contracción —atrapé un pezón entre mis labios para saborearlo.

Lo chupé y mordí. Ana me clavó las uñas en la espalda a la misma vez que soltaba un grito que le desgarró la garganta, cuando le provoqué el segundo orgasmo de la noche.

Con la respiración acelerada y embistiéndola con más fuerza y más rápido hasta que alcancé mi propio orgasmo.

El placer me recorrió el cuerpo entero, desde los pies pasando por la columna, trasladándose a mi bajo vientre y de ahí a mis testículos.

Cerré los ojos unos segundos saboreando los últimos coletazos de placer.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupado por si había sido muy brusco.

Sé que me había repetido, pues por la mañana también se lo había preguntado, pero es que me daba miedo hacerle daño.

—Estoy perfecta —me contestó, mirándome a los ojos sin dejar de tocarme los pelos de la nuca.

Capítulo 20



Ana

Todo lo que Hans tenía de grande, lo tenía de tierno, de cariñoso y de atento.

Por la mañana después de haber tenido nuestra primera sesión de sexo me preguntó si estaba bien y cuando lo hicimos en la ducha me hizo la misma pregunta, hasta que no le aseguré que de verdad estaba bien, no se quedó tranquilo.

Salió de la ducha, se puso una toalla alrededor que la cintura y cogiendo otra que parecía nueva, la abrió ante mí para envolverme con ella.

—¿Sabes que puedo andar? —le pregunté entre risas al cogerme en brazos para llevarme a la habitación.

—Me gusta llevarte, para mí no pesas nada —le di un beso en el cuello.

Me ayudó a secarme el cuerpo y a ponerme el pijama, no porque necesitara ayuda, sino porque él decía que le gustaba cuidarme y mimarme.

No recordaba la última vez que me cepilló el pelo alguien que no fuera una peluquera, creo que la última vez fue mi abuelo antes de empezar a peinarme yo sola.

Cuando Hans apareció con el cepillo del pelo, se lo fui a coger de las manos, pero no me dejó hacerlo.

—Déjame a mí —me pidió.

El corazón se me encogió. ¿Cómo un gesto tan simple podía llegar tan profundo?

Asentí con la cabeza, me senté en el filo de la cama, él lo hizo detrás de mí, abriendo su piernas para que me sentara entre ellas y comenzó a cepillarme el pelo.

Lo hizo como hacía todo, con cariño, con tiento, sin pegar tirones, como si le estuviera poniendo el alma en cada una de las pasadas.

—Eres un sueño y estoy segura de que cuando me despierte, me llevaré un gran golpe —reconocí en un momento de debilidad.

—¿Y si no despertaras nunca de este sueño? —me preguntó en un susurro— ¿Y si el resto de tu vida fuera así?

Me quedé unos segundos en silencio procesando sus palabras, poniendo en orden mis pensamientos.

—¿Crees que sería posible vivir siempre en un eterno sueño? Yo no lo creo, tal vez porque desde antes de nacer ya venía envuelta en una pesadilla. Cuando ni tu propios padres te quieren, cuesta mucho saber que otra persona lo haga —tal vez me pilló un poco más sensible y por eso dejé salir un poco de mi temor.

—¿Tú crees que podrías llegar a querer a Melina? —esa pregunta no me la esperaba.

—Ya la quiero —admití.

Esa niña se había convertido en alguien muy importante en mi vida.

—A ella le ha pasado lo mismo que a ti —dejó el cepillo sobre la cama, me cogió de la cintura para darme la vuelta y sentarme a horcajadas sobre él— la única diferencia, es que su padre se quedó a su lado, pero su madre también la abandonó.

—¿Dónde quieres llegar con esto? —lo sabía, pero necesitaba que me lo dijera.

—Si quieres a mi hija, ¿qué te hace pensar que no te pueden querer? —me pasó el pelo detrás de las orejas—. Tienes a personas que estoy seguro de que serían capaces de hacer cualquier cosa por ti. Sin ir más lejos, Melina se enamoró de ti con solo verte unos segundos, por no decir que te has metido en el corazón del padre —fue una manera muy sutil de admitir que sentía algo por mí.

—¿Así que me he metido un poquito en el corazón de su papi? —le pregunté con una sonrisa.

—Un poquito no, mucho y a pasos agigantados —le di un beso lento, suave, dejando ver que yo también sentía algo por él.

—Entonces creo que sí que podría vivir el resto de mi vida en un sueño, porque padre e hija se han ganado mi corazón y yo diría que hasta mi alma —reconocí.

—Joder, Ana, no me digas eso porque te vas a llevar mi alma cuando te marches —se le notó en la voz un poco de emoción.

—¿Y qué pasaría si decidiera quedarme para vivir en ese constante sueño? —le pasé la mano por la barba, me gustaba mucho el tacto que tenía.

—Qué harías de mi vida un sueño y la de Melina también, y aunque me encantaría que te quedaras para siempre, que hicieras tu vida junto a nosotros y que formáramos una familia, solo te pediría a cambio que lo hicieras si estás realmente convencida —entendía muy bien lo que me quería decir y no me lo tomaría nunca a mal—. No podría soportar, ver sufrir a Melina, me entiendes, ¿verdad?

—Te entiendo, además nunca le haría daño intencionadamente como tampoco te lo haría a ti.

Después de esos momentos de confesiones, miedos y dudas, nos levantamos para cenar algo rápido, más bien fue un picoteo.

Con todo lo que habíamos comido a lo largo del día, como que no teníamos mucha hambre.

Estábamos en el sofá relajados, Hans estaba sentado y yo estaba tendida con la cabeza apoyada en sus piernas, me estaba quedando medio dormida mientras que él no paraba de tocarme la cabeza, pasando despacio los dedos entre los mechones de mi pelo.

Fue una sensación tan agradable que sentí como si por fin estuviera en casa, que por fin estaba donde y con quien tenía que estar, pero entonces me vino una pregunta a la cabeza…

¿Si estás tan a gusto con él por qué no has sido capaz de decirle el motivo por el que realmente viniste aquí?

Porque Hans y su hija quieren a esa mujer y te dolería mucho darte cuenta de que se pondrían de su lado en vez del tuyo.

¿Y prefieres vivir en una mentira? Me volví a preguntar.

Y me contesté, que sí, que por ahora no quería estropear esto tan bonito que había empezado a vivir. Que por una puñetera vez en mi vida sentía que tenía algo realmente bueno en mi vida y que no lo quería perder.

Lo malo de no decirlo, era que cuanto más tiempo dejara pasar, peor sería el resultado.

—Te estás quedando dormida —dijo en voz baja.

—Estoy relajada —contesté—, hacía mucho que no me relajaba tanto —murmuré— ¿Sabes de lo que me he dado cuenta?

—Si no me lo dices, no lo puedo saber —rio.

Le di un golpecito en el abdomen.

—Como nunca me habían tocado el pelo así, no sabía que me gustara tanto que lo hicieran, al final voy a ser como Melina —reconocí con una risilla.

—Pues tendremos que hacerlo en cadena —por un momento me imaginé tal y como estábamos ahora, pero con Melina tendida sobre mí, quedándose dormida mientras le pasaba mis dedos por su pelo.

Me gustó mucho esa imagen y lo que era más importante, quería que se hiciera realidad.

Dejó la mano con la que me estaba acariciando el pelo, para comenzar a tocar otras partes de mi cuerpo.

Primero empezó dejando una sutil caricia por un lado del rostro, bajó por un lateral del cuello pasando la punta de los dedos por el contorno de mi cuello hasta llegar al centro de este.

Siguió con su recorrido metiendo la mano por debajo de la camiseta de mi pijama.

Sus caricias estaban siendo tan sutiles, apenas un roce con la yema de sus dedos, pero que iban provocando que los vellos de mi cuerpo se fueran erizando.

La fue bajando por el canalillo, no me tocó los pechos, no desvió las mano del recorrido que estaba haciendo. Pasó por encima de mi vientre llegando a la cinturilla del pantalón y la ropa interior.

El vientre se me contrajo por el efecto del placer que me estaba causando.

¿Cómo era posible que sin llegar a tocar apenas mi cuerpo hiciera que este estuviera ardiendo en deseos por él?

En ese instante decidí que iba a ser yo la que le iba a dar placer a él.

Me di la vuelta sin levantarme comenzando a darle besos húmedos en el vientre por encima de la camiseta que tenía puesta.

—Quítatela, por favor —murmuré con la voz cargada de deseo.

Una vez lo hizo, lo insté a que levantara un poco el trasero para quitarle lo que le quedaba de ropa, liberando por completo su gran erección.

Se la cogí con la mano, la subí y bajé a lo largo de su longitud. Lo mejor era escuchar lo jadeos que se le iban escapando, me encantaba escuchar su voz grave, me ponía mucho más.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, cerró los ojos a la vez que se mordió el labio inferior.

En mi vida había visto una imagen más sexi que la tuve en ese momento ante mis ojos.

Con una sonrisa de medio lado que Hans no vio porque tenía los ojos cerrados, bajé la boca hasta su pene metiéndomelo en ella todo lo que era capaz.

—Joder, Ana…

Subía y bajaba, le rodeaba el glande con la lengua. Lo estaba tentando, lo estaba calentando, quería que siempre pensara en mí y como nos dábamos placer mutuamente.

Su vientre se iba contrayendo con cada una de mis succiones, su respiración se le aceleró.

Con una mano me cogió por el pelo sin ejercer fuerza, solo era una ayuda para que no se me fuera a la cara. La otra la cerró en un puño sobre el reposabrazos del sofá.

—Basta, no aguanto más —me rogó con esa voz que tanto me gustaba.

Paré, lo hice porque egoístamente quería sentirlo en mi interior lo antes posible.

Me levanté del sofá quitándome la ropa, no se levantó, no me desvistió, solo abrió sus piernas para que me pusiera en el centro de ellas mientras me desvestía.

Yo no era muy daba a hacer movimientos sensuales, pero esa vez me atreví, no fue un baile ni nada parecido, solo fueron movimientos de caderas sutiles, la única intención era provocarlo un poco.

Lo hice, no dejó de recorrer cada centímetro de mi piel que iba quedando al descubierto. No hizo falta que me tocara con las manos para sentir como estaba acariciándome el cuerpo.

Cuando quedé desnuda por completo me senté a horcajadas sobre él.

Suspiré al sentir como nuestros sexos se rozaban un poco. Sin poder aguantar más, le cogí el pene con una mano para dirigirlo a la entrada de mi vagina, esa que pedía a gritos ser invadida por él.

Me fui dejando caer despacio, disfrutando de la sensación de plenitud que me iba invadiendo, que me iba llenando.

—Eres perfecta —me cogió por las caderas instándome a que empezara a moverme.

—Tú sí que eres perfecto, en todos los sentidos —me salió del corazón decírselo en ese momento.

Le rodeé el cuello, acerqué mis labios a los suyos.

Nos besamos, no solo con los labios, lo hicimos con el alma, demostrándonos esos sentimientos que empezaban a nacer entre nosotros.

Fue Hans el que guio todo mis movimientos.

Capítulo 21



Hans

Me levanté a las cinco de la mañana para ordeñar a las vacas, ellas no entendían de, si había dormido mucho o poco, ellas solo entendían que era su hora y no podía dejar de atenderlas por mucho que me apeteciera quedarme en la cama con Ana entre mis brazos.

Intenté hacer el menor ruido posible, no quería que Ana se despertara, sobre todo teniendo en cuenta que hacía pocas horas que nos habíamos quedado dormidos.

Lo tenía claro, esta mañana iba a cambiar mi rutina por completo. Sí, me iba a levantar a atender a mis animales, pero después pensaba volver a la cama junto a ella.

Me apetecía dormir un poco más mientras la abrazaba. No sabía si me volvería a quedar dormido, aunque lo más probable es que lo hiciera ya que habían sido pocas horas de sueño.

Otra intención que tenía era llamar a Levi y pedirle el favor de que se quedara hasta la tarde con mi hija.

Y no es porque me molestara, jamás lo haría, pero quería aprovechar y llevar a Ana a esa cascada que le había comentado y para llegar hasta ella era un largo camino, para el que Melina todavía no estaba preparada.

En seis años que tenía mi hija, nunca me había separado de ella y porque lo hiciera una noche y parte del día no significaba que iba a dejar de ser mejor padre.

No me lo podía tomar de ese modo y mucho menos sentirme mal por ello, tenía que pensar que a ella también le iba a venir bien pasar un día distinto y sabía que con Levi y Alicia se lo iba a pasar muy bien.

Nos iba a venir bien a los dos salir de nuestras rutinas.

Cogí la ropa sin hacer ruido y me la llevé fuera de la habitación. Me vestí en el baño de fuera para no utilizar el de mi habitación.

Pasé por la cocina para coger lo cubos para la leche, con ellos en las manos me fui a darle unos cuantos mimos a mis consentidas.

—Como hagáis mucho escandalo hoy nos os doy las zanahorias que os he traído —les dije.

Por las mañanas y por las tardes siempre les daba una recompensa. Muchas veces les daba zanahorias, otras manzanas o en otras alfalfa fresca. Estas últimas era una de las cosas que más disfrutaban.

Fue Duquesa la que me dio unos cabezazos buscando atención, de las seis era la más mimosa y siempre iba buscando caricias.

—Mi mimosa quiere un poco de cariño —le dije, rascándole detrás de las orejas.

Era increíble lo inteligente que eran y la mayoría de las personas pensando que eran animales tontos que no entendían nada.

Muchas veces eran los humanos los que no lograban entender absolutamente nada.

Tenía la costumbre de darles sus "chuches" justo antes de ordeñarlas para que estuvieran más relajadas. Cuando terminaba les abría el cercado para que fueran a pastar por algún lugar cerca de casa, normalmente no se movían, a no ser que fuera Golosa o alguna que otra vez Milka.

Estas dos iban por cuenta propia y a lo suyo. Menos mal que el resto eran mucho más tranquilas y no daban la misma guerra.

No me hice con ellas porque quise, empezó como casualidad. Que si un vecino no se podía hacer cargo, que si el otro se iba del pueblo, que si una iba a terminar en el matadero…

Mi corazón no me permitía dejarlas abandonadas, sabía que a las más jóvenes que tenía les quedaban todavía varios años de vida, en cambio a Duquesa, Canela y Dulce, les quedaban algo menos, ya que eran mayores y el promedio de una vaca normal estaba entre unos quince o veinte años.

Por lo que, si a mí no me pasaba nada, se iban a quedar a mi lado hasta que por desgracia murieran.

También tenía claro, que no pensaba coger más, no porque me molestaran, sino porque egoístamente era un trabajo que amarraba mucho, me daba poca libertad y yo quería disfrutar un poco de mi hija, de Ana, si seguía a mi lado y de los futuros hijos que pudiéramos llegar a tener.

Porque una cosa era vivir feliz en este pueblo y otra muy distinta no poder salir de él junto a mi familia, ver mundo, hacer viajes familiares.

En cuanto terminé con la leche, me fui directamente a la ducha, no me iba a meter en la cama oliendo a las vacas ni loco.

Por muy bien que las cuidara no dejaban de tener su olor.

Me puse solo un bóxer y con el mismo cuidado con el que había salido de ella, me metí.

—Que bien hueles —murmuró medio dormida.

Le pasé un brazos por debajo del cuello atrayéndola hacia mí.

—Sigue dormida, todavía es muy temprano —susurré sobre su frente antes de dejarle un beso.

Cerré los ojos aspirando el olor de su pelo. En ese instante pensé que, si había algo ahí arriba, que por favor la dejara a mi lado, que no se fuera nunca, porque si lo hacía estaba seguro de que se iba a llevar mi corazón con ella, dejándome solo lo justo y necesario para seguir respirando.

No me di cuenta de que los ojos se me fueron cerrando y por supuesto no tenía ni idea del tiempo que había dormido.

Solo supe que abrí los ojos porque sentí como si me estuvieran mirando fijamente, mi instinto no falló.

Ana estaba sentada mirándome fijamente, mientras con su dedo índice iba delineando una de mis cejas.

—Quiero tener esta imagen cada día cuando me despierte —le dije sin apartar mis ojos de los suyos.

—No sé hasta qué punto podrás tener esta misma imagen —comentó con segundas, sabía por dónde iba.

—Existen pestillos para las puertas —levanté la mano acariciándole uno de los pechos—, pero no me puedes privar de estas vistas —me mordí el labio inferior por no morderle un pezón, aunque no descartaba hacerlo en pocos segundos.

—Tú me has privado de tu contacto al meterte en la cama con ropa interior —el dedo con el que me estaba tocando la ceja lo fue bajando despacio por la nariz llegando a mis labios.

Perfiló todo el contorno de ellos.

—Eso tiene fácil solución —metí las manos por debajo de las sábanas bajándome el bóxer sin pensarlo dos veces.

De una patada me terminé de quitar la ropa interior, de camino aparté las sábanas que nos estaba cubriendo hasta la cintura.

La cogí de los brazos tirando de ellos, haciendo que ella cayera sobre mi pecho.

—¿Te ha gustado lo rápido que he solucionado el problema? —pregunté sobre sus labios.

—Me ha gustado mucho —musitó.

—Estoy seguro de que esto te va a gustar mucho más —giré nuestros cuerpos para colocarme sobre ella.

Metí una rodilla entre sus piernas para que las abriera y me dejara hueco entre ellas.

—Oh, sí, no sabes cuanto lo voy a disfrutar —rio con ganas.

Risa que se le cortó en el mismo momento en el que la penetré de una sola embestida.

No me podía creer el tiempo que había estado sin tener sexo y lo había llevado bien, no voy a mentir y mucho menos ser hipócrita para decir que no me había estado aliviando a mí mismo de vez en cuando.

Sin embargo, ahora no era capaz de controlarme las ganas, no tenía suficiente, no me cansaba de su cuerpo, del placer que le podía proporcionar y del que ella me daba a mí.

—¿Ahora no te ríes? —clavó las uñas en mis nalgas con fuerza.

—No, prefiero gritar —me mordió el hombro para evitar soltar uno de esos gritos.

—No te he escuchado hacerlo ahora —le cogí una pierna por detrás de la rodilla para ponerla sobre mi hombro—. No creo que te los puedas aguantar más —de di fuerza a mis palabras cuando en esa postura me introduje más profundamente.

—Hans… —hizo un pausa a causa de otra embestida— no pares.

—Solo lo haría si me lo pidieras —apreté la mandíbula con fuerza intentando controlarme un poco y no ser demasiado bruto.

—Pues no lo voy a hacer, todo lo contrario, quiero mucho más —madre mía, esta mujer estaba hecha para mí.

Salí de su interior.

—Ponte a cuatro patas —sonó a orden y tal vez lo era.

Pero si ella quería más, yo le iba a dar mucho más.

Me coloqué detrás suya, pero en vez de hacer que abriera las piernas y colocarme entre ellas, hice que las mantuviera cerras, dejé las mías por fuera de las suyas y de esa forma alineé mi pene en la entrada de su vagina.

—Sí soy demasiado duro o te duele en algún momento, me lo dices, ¿vale? —besé el centro de su espalda—Contesta, por favor —le volví a pedir porque no me había contestado.

—Te lo prometo, pero hazlo ya —me encantaba verla desesperada por mí, por sentirme en su interior.

—Joder —medio grité cuando la penetré de una embestida, larga y profunda.

—¡Dios! —gritó a pleno pulmón— Así te puedo sentir mucho más profundo.

—¿Estás bien? —sabía que se lo preguntaba mucho, pero era como una especie de necesidad en mí, saber que estaba bien y que no la estaba lastimando.

—Perfecta, sigue —desde luego me estaba demostrando que le iba que se lo hiciera con fuerza.

Fui subiendo la mano despacio por el centro de su espalda hasta llegar a su nuca, de ahí la llevé a su hombro, me agarré a él y comencé a embestirla sin detenerme.

No hubo pausa, ni aminoré el ritmo hasta que llegamos los dos al clímax.

Fue tan intenso que Ana cayó desplomada sobre la cama y yo sobre ella, eso sí, me apoyé en mis brazos para no aplastarla con mi peso.

—¿Y ahora quien tiene cojones de levantarse de la cama? —la pregunta fue más para sí misma que para mí, pero se la contesté de igual modo.

—Entonces cuando te diga lo que vamos a hacer hoy, te vas a querer morir —solté una risotada.

Capítulo 22



Ana

—¿Y cuánto dices que se tarda en llegar? —le pregunté cuando terminé de meter en la mochila la comida que nos íbamos a llevar.

—Un poco más de una hora, eso sí vamos a buen ritmo —lo miré con los ojos muy abiertos.

—Hans, a mí no me importa andar, pero después de lo de estaba mañana, te puedo prometer que como no valga la pena, cuando lleguemos te ahogo en la cascada —en el fondo me daba igual si era bonita o fea, lo que me importaba era pasar el día entero con él.

Terminó de meter en su mochila el agua, la cerró y vino hacia mí.

—¡Ay…! —grité porque no me esperaba que me cogiera por la cintura y me sentara sobre la encimera.

Se hizo hueco entre mis piernas.

—Te prometo que es el paisaje más bonito que has visto en tu vida —me cogió por las mejillas—. Si no es así, hasta te dejo que me ahogues —sonrío sobre mis labios.

—Pues vamos antes de que se nos haga demasiado tarde —no esperé a que me bajara de la encimera, lo hice de un salto después de darle un beso rápido.

Hans llevaba una mochila con las bebidas, que prácticamente era solo agua, menos un refresco de cola que metió para mí y para él de naranja.

Yo llevaba la mochila de la comida, que eran cuatro bocadillos, un paquete de patatas para picotear y una bolsita con unas cuantas gominolas.

Estuvo atento a mí durante todo en camino, cuando íbamos caminando por lugares menos empinados o con facilidad me soltaba de la mano, pero sin dejar de mirar en mi dirección cada pocos segundos.

En cambio, cuando el camino se ponía un poco más dificultoso, me cogía de la mano y no me la soltaba hasta que dejaba de ser complicado.

Me había dicho que era poco más de una hora si íbamos a buen ritmo, pero estaba claro que no era cierto, porque la hora y media andada no nos la quitaba ni Dios.

Y eso que yo por lo menos consideraba que íbamos a paso ligero.

—Cuándo decías a un buen ritmo, ¿querías decir al que vamos o es que tú eres un super héroe y puedes ir más rápido? —le pregunté casi sin aliento.

—Vamos lento —la madre que lo parió.

Si casi llevaba la lengua arrastrándola por el suelo y eso que no me importaba caminar, todo lo contrario, por mi ciudad me movía casi siempre a pie.

No me quería imaginar si este camino lo estuviese haciendo Alicia. A esa sí que no le gustaba caminar, vamos, que si lo podía evitar lo hacía a toda costa.

—Necesito descansar un poco —de verdad, es que no podía más—, un paso tuyo son tres míos.

—Ven —cogió mi mano—, vamos a sentarnos ahí —señalo una parte del camino que estaba un poco más despejada.

Había una gran roca, no se veía muy cómoda, pero para descansar me iba a valer, como si me tenía que sentar en el suelo, el caso era que nos detuviéramos unos minutos.

—Con sinceridad, ¿cuánto nos falta para llegar? —le pregunté.

—Unos diez minutos —lo miré con las cejas levantadas—, te lo prometo —rio.

—Dame un poco de agua —le pedí—. Aunque esté un poco cansada, tengo que admitir que me está gustando mucho toda esta caminata.

Se sentó detrás de mí, rodeándome con su piernas, con una mano sobre mi vientre tiró un poco hacia atrás para que me apoyara en su pecho.

—Me has impresionado, no sabía que tenías tanta resistencia —lo escuché sonreír. Fue suave, sutil, más que escucharla la sentí.

—No te imaginas hasta qué punto puedo resistir —estaba segura de que su mente se había ido por otro camino—, y no vayas por ahí —le di una palmada en la pierna.

—No he ido por ningún lugar —dijo con una risilla.

Descansamos unos cinco minutos, los suficientes para coger fuerzas y seguir con el camino.

—¿Vamos? —le pregunté, levantándome de esa roca.

Me dio la mano y entrelazamos nuestros dedos. No llevábamos mucho caminando, cuando empecé a oír el sonido del agua al caer, lo hacía con fuerza.

Como si con ese sonido nos estuviera diciendo: "aquí estoy", me la imaginaba con ese agua cristalina, fría, con esa fuerza que te podía echar un poco para atrás a la hora de meterte y con mucho verde alrededor.

—Ya se escucha caer el agua —dije sonriendo.

—Estamos llegando —me dio un apretón en la mano—, cuando te diga que cierres los ojos, lo haces —me pidió—, quiero que te encuentres con la imagen de pronto para que sea mucho más impactante.

—No sé yo si fiarme de ti —contuve la risa— ¿Y si te da por tirarme por un precipicio?

—No te queda otra que confiar en mí —concluyó.

—Mira que no traído el paracaídas —seguí con la broma.

—Mientras traigas el bikini, vas bien —replicó.

—¿Y sí tampoco lo traigo? —le pregunté con segundas.

—Para el tiempo que te va a durar puesto, tampoco es que lo necesites —sugirió.

—Tienes respuestas para todo —concluí.

—Y tú excusas —reímos con ganas. Este rifirrafe me estaba gustando mucho—. Anda, cierra ya los ojos o, si no, es verdad que te voy a tirar, pero directa al agua.

Le hice caso, confiaba en él plenamente y sabía que lo único que quería hacer era sorprenderme.

—Lista —le avisé, porque estaba detrás de mí.

También me demostró que confiaba en mí, de lo contrario me habría tapado los ojos.

Era una tontería que no llegaba a decir mucho para muchas personas, pero para mí me lo dijo todo.

Me cogió por lo hombros, imaginaba que para guiarme los últimos pasos para que no tropezara con nada.

—Recuerda que esta es una cascada un poco más silvestre, ya que no suele ser visitada —me recordó.

Antes de venir a Lauterbrunnen había leído mucho sobre él, vamos, que lo investigué a fondo, para saber que era lo que me iba a encontrar y debo decir que lo que me encontré era mucho más bonito que lo que había visto en fotos.

—Puedes abrir los ojos cuando quieras —susurró en mi oído.

Eso de abrirlos despacio como que no iba mucho conmigo, los abrí de golpe y lo que me encontré ante mí, no te tenía forma de describirlo de lo bonito que era.

Ante mis ojos tenía una gran cascada, no tenía muchos metros de altura, quizás era la que menos tenía de todo el pueblo, pero desde luego era la más espectacular que había visto hasta ahora.

El agua terminaba cayendo en lo que parecía ser una piscina natural rodeada de piedras grises y mucho follaje verde, pero no un verde cualquiera de esos que pasa desapercibido, era intenso, vivo, de esos que te alegraban la vista y hasta el alma.

El agua era cristalina totalmente, pero al verse en esa pequeña laguna se distinguían unos tonos turquesas más intensos en lo más profundo y claro por los bordes.

—Hans, no tengo palabras para describir lo que tengo ante a mis ojos, es una de la imágenes más bonitas que he visto en mi vida —no dudé ni un segundo en sacar mi móvil de la mochila y hacer una foto, parecía una postal.

—Cuando te dije que merecía la pena la caminata era por algo —me contestó.

Menos mal que Hans era mucho más previsor que yo y sin que me diera cuenta, había echado en el fondo de su mochila una fina manta para ponerla en el suelo y que nos pudiéramos tender sobre ella.

De lo que si me la había acordado era de echar dos toallas de microfibra que ocupaban mucho menos espacio que las de algodón.

Muy atrevida fui y demasiado tarde me di cuenta de lo que hice, que no fue otra cosa que desvestirme en menos de cinco segundos y hacer el intento de meterme en el agua, menos mal que no me dio por tirarme de cabeza.

Con lo fría que estaba me habría dado algo.

—Pero ¿quién tiene cojones de bañarse aquí? —le pregunté, asombrada de que lo hiciera alguien.

—No sé, pero te aseguro que tú y yo los tenemos —se había quedado en bañador.

—¡¿Yo?! —me salió un pequeño grito— Ni loca, aunque me paguen me meto ahí —señalé con el dedo para darle más énfasis a mis palabras.

—Pues déjame decirte que te vas a meter sin que te paguen —en cuanto vi su intención empecé a correr, no me importó nada ir descalza—. Hans, ni se te ocurra —dije muerta de la risa.

Yo no sé para qué me molesté en correr, teniendo en cuenta que en dos zancadas que él diera me iba a pillar.

Y vaya si lo hizo, tanto que me di cuenta que lo había hecho cuando me vi volando, pero literalmente para acabar sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—Hans —la risa no me dejaba casi ni hablar—, voy a morir congelada, que yo no estoy acostumbrada a estas temperaturas —le di una palmada en el cachete del culo.

—No vas a morir congelada, porque te pienso dar mucho calor —tuvo el descaro de decirme.

—No me hagas reír —le contesté con segundas—, en cuanto metas un pie en el agua, tu cosita va a parecer enana al lado de un cacahuete —más no me podía reír.

Capítulo 23



Hans

—Eso lo comprobarás por ti misma —le respondí entre risas.

No me tomé a mal ni mucho menos me hirió el orgullo, solo era una simple broma por su parte, un comentario sin maldad.

La maldad la estaba teniendo yo al meterla como estaba haciendo en el agua, tenía que reconocer que estaba fría para mí, como para no estarlo para ella.

Pero por seguir oyendo sus risas era capaz de hacer cualquier cosa, aunque sabía que esa risa se le iba a cortar de golpe en cuanto la sumergiera en el agua.

Me metí hasta la cintura, por lo que sus pies ya estaban tocando el agua.

—Joder, esto no es diversión, es una tortura —dijo.

—El agua fría es buena para la piel —o eso decían, eso mejor me lo callaba.

—Y bañarse en leche de burra también y no lo hago —me contestó.

—Lo de la leche de burra no estoy yo muy de acuerdo, aunque no puedo opinar mucho porque no estoy muy puesto en esos temas —le repliqué.

La fui deslizando sobre mi cuerpo, dejando que cada parte del suyo se fuera rozando con el mío.

Pero la muy listilla, envolvió mi cintura con sus piernas para que no la soltara.

—Me pienso quedar enganchada a ti como un koala, por lo menos hasta que me saques del agua —y vaya si se había agarrado con fuerza.

Con los brazos alrededor de mi cuello y los tobillos entrelazados a mi espalda, era imposible que me soltara.

—¿Así que no piensas soltarme? —le pregunté, teniendo claro lo que iba a hacer.

—No, no te suelto —casi no le di tiempo a contestar cuando nos sumergí a los dos—. Joder, creo que si me metes en un congelador voy a pasar menos frío —dijo con los labios temblando cuando la saqué del agua.

Se los besé con ganas, le pasé la lengua por ellos. Al verla así me sentí un poco mal, a ver si se enfermaba por mi culpa.

—Lo siento, no te tenía que haber metido en el agua —ahí fue cuando la hija de su madre estalló en carcajadas.

—No seas tonto, está fría, pero cuando te acostumbras a la temperatura tampoco es para tanto —recorrió mi rostro con muchos besos cortos y muy seguidos—, y lo mejor de todo, es que estoy entre tus brazos.

Parecía que le encantaba que la llevara en brazos, por lo menos en esos momentos, y a mí me gustaba llevarla en brazos mucho más que a ella.

Y vaya que la hice entrar en calor, tanto como lo entré yo.

Nos dejamos llevar hasta que la pasión nos envolvió por completo.

Tardamos unos minutos en recuperar el aliento, una vez lo hicimos, nos volvimos a vestir para salir, secarnos y comernos los bocadillos.

Tendido bocarriba, con un brazo detrás de mi cabeza y con el otro rodeando la cintura de Ana, así nos acomodamos después de comer.

No sé si fue el baño, la caminata, la noche anterior y el día de sexo que llevábamos, pero el caso es que terminamos quedándonos dormidos.

Nos despertamos a la hora más o menos.

—Ana —ella seguía medio dormida con la cabeza apoyada en mi pecho—, creo que va siendo hora de que nos pongamos en marcha —si fuera por mí seguiríamos un rato más aquí, pero nos quedaba un largo camino de vuelta.

Y, aunque Levi no llevaría a Melina a mi casa hasta que lo llamara, tampoco quería excederme demasiado, ya que llevaba desde la noche anterior con ellos.

—¿Te sientes con fuerza? —me preguntó, yo arqueé la ceja porque no creía que quisiera tener más sexo, por lo menos por hoy— Hombre, no te asustes, que no quiero otra ronda —explicó riendo.

—¿Entonces a que viene esa pregunta? —quise saber.

—Porque creo que me vas a tener que llevar a cuestas —me respondió riendo.

—No tengo problema en llevarte —reconocí.

—No seas tan vacilón —reí.

—No te estoy vacilando, para mí no pesas nada —estaba claro que, sí que le estaba vacilando, porque superpoderes no tenía.

Una cosa era llevarla un rato y otra muy distinta durante todo el camino. Que sí dependiera nuestras vidas de ellos, aunque fuera a rastras lo haría, pero como no era el caso, no le iba a quedar más remedio que hacer el camino de vuelta andando.

—Venga, Hércules —me dio una palmada en el abdomen antes de ponerse en pie.

Como no era tan tarde hicimos el camino de regreso con tranquilidad, dando un paseo, disfrutando del aire fresco y de nuestra compañía.

¿Qué sería lo que nos esperaría en el futuro? Esa era la pregunta que más veces me había hecho.

Porque lo que se suponía que iba a empezar lento, se había precipitado mucho, no solo por mi parte, también lo había hecho por la suya.

Y si me detenía a pensarlo con tranquilidad, me daba un poco de vértigo, no lo podía negar ni me avergonzaba hacerlo, porque los hombres también amábamos y nos daba miedo a perder a la persona de la que estábamos enamorados.

Y en mi caso ese miedo no era solo por mí, era por mi hija. No era lo mismo no haber conocido a su madre nunca a que le cogiera cariño a Ana y terminara perdiendo.

¿Cómo se consolaba a una niña de seis años? ¿Qué le podía decir aparte de lo que ya le había explicado?

Y estos miedos y dudas no eran porque pensara que Ana no sentía nada por nosotros, no, porque su manera de ser, de tratarnos, de mirarnos dejaba claro que sí que nos tenía, por lo menos cariño, aunque sinceramente, yo creo que sentía mucho más.

Pero si la madre de Melina se cansó de vivir aquí y supuestamente era una *hippy*, ¿no se iba a cansar de esta vida una persona que estaba acostumbrada a vivir en una gran ciudad?

Y era consciente de que ella también tendría sus dudas con respecto a nosotros, eso no lo ponía en duda. Supongo que lo tendríamos que ir descubriendo con el paso de los días y ver hasta dónde nos llevaba todo esto.

Yo tenía la esperanza de que nos llevara a vivir una vida en común.

Era feliz aquí y amaba esta paz, esta tranquilidad, pero si me detenía a pensarlo, era capaz de irme a cualquier parte del mundo si con ello conseguía que Ana estuviera a mi lado.

Llevábamos un buen rato andando y me di cuenta de que Ana había perdido algo el paso, iba más lenta. La entendía, había sido una noche larga y el día no estaba siendo menos intenso.

Podía entender su cansancio, si hasta yo estaba cansado y la única diferencia del porqué lo llevaba mejor, era porque estaba acostumbrado al esfuerzo físico.

—¿Quieres que paremos un rato? —le pregunté.

—¿Falta mucho? —quiso saber.

—No, yo calculo que unos veinte minutos más o menos —le respondí.

—Pues entonces no hace falta que descansemos, puedo seguir bien —esperé que llegara hasta mí—. En cuanto lleguemos me pienso dar una buena ducha.

—También te puedes dar un baño —le dije—, estoy seguro de que te relajarías mucho más.

—No, si relajada, estoy rejada. Creo que esta noche en cuanto caiga en la cama voy a caer un sueño profundo —me contestó riendo —. Mañana no me esperes para tomarnos el café de por la mañana, porque no me pienso levantar hasta que no haya amanecido como mínimo —le eché el brazo por encima del hombro atrayéndola hasta mí.

—Que pronto me has abandonado —le respondí sonriendo—. Ana, no tienes que madrugar, no tienes ninguna obligación, estás de vacaciones —me puse algo más serio, no quería que pensara que tenía alguna obligación con mi hija—. Te lo digo de verdad, te puedes levantar a la hora que quieras.

—Lo sé y hasta ahora nunca me he levantado por obligación, bueno, cuando estoy trabajando, ahí sí que me levanto obligada —rio con ganas—, pero desde que he llegado aquí he madrugado porque me gusta hacerlo y sobre todo lo que más me gusta son los cafés a solas contigo, los dos sentados en el balancín viendo el amanecer —hizo un pequeña pausa—. Así que, sí, me pienso seguir levantando cada día a disfrutar de ese café junto a ti, porque me apetece hacerlo y no porque me sienta obligada.

Parecía una tontería, sin embargo, sus palabras me llegaron al corazón. Lo que para otros podría ser algo sin importancia, para mí no.

Al llegar a casa y antes de llamar a Levi para que me trajera a Melina, nos dimo una ducha como habíamos dicho.

Capítulo 24



Ana

—Si necesitas cualquier cosa me llamas a la hora que sea —me dijo Hans, cuando nos llevó a la estación de tren.

Ese día íbamos a pasar el día en Interlaken Alicia, Melina y yo. Queríamos pasar un día de chicas en una pequeña cuidad, ya que realmente no era tan grande como otras, porque si queríamos ir una grande tendríamos que ir a Berna o Zurich.

Esas si eran ciudades grandes, pero nos pillaba a unas dos o tres horas en tren, por lo que no merecía la pena, ya que estaríamos más tiempo en el trayecto que en la ciudad.

—Tranquilo, vamos a estar bien y lo mejor de todo, nos lo vamos a pasar de lujo —le contestó Alicia.

Leví había empezado a trabajar ya, por lo que pasamos por su casa para recoger a mi amiga.

—Papi, Ana me ha dicho que vamos a comprarnos ropa —Melina estaba loca de contenta.

Y yo mucho más de verla a ella así.

Esta niña se había metido bien profundo en mi corazón y sabía que nunca saldría de él.

Parecía mentira como pasaban los días cuando te encontrabas tan a gusto, y es que ya llevaba en este pueblo tres semanas, dos de ellas quedándome en casa de Hans.

Nos estaba yendo tan bien, que muchas veces me asustaba. Sí, lo tengo que reconocer, me daba mucho miedo perderlo todo y lo que era peor, por lo menos para mí.

Era pensar que en poco más de una semana tenía el billete de avión preparado para regresar a mi casa, pero ¿merecía la pena regresar a una casa donde no me esperaba nadie cuando aquí tenía a personas que me querían?

Esa es la pregunta que me tenía que contestar con calma, pensar muy bien la respuesta, porque por nada en el mundo iba a jugar con una estabilidad emocional de una niña, ni con la de su padre y por supuesto tampoco quería jugar con la mía.

—Melina, ya sabes, nada de caprichos y solo lo necesario —me encanta como Hans había educado a su hija.

Nada de excesos, nada de caprichos, se tenía que conformar con lo que se le diera y por supuesto tenía sus obligaciones.

Todo eso sin mencionar que era una niña que estaba siendo criada sin tecnología. Ni una sola vez desde que la conocía, la había oído pedir un móvil o una Tablet.

Y desde luego la educación y el respeto que había aprendido era de admirar.

—Vale, papi —es que, de verdad, se conformaba con todo lo que le dijera.

Evidentemente, era una niña de seis años y si le dabas de más no te iba a decir que no, eso sí, antes de aceptar cualquier cosa miraba al padre y le pedía permiso con la mirada, hasta que él no le asentía.

—Solo vamos a pasar un día de chicas —me acerqué él, le puse las manos en el pecho con las palmas abiertas—, no te tienes que preocupar, la niña va a estar bien conmigo, te lo prometo —podía entender que se preocupara por su hija.

—No solo me preocupa ella, también lo haces tú —le encantaba pasarme los mechones de pelo que se me soltaba por detrás de la oreja—. Pasadlo bien, pero con cuidado —me dio un beso rápido en los labios.

Mira que Melina nos había visto besarnos veces desde que estábamos juntos, pero siempre tenía la misma reacción.

Al vernos siempre le entraba la risilla floja y terminaba tapándose la boca con las manos, como intentado esconder detrás esa risa.

—Ven aquí, que para ti también tengo —el padre cogió a la hija en brazos para darle un montón de besos por todo el rostro provocando que a la niña le diera un ataque de risa.

—Para, para que me están entrando ganas de hacer pipi —dijo ella entre risas.

—Suelta a la niña ya, que como se haga pis encima, así me la llevo —dijo Alicia, yendo hacia ellos para coger a Melina de los brazos de su padre.

Fue un trayecto corto en el tren, casi ni nos dimos cuenta. Al llegar, lo primero que hicimos fue inspeccionar un poco la zona que estaba más cercana a la estación de tren.

—Esta semana tenemos que hacer muchas cosa las tres —Alicia y yo nos quedamos mirándonos, porque no teníamos ni idea a que había venido ese comentario.

—¿Por qué dices eso? Todos los días nos lo pasamos muy bien y hacemos cosas juntas —le preguntó Alicia.

Nos habíamos detenido en una cafetería a tomarnos algo. Habíamos dado varías vueltas y queríamos descansar un poco, fue cuando estábamos sentadas tan tranquilas cuando nos dijo eso.

—Porque dentro de poco os vais a marchar y quiero hacer muchas cosas con vosotras —el corazón me martilleó con fuerza en el pecho.

Hans y yo habíamos hablado con ella y le explicamos las cosas. Al principio le costó entenderlo, pero poco a poco y con palabras que ella pudiera entender le hicimos ver que yo había venido de vacaciones y como tal me tendría que ir cuando estas llegaran a su fin.

Por lo que ahora sabía y entendía que me iba a marchar "aunque ni yo misma lo tuviera claro todavía". Lo que sí que le dejé claro es que siempre podría contar conmigo, que la iba seguir queriendo como hasta ahora, aunque fuera en la distancia y que seguiríamos manteniendo el contacto al través del teléfono de su padre.

Recuerdo que ese día después de hablar con ella, por la noche cuando los dos se quedaron dormidos, salí de la casa, me senté en el porche y lloré como hacía tiempo que no lo hacía.

Lo hice en silencio para que ninguno de los dos me oyera. No quería que me vieran mal.

En ese momento sentí como si me fueran a arrancar un trozo de mi corazón para quedárselos ellos para siempre.

Y es que todas mis dudas se debían en parte a que todavía no le había dicho la verdadera razón por la que había venido.

Sentía un poco de miedo de que cuando se enterara se lo tomara a mal, sobre todo cuando Hans se había abierto a mí por completo, me había abierto las puertas de su casa y había dejado en mis manos su bien más preciado, su hija.

—Si tú quieres que hagamos más cosas, las vamos a hacer —miré a Alicia y le guiñé el ojo.

Se me acababa de ocurrir hacer una cosas, puede que termináramos en el hospital, pero reírnos nos íbamos a reír, de eso estaba segura.

A ver, que Alicia y yo lo habíamos hecho muchas veces y nunca nos había pasado nada, que lo del hospital era una simple expresión.

Cuando éramos pequeñas, íbamos con mi abuelo a una casa de campo que tenía y por supuesto, solo lo hacíamos en invierno cuando el campo estaba verde. Cogíamos unos plásticos grandes, de esos que eran tipo sacos fuertes. Pues con ellos en las manos empezábamos a subir una pequeña ladera y desde la altura que creíamos que era perfecta nos sentábamos sobre los sacos y nos deslizábamos ladera abajo.

Como si fuese en la nieve, pero con el verde de las montañas. Anda y no nos lo pasábamos bien. Y donde vivía Hans faltaría muchas cosas, pero laderas verdes no, de eso había más que de sobra.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas e íbamos con el abuelo a pasar el día en el campo? —le pregunté con las cejas levantas— ¿Recuerdas lo que hacíamos en los inviernos con unos plásticos? —le hice señas con los ojos— Pues eso mismo vamos a hacer uno de estos días.

—Madre mía, que nos reíamos —dijo, recordando aquellos días tan bonitos que solíamos pasar.

Nos entró un ataque de risa a las dos por igual, madre mía, las que liábamos Alicia y yo cuando éramos pequeñas. Que tampoco es que fuera una cosa del otro mundo, pero sí que éramos algo moviditas, vamos que Melina era un sol al lado de nosotras.

—¿Por qué os estáis riendo tanto? —nos preguntó la niña, y es que la pobre no tenía ni idea de lo que estábamos hablando.

—De que cuando éramos pequeñas nos disfrazamos una vez de espantapájaros —le contesté con rapidez para que Alicia no le soltara una de las suyas— y para que pareciera más real nos metimos paja dentro de la ropa, lo que hizo que nos empezara a picar todo el cuerpo —mientras le iba contando esa historia, porque también era cierto que nos pasó, Melina no dejaba de reír— nos faltaban manos para rascarnos el cuerpo entero.

Después de ese parón, fuimos al centro Interlaken, a lo que era todo el casco antiguo donde estaban concentradas la mayoría de las tiendas y restaurantes.

Me hubiera gustado ver mucho más de esta pequeña ciudad, pero las horas no nos daba, de todos modos, como no estaba lejos podría venir otro día.

Ropa no se podía decir que no habíamos comprado, porque llevábamos unos cuantos conjuntos cada una y Hans no podía decirle nada a la niña porque habíamos sido Alicia y yo la que le regalamos esas prendas y que conste que no era una manera de llevarle la contraria a su padre, era una manera de nosotras tener un detalle con ella.

Iba listo Hans si pensaba que iba a pagarle a la niña la ropa con el dinero que me había dado antes de salir de la casa, ni loca haría tal cosa.

El dinero no tuve más opción que cogerlo antes de la casa, porque ese hombre todo lo que tenía de bueno, en ese momento lo tuvo de insistente.

Capítulo 25



Ana

—¿Todo listo para lo de hoy? —le pregunté a Alicia por teléfono.

La llamé antes de que subiera con Levi para pasar otro día aquí, por lo visto Hans quería hacer como una especie de fiesta entre varías personas del pueblo.

Según me había contado el propio Hans, la hacía todos los años, reunir a las personas más cercanas que tenía y pasar entre todos un buen día.

En el tiempo que llevaba aquí había ido conociendo a todos sus allegados y me llevaba muy bien con todos.

Así que sabía que íbamos a pasar un buen día.

—Sí, Levi a recogido los sacos de plástico —reí al imaginar lo bien que nos lo íbamos a pasar.

—Perfecto, pues nos vemos en un rato —le contesté.

—¿Qué es lo que estáis planeando? —me preguntó Hans, apareciendo de pronto en el salón.

—Hola —solté el teléfono en la mesa baja que había ante el sofá—, estamos preparando una cosa muy divertida para que Melina pase un buen rato —se fue acercando a mí con paso lento.

—¿Y se puede saber qué es? —me preguntó cada vez más cerca.

—No, tendrás que esperar para saberlo, pero lo que, si te voy a decir, es que vas a participar —me aguanté las ganas de reír.

—Dime que nuestras vidas no peligran —más ganas de reír me entraron al ver la cara con la que me lo dijo.

—No te preocupes, Melina está a salvo, tú no tanto —esa mirada con los ojos entrecerrados fue la causante de que al final soltara una carcajada—. No me mires así, que estoy bromeando y lo sabes.

Fui a pasar por su lado, pero Hans fue un poco más rápido y terminó atrapándome entre sus brazos.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —me preguntó en voz baja.

—A la cocina, tenemos mucho que preparar y el tiempo se nos echa encima —Hans era un hombre que cada vez que podía me demostraba su cariño.

Era muy tierno conmigo, no necesitaba ninguna excusa para en cualquier momento en el que me viera y sin que viniera a cuento, como era en ese momento, me abrazada o me daba un beso.

Tanto una cosa como la otra me encanta, porque no lo hacía con la intención de buscar sexo, se notaba que lo hacía porque le salía del corazón y esas muestras de cariño es lo que había hecho que se ganara aún más mi corazón.

Eran pequeños gestos como el de ese instante, un beso, un abrazo, una mirada, una sonrisa o un simple roce de manos. Los que hicieron que terminara enamorada de Hans.

—Todos los que vienen traen algo de comer, así que no tienes que preparar nada —cogió como de costumbre un mechón de mi pelo llevándolo detrás de mi oreja—. Entre lo que traen y la parrilla que se va a hacer, tenemos suficiente —me dio un suave beso en la frente.

—Ya, pero yo quiero hacer la tortilla de patatas que tanto le gusta a Melina —desde que la probó la primera vez que la hice, la había tenido que hacer unas cuantas veces.

—Si es lo que quieres hacer, lo vamos a hacer entre los dos, así aprendo a hacerla —le di un beso en el centro del pecho antes de que me soltara.

Nos fuimos a la cocina.

—Una tortilla no tiene mucho que hacer… —le fui explicando lo poco que había que hacer mientras pelábamos las patatas y troceábamos— ¿Ves lo fácil que es? Solo hay que darle en tiempo exacto para que cuaje el huevo y por supuesto el punto de sal es super importante — terminé de contarle.

—Lo he ido anotando todo aquí —se señaló la cabeza, solo hizo ese gesto para hacer una gracia.

No sabía cómo iba a salir la tortilla, pero oler, olía de maravilla. La puse en un plato grande, ya que la habíamos hecho de bastantes huevos, no sabía cuántos eran en total los que iban a venir, por lo que no quise pillarme los dedos y quedarme corta.

Poco rato después entro Melina en la casa, traía unos pelos de loca que no podía con ellos.

—Pero ¿de dónde vienes tú? —le pregunté al verla.

—Estaba jugando con Gian —ese nombre era la primera vez que lo escuchaba.

—¿Gian? —quise saber.

—¿Ha llegado ya? —le preguntó Hans— ¿Y Bruno no ha llegado con él? —tampoco me sonaba ese nombre y mira que había ido conociendo personas en el pueblo, que hasta me sabía el nombre del marido de mi madre.

Esa es otra, me la había encontrado por el pueblo varias veces, pero como cuando lo había hecho en ninguna ocasión había ido acompañada de Hans, pues no habíamos hablado más que un hola o un adiós.

Y desde luego que su tienda no la había vuelto a pisar, ni muerta iba a aparecer por allí, cuando hacía falta algo, era Hans el que iba en un momento con el coche a comprar.

—Bruno viene un poco más tarde, cuando lo haga con la abuela Rosa y el abuelo Mauro —ya no me hacía falta que me dijeran quien era ese niño.

Tenía el cuerpo hecho a que esa mujer iba a venir, sobre todo, teniendo en cuenta que tenían un vínculo muy fuerte.

Y bien sabía cualquiera que me conociera, que jamás querría que ellos rompieran esos lazos, sobre todo por la niña, ya que los consideraba parte de su familia.

Así que no me quedaba otra que hacer durante unas horas de tripas corazón.

—¡Gian, entra! —gritó Melina, llamando al niño— Quiero que conozcas a Ana.

Un niño con el pelo negro como el carbón entró corriendo dentro la casa, pero lo que me dejó si aire en los pulmones fue el color de sus ojos.

Dios, eran idénticos a los míos y a los de mi abuelo. Era increíble el gran parecido que teníamos.

Viéndonos a los dos en la misma habitación, ¿cómo no se iban dar cuenta de que teníamos algo que ver? Era imposible que no lo hicieran y a la vista estuvo que la primera mirada vino por parte de Hans.

Intenté disimular todo lo que pude, pero esos ojos color miel me siguieron en todo momento.

—Hola —me dijo con una sonrisa—, me llamo Gian.

—Hola, lo sé —Dios mío, era un niño, no podía pagar la rabia que sentía por su madre con él—, Melina nos ha dicho que ha estado jugando contigo —le revolví un poco el pelo— ¿Quieres un poco de agua o un zumo?

—Yo quiero agua —dijo la niña.

—Yo también, gracias —fue a la nevera para coger la jarra del agua.

No me dio tiempo de estirar la mano para coger los vasos, cuando Hans me los estaba dando.

—No había caído antes, pero es curioso lo parecido que tenéis el color de ojos —abuelo, ayúdame, por favor. Pensé.

—¿Cuántas personas en el mundo tienen los ojos verdes? —más que una pregunta, era un salir del paso, era un como quien no quiera la cosa.

—Creo que esa respuesta la sabes mejor que yo, pero te diría que no muchas —era un hombre tan paciente que, aunque se lo estuviera comiendo las dudas, me estaba dando mi tiempo.

—Más de las que crees, es un color raro, pero hay muchas personas que lo tenemos —me excusé.

—Melina, Gian, ¿por qué no vais fuera a seguir jugando? —les preguntó, aunque estaba claro que no era una pregunta, más bien una sugerencia demasiado clara.

Me hice la tonta, no porque al final no fuera a contárselo todo, sino porque no quería hacerlo en estos momentos, prefería hacerlo cuando no estuvieran a punto de llegar las demás personas.

—No quiero hablar ahora. Y sí todo tiene una explicación —fui la primera en hablar.

—No es una casualidad, ¿verdad? —Negué con la cabeza— ¿Por eso te has negado a ir a la tienda de ella? —Hans no era tonto y había atado cabos.

—Hans, de verdad —le rogué con la mirada—, es largo de contar y no es buen momento, sé que te debo una explicación y te prometo que te la voy a dar, pero, por favor, ahora no —era la primera vez desde que lo conocía que veía un poco de enfado en sus ojos.

—Llevas casi un mes en mi casa, lo mínimo que me merecía era una explicación o quizás la verdad —se cruzó los brazos sobre el pecho.

Y eso estando en medio de una conversación, era un claro signo para abrirse para que le contara todo. Se estaba cerrando a escucharme.

—No es como te estas imaginado —no aparté la mirada de sus ojos, quería que viera en los míos la verdad de mis palabras—. Puedo entender que estes un poco enfadado…

—Ana, no estoy enfadado —me cortó—, estoy decepcionado, porque si no me has contado nada es porque no confías en mí.

—Hans, no es así y sé que en cuanto te lo cuente todo me vas a entender o, creo que lo vas a hacer, solo te pido que hablemos esta noche cuando Melina se haya quedado dormida, ¿puedes darme ese tiempo? —Se quedó unos segundos pensativo.

—Puedo darte ese tiempo —pero ya no había alegría en su mirada.

—Gracias —no me atreví a dar un paso en su dirección por miedo a que me rechazara—. Voy un momento al baño —dije cuando el silencio había invadido la cocina por completo.

No esperé respuesta, no esperé nada.

Antes de dar un paso en dirección al baño se interpuso en mi camino.

—Sé que es duro para ti y te prometo que, aunque ahora mismo esté un poco dolido, voy a estar a tu lado, te voy a escuchar atentamente sin que salgan reproches por mi boca —sabía que no lo decía por decir, que si lo había dicho era porque lo iba a hacer así.

Porque si algo tenía Hans era palabra y, sobre todo, tenía un gran corazón.

Capítulo 26



Hans

¿Cómo no me había dado cuenta antes del gran parecido que tenían? ¿Cómo no lo vi cuando la conocí en la tienda? Aunque si tenía que ser sincero Gian se parecía más a ella que a Rosa.

Cuando vi sus ojos me había quedado impactado, no era un color muy común y quizás ese impacto fue porque solo había conocido a tres personas que lo tuvieran y las tres eran de la misma familia.

No le di más vueltas en esos momentos porque, ¿quién me iba a decir a mí que esas personas estaban relacionadas?

Con lo grande que era el mundo, como para pensar algo así. Claro que en cuanto vi al niño y ella en la misma habitación no tuve duda de que algo había y me lo terminó de confirmar su mirada de miedo.

Por otro lado, seguía sin cuadrarme algo. Conocía a Rosa desde que se vino a vivir al pueblo siendo yo apenas un niño y podía jurar que esa mujer no era capaz de tener a una hija y abandonarla.

Aunque con lo que me había pasado con la madre de mi hija, en su momento también lo hubiera jurado y mira como terminó todo al final.

Estaba confuso, pero es que también era mucha casualidad que el primer día que ella había llegado aquí casi lo primero que había hecho había sido ir a la tienda de Rosa.

Fue en esa única ocasión desde que estaba aquí que había visto que le había dado un ataque de ansiedad y si me esforzaba y hacía un poco de memoria había sido justo cuando Melina le había dicho a Rosa, abuela.

Estaba tan confundido que no sabía que pensar, lo que sí tenía claro es que eran familia.

De verdad que prefería pensar cualquier cosa antes que de que Rosa hubiera sido capaz de hacer los mismo que la madre de mi hija.

No tenía que haber reaccionado así. Lo primero que tenía que haber hecho, es haber sido ir hacia ella, abrazarla y decirle que me tenía a su lado para todo lo que necesitara.

En cambio, gilipollas de mí, me sentó mal que no me hubiera contado lo que pasaba, saber el verdadero motivo que la trajo aquí.

Como dije hace un momento, tenía la mente a mil y no era capaz de pensar con coherencia, lo que ahora me parecía una cosa a los cinco segundos me parecía otra y todo eso era provocado por el choque de sentimientos que sentía.

—Ana, ¿estás bien? —anda la pregunta tan tonta que acababa de soltar.

¿Cómo va a estar bien, Hans? Con todo lo que tiene que estar pasando por su mente.

Para ella tenía que ser duro todo esto y encontrarse de pronto con ese niño había tenido que ser un gran choque.

—Estoy bien, Hans —me contestó, cuando abrió la puerta del baño.

Que evitara mirarme a la cara, con esa simple acción me demostraba que no estaba bien.

—Ana —la volví a llamar.

—Dime —joder mírame, pensé.

—Estoy aquí —me tenía que haber dado vergüenza de decirle eso, sobre todo, teniendo en cuenta que lo primero que tenía que haber hecho era ir y abrazarla. Que es lo que pensaba hacer en ese instante.

—Mírame, por favor —al levantar la vista me encontré con unos ojos rojos a causa de haber estado llorando—. Lo siento —susurré—, no quiero que sientas que estás solas, no es así.

—Lo sé, no me siento sola Hans, ya no —aunque se hiciera la fuerte, sabía que le afectaba.

Saber que esa persona había hecho una vida donde tenía dos hijos y que a ella no la hubiera querido en esa vida, le tenía que estar doliendo, aunque lo tuviera asumido, pero doler sí que le tenía que doler.

Joder, si me dolía hasta mí.

—Eso es lo único que me importa, que sepas que no estás sola —di un paso en su dirección—. Antes no reaccioné de la mejor manera. Todo esto me ha pillado por sorpresa y he tenido que procesar algunas cosas —reconocí.

—Sé que te lo tenía que haber contado desde el principio —dejó que la abrazara con fuerza— y como te he dicho antes, te prometo que te lo voy a contar todo, por lo menos la parte de la historia que sé —apoyó su mejilla en mi pecho—, pero después, ahora no quiero hablar. Lo único que quiero es pasar un buen día y hacer que se lo pase muy bien Melina.

Si era lo que realmente quería, se lo pensaba dar. Eso sí, no pensaba quitarle la vista de encima y en el momento en que notara que dejaba de estar bien, pensaba sacarla de ahí sin importarme nadie más que ella.

Para mí, ella y mi hija estaban por encima de todo.

Los primeros en llegar a casa fueron Levi y Alicia. Cada vez que los veía me daba más cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, por lo menos es lo que parecía, que nunca se sabía lo que podía pasar con el paso del tiempo.

Poco a poco fueron llegando los demás y en nada de tiempo nos habíamos reunido más de veinte personas delante de mi casa.

Todos los años lo hacíamos de la misma forma. Al ser muchas personas poníamos varías mesas repartidas, pero la comida iba toda en una alargada, lo hacíamos tipo *buffet* y así cada uno iba cogiendo lo que le apetecía.

—¡Abuela Rosa! —Melina la llamó en cuanto la vio— ¿Y Bruno y el abuelo Mauro? —no se había dado cuenta de que el primero estaba hablando con la hija de unos amigos que era de más o menos de su edad y el segundo estaba saludando a Levi.

—Hola, cariño —la cogió en brazos—, estarán por ahí hablando, ¿Cómo te lo estás pasando? —le preguntó con cariño.

Es que no me entraba en la cabeza que esta mujer tan cariñosa con mi hija y lo buena madre que era para sus hijos, hubiera abandonado a una hija.

Por mucho que lo intentara comprender, no podía hacerlo.

—Estoy jugando mucho con Gian —la dejó en el suelo.

Tal y como lo hizo, mi hija salió corriendo para seguir jugando.

Esta noche después de la ducha iba a caer totalmente rendida, de eso no había duda.

—Se ha puesto caro verte el pelo últimamente —me dijo cuando llegó a mí.

—He estado un poco más ocupado —le correspondí el abrazo que me dio.

Lo hice, pero con la mirada busqué a Ana, la vi a unos metros de mí hablando con las mujeres de unos amigos que le había presentado un día que dimos uno de los tantos paseos que habíamos dado por el pueblo.

No me estaba mirando, pero por su postura sabía que yo estaba con Rosa.

—¿O te han mantenido ocupado? —me preguntó con una sonrisilla.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —sabía que me iba a decir que sí — ¿Cuántos años llevas aquí? —me miró sin entender muy bien a que venía mi pregunta.

—Tenía diecinueve cuando llegué a Lauterbrunnen —eso no me decía cuanto llevaba aquí porque no sabía con exactitud cuántos años tenía.

—Sigo sin saberlo —rio.

—Veinticinco años —Ana tenía veinticuatro y por esa época yo tenía cinco.

No podía acordarme si en algún momento la pude ver embarazada, era demasiado pequeño para acordarme de algo así.

—¿Y alguna vez durante todos estos años has vuelto a tu ciudad de visita? —quise saber, aunque si era así y estaba escondiendo algo, no me lo iba a decir—Digo que allí habrías dejado a toda tu familia.

—No he vuelto a pisar mi tierra desde que me fui —Se cruzó de brazos, como si de repente se hubiera puesto a la defensiva— ¿No entiendo muy bien a que vienen tantas preguntas?

—Perdona, no era mi intención incomodarte —tampoco quería que se sintiera mal, solo necesitaba respuestas.

—No hay nada que perdonar —puso una mano sobre mi brazo—, es que no me gusta recordar mi pasado.

Al decirme eso, me dedicó una sonrisa y se fue a otra parte sin decir una sola palabra más y a mí me quemaban unas pocas en la punta de la lengua.

Me las tuve que tragar, eso sí, lo iba a hacer por ahora, porque fuera como fuese, Ana, se merecía saber toda la verdad y después que decidiera ella lo que quería hacer.

Me acerqué hasta donde estaba, no lo habría hecho si mis amigos no se hubieran acercado a sus mujeres y no porque no tuviera ganas de estar cerca.

Es que no quería interrumpir lo que sea que estuvieran hablando.

—Hola, ¿todo bien? —le pregunté cuando llegué hasta ella.

—Todo prefecto —me dio un beso en la mejilla.

No podía decir que no disimulaba bien, porque lo hacía de sobra. Cualquier otra persona que no la conociera como lo había hecho yo, podía decir que estaba perfecta, pero si le mirabas los ojos, se podía ver que no tenía el mismo brillo de siempre.

Capítulo 27



Ana

—¿Preparado para la competición? —le pregunté haciendo de tripas corazón.

—No tengo ni idea de que competición hablas, pero estoy preparado —sabía que se sentía mal por la reacción que tuvo esta mañana.

Lo que no sabía él, es que lo entendía demasiado bien, no tenía nada que reprocharle.

¿Cómo lo iba a hacer si es que ni se había enfadado? Solo parecía un poco dolido y por eso mismo decía que lo podía entender hasta cierto punto.

Pero bueno, de nada valía darle vueltas a lo mismo, por lo menos en ese momento. Ya tendríamos tiempo esa noche de hablar todo lo que quisiéramos.

Miré a Alicia y le hice una señal para que viniera hasta mí.

—¿Vamos? —me preguntó, cuando se puso a mi lado.

En cuanto Alicia llegó con Levi por la mañana, se dio cuenta de que algo me había pasado. Me conocía tan bien que no me preguntó en ese momento, ella esperó hasta que nos quedamos a solas un poco más tarde.

Se lo conté todo lo más rápido que pude, no quería que por cualquier descuido nos pudiera escuchar alguien.

—Me muero de ganas —parecía una niña pequeña de lo ilusionada que estaba.

A ver, que sabía que era una tontería, pero es que me traía muy buenos recuerdos de mi niñez y de todas las risas en aquellos años.

Hans nos miró a las dos con la ceja alzada, sé que se estaría preguntando que era lo que teníamos en mente.

—¡Un momento, por favor! —gritó la loca de mi amiga llamando la atención de todo el mundo.

Ni yo sabía para que quería que todas las personas que había aquí les prestara atención.

Se suponía que era algo que íbamos a hacer entre nosotros, por lo que miré igual de intrigada que todos los que allí había.

—¿Qué haces, loca? —le pregunté.

—Tú calla y sígueme la corriente, verás que bien nos lo vamos a pasar —me contestó.

—Alicia, que nos conocemos —le advertí.

—A ver, vamos a hacer una competición, eso sí, el ganador que no piense que se va a llevar gran cosa porque no se va a llevar nada más que las risas que nos vamos a dar —todos estaban pendiente a ella—. Bien, como somos muchos lo haremos por grupos.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, Alicia? —le preguntó Melina.

—Levi me ha ayudado a recoger muchos sacos de plásticos, así que cada uno de los participantes va a coger uno y vamos a subir hasta allí —señaló con el dedo un punto no muy alto, pero si algo inclinado para que nos pudiéramos deslizar mejor—, y desde ese punto nos vamos a deslizar hasta llegar abajo, quien antes llegue serán el ganador.

—¡Bien! —gritaron ella y Gian al unísono.

Se podía decir que su reacción era porque eran niños, pero es que yo por dentro estaba igual que ellos.

Pero vamos, que por lo que estaba viendo, no eran solo los niños y yo los que nos estábamos riendo y deseando hacerlo, eran todos, sus caras hablaban por si solas.

—¿Es en serio? —me preguntó Hans.

Estaba sonriendo a mi lado.

—Pues claro que sí —sonreí—, no te puedes imaginar lo bien que lo pasábamos Alicia y yo cuando éramos pequeñas. La primera vez que se tire Melina es mejor que lo haga contigo, no quiero que se haga daño porque no sepa detenerse —le recomendé.

Los primeros en subir, como no podía ser de otro modo fueron Alicia, Levi, Hans con Melina, Gian, Bruno, Lily que era la niña que estuvo todo el tiempo al lado de "mi hermano Bruno" y como no podía ser de otro modo, yo.

Miré a Hans, que se había sentado sobre uno de eso sacos con las piernas abiertas y su hija en el centro de ella.

Melina me miró con un brillo tan bonito en sus ojos, que no hacía falta que dijera que era feliz para saber que lo era de verdad.

—Preciosa, te veo abajo —me dijo con chulería y para rematarlo me guiñó el ojo.

—Te estaré esperando con los brazos abiertos —le contesté con sarcasmo.

A mi otro lado estaba Gian. Este era otro que se notaba que estaba disfrutando.

—¿Preparado, Gian? —lo siento, pero no me salía del corazón ignorarlo.

Era un niño inocente y no tenía la culpa de lo que había hecho su madre. Ni él, ni su hermano.

—Sí —dijo feliz.

Miró hacia abajo, justo donde estaban todos esperando a que diéramos comienzo. Seguí su mirada y me encontré con los ojos fijos de su madre puesto en mí.

Y no lo hacían como lo había hecho en otras ocasiones en las que nos habíamos encontrado. Esa vez los tenía entrecerrados, como si estuviera intentado leer algo en mí.

Le devolví la mirada de la misma manera. Quizás yo sí que la miré con un poco de rabia, pero quería que se diera cuenta de que sabía quién era ella y que no pensaba agachar la cabeza ni esconderme.

No tenía por qué hacerlo.

"Todo a su tiempo, Rosa", pensé. *"No te a romper la vida, pero tampoco me voy a quedar con esto que llevo por dentro".* Seguí pensando.

Iba a hablar con ella, lo decidí por la mañana, pero lo iba a hacer sin su marido ni sus hijos delante. Como he dicho en varias ocasiones, ellos no tenían la culpa de nada.

Dejé todo pensamiento que no tuviera nada que ver con lo que estábamos haciendo en ese instante y me concentré en pasarlo bien.

—¡Te pienso ganar! —gritó Alicia, que estaba entre Gian y Levi.

Como era normal, me lo gritó a mí.

—Inténtalo, nunca has podido —me carcajeé de ella.

Fue Mauro el que nos dio la señal para lanzarnos cuesta abajo.

Cogí la parte delantera del saco y con los pies a cada lado para darme el primer impulso, estiré las piernas y las encogí y con ese simple gesto empecé a deslizarme.

Rápidamente puse los pies sobre el saco y riendo a carcajadas giré la cabeza para ver como iba Melina y su padre. Ellos iban casi a la misma altura que yo.

—¡Más rápido, papá, más rápido! —gritó sin parar de reír.

—¡Creo qué te vas a quedar atrás! —me dijo Hans, soltando una carcajada.

Lo siento, quería mucho a la niña, pero era muy competitiva, así que tenía que ganar yo.

—¡Sigue soñando! —dije con aires de superioridad.

Giré la cabeza en la otra dirección, quería ver como iban el resto de los participantes.

Gian iba un poco más atrás, pero igual que Melina, no paraba de reír. Lo mejor de todo era la cara de velocidad que ponía, sí esa cara que estaba entre llanto y estreñido.

Un poco más y me meo de risa al verlo.

Alicia iba casi a la misma altura que yo. La muy capulla me hizo una burla sin parar de reír.

—¡Corre, Ana! —me dijo cuando vimos que Levi nos tomaba la delantera— ¡Ana, aquí solo podemos ganar alguna de nosotras, vamos a enseñarles a esta gente lo que son unas verdaderas españolas!

Hice lo que tantas veces había cuando pequeña, incliné un poco el cuerpo hacia delante, bajé las puntas del saco que tenía cogido y a rezar, porque mucho más no había que hacer.

Por Bruno y Lily no me tenía que preocupar, ya que ellos iban a lo suyo, lo que era lógico con la edad que tenían.

Por el rabillo del ojo miré como iba Hans con la niña, me quedé un poco más tranquila, yo iba un poco más adelantada que ellos, no mucho, pero si lo suficiente para ganarles.

—¡Alicia, que te quedas atrás! —escuché que le decía Levi, cuando pasó por su lado.

Uy, este no sabía el monstruo que había despertado.

—¡Ali! —le grité— ¡Tienes que hacer un sacrificio! —Me miró, abriendo los ojos de manera exagerada.

Sabía muy bien lo que quería decir.

—¡Para que después digas que no soy buena amiga! —no la escuché resoplar, pero imaginé que lo hizo por la cara que puso.

Acto seguido cambió la dirección del saco y en vez de ir recta, fue directa a por Levi y no falló en su objetivo. Chocó con él provocando que los dos rodaran cuesta abajo.

No fue peligroso, no era tonta para hacer algo que pudiera causarles daño. Fue divertido verlos rodar y lo mejor de todo era verlos reír.

Levi no se lo tomó a mal, todo lo contrario, se rio y mucho.

—¡Eso es trampa! —gritó Gian.

Mucha trampa y todo lo que quisiera, pero él no paraba de reír.

—¡Preciosa, eso no se hace! —más me reí cuando Hans dijo esas palabras.

—¡Alicia dijo en que consistía el juego, no habló en ningún momento los métodos que podíamos aplicar para ganar! —Estaba llegando.

Iba la primera y no iba a dejar que me ganara, ni loca lo iba a dejar.

"Venga, venga", me animé a mí misma, viendo lo cerca que estaba de llegar en primera posición.

—¡Gané! —grité en cuanto me detuve. Me levanté de un salto para celebrarlo.

—Eres la mejor —Alicia me abrazó celebrando conmigo mi más que merecida victoria.

Capítulo 28



Hans

No podía dejar de sonreír al ver como reía Ana y no solo ella, también lo hacían todos los demás al ver su entusiasmo.

Pero, sin embargo, estoy seguro de que la que mejor se lo había pasado había sido mi hija, ella en su inocencia no entendía de competición ni otra cosa que no fuera pasarlo bien.

A ver, que sabía lo era ganar y todo eso, lo que quería decir, era que ella no le daba importancia y sí se la daba a disfrutar con todos, para ella fue un nuevo juego con el que lo pasó muy bien sin más.

—Tramposilla —dije cuando me acerqué a ella para abrazarla.

—Dicen que en la guerra y el amor todo vale, pues yo digo que en el juego también —me devolvió el abrazo con las mismas ganas que se lo había dado yo.

—Ana, la próxima vez me monto contigo para ganar —dijo mi hija.

Uf, con lo niños nunca se acertaba, bastaba con decir una cosa para que te dejaran por mentiroso, menos mal que no lo había dicho y solo lo había pensado, pensé cuando dijo eso.

Y yo poco antes pensando que a ella le daba igual ganar, mejor me callaba que seguro que estaba mejor.

—Claro, princesa, cuando nos toque otra vez vienes conmigo —le contestó, cogiéndola en brazos y dándole un beso—. Vamos a hacer que tu padre se coma el polvo —me guiñó un ojo.

—A la próxima te vamos a ganar, papá —no me podía hacer nada más feliz en esta vida que ver a mi hija como la estaba viendo —. Tío Levi, ¿te has comido el polvo de Ana? —le preguntó a mi amigo en su inocencia.

—No, el de ella no, me he comido el de Alicia —*capullo*, pensé.

Alicia pasó por detrás de él dándole una colleja.

—Calla, deslenguado —le dijo esta que había pillado el doble sentido de la frase, igual que lo habíamos entendido Ana y yo— ¿Todavía no entiendo como has conseguido ser uno de los policías del pueblo?

—Por enchufe —le contesté para buscarle la lengua.

—No me hagas contestar que está mi sobrina delante —me respondió.

Me di cuenta de que Ana había soltado a mi hija en el suelo y se había puesto tensa y con la mirada fija en un punto detrás de mi espalda.

—Mamá, ¿has visto que divertido ha sido? —no hizo falta darme la vuelta para saber que Rosa se nos estaba acercando.

—Sí, hijo —nunca me había dolido más escuchar la palabra hijo que en ese momento—, parece que os lo habéis pasado muy bien.

—Sí, ha sido muy divertido, Ana y Alicia han tenido muy buena idea —Rosa llegó a nuestro lado.

Cuando la miré me di cuenta de que en su mirada había determinación y antes que dijera algo más, hice lo que tenía que hacer para evitar males mayores.

—Cariño, ¿Por qué no os vais tú y Gian a seguir jugando un poco más? —Alicia me miró, tras hacerlo dio un paso adelante hasta ponerse al lado de su amiga.

—Mira que nos hemos visto alguna que otra vez por el pueblo desde que habéis llegado, pero nunca me ha dado por preguntaros de que parte de España sois —dijo, como quien no quiere la cosa.

—No creo que haga falta que te contestemos, no cuando sabes que venimos de la misma ciudad que tú —le respondió Alicia.

—¿Y se supone que tendría que saberlo?

—Rosa, no vayas por ahí y menos en estos momentos —le contesté.

No quise hacerlo brusco, porque, aunque sabía lo que había hecho, no podía olvidar todo lo que me había ayudado con mi hija.

—Solo quiero saber quiénes son tus padres —le preguntó directamente a Ana.

Iba a contestarle yo, pero Ana se me adelantó.

—Mi padre no tengo ni idea de quien es, a mi madre la tengo delante —la cara de Levi fue todo un poema.

Y es que no me había dado tiempo de ponerlo al día y estaba seguro de que Alicia no iba a traicionar la confianza de su amiga. Estaba tan seguro de eso que, la expresión de él me lo había confirmado.

—No creo que debamos hablar de esto aquí, no cuando están todos nuestros amigos —fue Levi el que intentó que entraran en razón y así evitar pasar un mal rato a más de uno y de una.

—Si quieres saber de dónde vengo y todo lo que tiene que ver conmigo, quédate después de que se vayan todos —le dijo Ana—. Eso si no quieres que todo el mundo sepa "lo buena madre que eres" —reforzó la última parte de la frase dándole énfasis con los dedos entrecomillados.

—No sé qué es lo que está pasando por tu mente, pero te aseguro que estás muy equivocada. No te preocupes que te lo voy a aclarar todo, por lo que veo te han metido en la cabeza cosas que difieren mucho de la realidad —pronunció Rosa.

Se giró para irse, pero antes de hacerlo la volvió a mirar, esta vez con algo de tristeza en sus ojos.

—Las cosas no son como parecen o como tu chica cree que son —me dijo en voz baja para que no la escuchara nadie—. Más vale que estés a su lado y le cojas la mano con fuerza, porque va a ser un momento muy duro para ella, eso si de verdad sientes algo por ella.

Me dejó muy tocado esas palabras, no sabía que era lo que quería decir, pero si me había dado ese consejo, pensaba seguirlo.

De todos modos, no pensaba separarme de Ana en ningún momento, porque ya fuera lo que nos imaginábamos o por otra cosa. Fuera lo que fuese iba a ser un momento duro para ella.

—¿Alguien me puede decir que cojones está pasando? —preguntó Levi.

—Ahora te hago un resumen —le contestó Alicia—. No estás sola, nunca lo has estado, que no la hayas tenido a ella no significa que no te quieran otras personas ni que seas importantes para ellas —abrazó a Ana mientras le decía esas palabras—. Siempre me has tenido y me tendrás. Lo sabes, ¿verdad?

—Te quiero y sabes que te agradezco en el alma que estes en estos momentos junto a mí. Eres todo lo que me queda —eso me dolió un poco.

Que no contara conmigo sabiendo que yo también estaba a su lado, dolió.

No sé si lo dijo porque realmente lo pensaba, porque no quería que me viera en la tesitura de elegir entre ella y Rosa o porque estaba tan acostumbrada a tener solo a su lado a su amiga y nadie más.

—También me tienes a mí —le dije cuando se separó del abrazo de Alicia—. Estoy aquí y no me voy a mover de tu lado —se lo quise dejar claro para que no tuviera ninguna duda respecto a mis sentimientos por ella.

—Lo sé, sé que estás a mi lado —me contestó—. Te prometo que estoy mejor de lo que esperaba, total ya tenía el cuerpo hecho y sabía que no me iba a reconocer las cosas así porque sí —¿Se sentiría mi hija igual cuando fuera mayor?

No pude evitar hacerme esa pregunta. Hasta ahora no había demostrado que le hiciera daño la falta de su madre, por lo menos no más allá de cuando me había preguntado porque no tenía una.

—No importa lo que pase, nos tienes a nosotros. Si no ha querido formar parte de tu vida, ella se lo ha perdido —volvió a hablar Alicia.

—Lo sé, Ali, y tú mejor que nadie sabe que no pretendo formar parte de su vida, solo quería saber porque lo había hecho. De verdad que no hay más —por mucho que se quisiera hacer la dura a mí no me engañaba.

En el tiempo que llevaba con ella, la había ido conociendo muy bien. Sabía el gran corazón que tenía y como podía afectarles las cosas. Por lo que, aunque quisiera aparentar estar bien no lo estaba.

Y que conste que con esto no quería decir que la conociera a la perfección porque sería mentir. Teniendo en cuenta que puedes llevar años creyendo que conoces a una persona y después resulta que te das cuenta de que no la conoces absolutamente de nada.

Nos tuvimos que poner unas máscaras y seguir adelante con el día, no nos quedaba otra, lo que sí hizo Ana fue mantener las distancias con Rosa.

No supe como lo hizo, pero me dejó asombrado lo bien que terminó llevando el día.

Como no dejé de observarla cada poco tiempo, eso sí, el tiempo que no estaba cerca de ella, que no era mucho, solo el justo y necesario como para hablar con algunos amigos o cuando tenía que atender a mi hija.

Pero cuando no estaba cerca de ella y la miraba, la veía reír y hablar casi con todos.

—¿De verdad crees que Rosa es capaz de hacer algo así? —me preguntó Levi.

—No tengo ni idea, pero no dudo de la palabra de Ana —le contesté —, nada más hay que ver el parecido que tienen entre ellas, aunque el que más se parece a Ana es Gian.

—Ya, no me puedo creer que no nos hayamos dado cuenta antes — negó con la cabeza—. Aun así, me cuesta mucho creer algo así.

—No sabemos lo que hizo siendo joven, tienes que reconocer que no es muy común que se vaya de su país siendo tan joven y más como lo hizo ella. Sin trabajo y sin nada, no fue hasta que llegó aquí que empezó a buscarse la vida —le hice entender.

—Tienes razón —sabía que podía chocarle mucho esta noticia—, pero sigue constando mucho, siempre ha sido tan buena madre con sus hijos, si hasta se desvivía con Melina.

Entendía que le constara trabajo entenderlo. Era normal, teniendo en cuenta que Levi era de mi edad, por lo tanto, desde que era pequeño conocía a Rosa.

Capítulo 29



Ana

Se habían ido todos. Por lo que me había dicho Hans, Rosa le dijo que iba a ir su casa para hablar con su marido e hijos y que un poco más tarde subiría a aclarar las cosas.

Los únicos que estábamos eran Alicia, Levi y nosotros.

Melina se había quedado dormida después de su ducha, por lo que ahora podía caer una bomba que no se iba a enterar de nada. Normalmente tenía un oído muy fino, pero con el día de juego que había tenido, dudaba mucho que se despertara.

—Me voy a dar una ducha —no sabía si era por lo nervios o el por qué, pero me había entrado algo de frío—, me vendrá bien para despejarme —les dije.

—Voy a preparar algo de cena —Alicia se levantó y le hizo una señal a Levi para que la acompañara a la cocina—, no esperéis gran cosa, que todos sabéis que la cocina se me da fatal —no hacía falta que lo jurara.

—Levi, por Dios, no dejes que atente contra nuestra salud —le dije a él, intentando poner un poco de humor.

Se notaba que había mucha tensión en el ambiente y no quería que por algo que no tenía nada que ver con ellos, estuvieran pasando un mal rato, sobre todo Hans y Levi.

Para ellos no era nada fácil. Querían a Rosa, llevaban mucho años conociéndola, pero también sabía que sentían algo por mí, uno más que otro o por lo menos de distinta forma.

—No te preocupes, que solo la voy a dejar que corte un poco de queso para picotear, de lo demás me encargo yo —me contestó.

—Que gracioso sois los dos —nos sacó la lengua como si fuera una niña pequeña.

Entré en la habitación de Hans, esa que desde hacía casi un mes se había convertido también en la mía.

Fui hacia el armario para sacar uno leggins y una camiseta de mangas cortas. Si cuando saliera de la ducha seguía con frío me pondría una sudadera.

"Ana, no pienses, haz que no te duela, sigue con tu vida y no dejes que dañe sus palabras". Fue lo me repetí mentalmente una y otra vez mientras estaba con la cabeza debajo de la ducha.

Tenía la esperanza que tal y como el agua se deslizaba por mi cuerpo y terminaba en el desagüe, quizás también lo hicieran los pensamientos y los sentimientos que me embargaban en estos momentos.

Sentí como unos brazos fuertes me rodeaban desde la espalda y me llevaron contra su pecho, que para mí era mi refugio.

Poco después unos labios calientes y suaves dejaron un beso en mi hombro.

—No estás sola, me tienes aquí —cerré los ojos y me dejé arrastrar por ese abrazo, que esos momentos me decía mucho más que cualquier palabra.

No se había metido en la ducha buscando sexo, Hans no era así, sabía cuándo era el momento y cuando no.

Había venido detrás de mí para demostrarme su cariño, su comprensión y, sobre todo, para hacerme ver que él estaba aquí.

—Estoy bien —lo repetía una y otra vez, pero lo hacía con el fin de creérmelo yo misma.

—Sé que no es así y que lo dices para que creamos que sí —giré entre sus brazos para poder mirarlo de frente—, aunque, sé que lo vas a estar, porque me has demostrado lo fuerte que eres. Has luchado siempre y lo vas a seguir haciendo —retiró el pelo que había cubierto parte de mi rostro y lo puso detrás de las orejas.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? —le pregunté.

—¿El qué hago? —no sabía que era lo que quería decir.

—Poner mi pelo detrás de la oreja, desde que nos conocemos siempre haces lo mismo —murmuré, con una pequeña sonrisa.

—Tienes el rostro y los ojos más bonitos que he visto en mi vida y no quiero que nada me impida verlos —le rodeé la cintura con los brazos y apoyé unos segundos la frente en el centro de su pecho.

—Será mejor que vayamos saliendo ya —estuve a punto de decirle que lo quería, pero al final me mordí la lengua y no se lo dije.

Fue decir eso y Alicia tocar en la puerta para decirnos que nos estaban esperando fuera.

Al final ni cena ni nada, aunque me daba igual, tampoco tenía hambre, por lo que no pensaba cenar.

—Vamos, preciosa, creo que ha llegado la hora de que todas tus dudas sean resueltas —abrió la toalla para envolverme en ella.

—Estoy nerviosa —le admití.

—Lo sé, pero como te he dicho, estoy a tu lado —me dio un beso rápido, pero volcando en él todo sus sentimientos.

Me vestí lo más rápido que pude, ni me molesté en secarme el pelo, lo dejé tal cual lo cepillé.

El primero en salir fue Hans, le dije que me diera unos segundos. Necesitaba unos segundos a solas, terminar de mentalizarme porque sabía que las palabras de esa mujer iban a ser muy dolorosas.

Con la mano puesta en el pomo de la puerta me detuve para coger aire, una vez lo hice abrí la puerta decidida a hablar con esa mujer, iba a escuchar todo lo que tuviera que decirme, pero ella también me iba a tener que escuchar a mí.

Al llegar al salón la vi sentada en un sillón individual, uno que tenía Hans al lado del sofá y en ese sofá estaba sentada Alicia junto a Levi.

Hans estaba a un lado de la habitación de pie. Estaba con los brazos cruzados y mirando por una de la ventanas que había en el salón.

—Buenas noches —dije al entrar.

Me fui directa a una silla para sentarme un poco más recta, supongo que fue una manera de mantener las distancias.

—Buenas noches, Ana —me contestó esa mujer.

—Antes de nada, quiero dejarte claro que no he venido buscando nada de ti, solo quería saber el motivo por el que lo hiciste —había tristeza en su mirada o eso fue lo que me pareció ver—. Tampoco estás obligada a decírmelo, sin embargo, me gustaría saberlo, es lo único que quiero de ti.

—Te voy a contestar todas las preguntas que tengas, no tengo nada que esconder y mucho menos nada de lo que arrepentirme —con esa respuesta lo único que terminó de demostrarme era el corazón de piedra que tenía.

—¿Cómo puedes decirle eso a tu propia hija? Aunque habiéndola abandonado no me extraña nada —sabía que Alicia no se iba a poder quedar callada.

—Ana no es mi hija, no sé lo que le habrá dicho su abuelo, pero te puedo asegurar que solo he tenido dos hijos y los dos han sido con mi marido —no me extrañaba nada que no lo reconociera, todo lo contrario, sabía que iba a pasar esto.

—¿Por qué no eres capaz de admitirlo y decirme claramente que no quieres saber nada de mí? Te juro que cuando terminemos de hablar, este tema quedará enterrado, de aquí no va a salir nada, pero, por favor, solo dime, ¿por qué no me quisiste? —la voz me tembló un poco por la emoción que estaba conteniendo para no ponerme a llorar.

—Es que no eres mi hija, eres mi hermana —si una bomba hubiera caído en ese momento no me habría afectado tanto como lo habían hecho esas palabras.

—¿De qué estás hablando? No se puede caer más bajo. Ensuciar la memoria de José solo por no tener los cojones suficientes de contarle la verdad —Alicia se levantó exaltada.

Yo no fui capaz de decir nada, creo que en ese momento todavía estaba procesando sus palabras.

Lo que si sentí fueron las manos de Hans posarse en mi hombros y darme un pequeño apretón.

—Alicia, creo que lo mejor que podemos hacer es dejarla hablar y así enterarnos de todo —le dijo Levi a mi amiga.

—¿Es que no te das cuenta de qué se está riendo de Ana? —su cabreo iba en aumento.

—Es la verdad, Ana es mi medio hermana —conecté mi mirada a la suya y en ella vi la verdad—. No sé con qué fin ese hombre le dijo que era mi hija, cuando era suya. Mi padre siempre le dio muy mala vida a mi madre, intenté más de una vez que lo dejara, que se fuera de casa, que nos fuéramos las dos de esa casa, pero ella solo veía por lo ojos de ese hombre.

—Mi abuelo nunca ha sido un mal hombre, todo lo contrario. Me ha dado muy buena vida dentro de sus posibilidades —fui capaz de decirle.

—Te puedes sentir afortunada si ha sido así —dio un largo suspiro —. Te juro por mis hijos que es verdad lo que te estoy contando.

—No puedo creer lo que has dicho. ¿Por qué mi abuelo iba a mentirme en algo así? ¿Qué sentido tiene? Es mucha casualidad que me digas eso cuando está muerto y no puede desmentir tus palabras —me levanté de la silla asqueada con la poca vergüenza de esa mujer.

Capítulo 30



Hans

—Ana —la cogí antes de que se fuera del salón—, creo que deberías dejar que termine de hablar.

—¿Te crees sus palabras? —me preguntó dolida.

—Conozco a Rosa desde que tenía cinco años, sé la mujer que ha sido desde que llegó a este pueblo, sé lo buena vecina que ha sido siempre, lo buena madre que es con sus hijos —sabía que cada una de las palabras que le estaba diciendo le estaba haciendo daño y ese daño estaba haciendo que se alejara de mí—, lo bien que se ha comportado con Melina y conmigo, por no decir que siempre ha ayudado a todo el que lo ha necesitado.

Negó con la cabeza como si no se creyera lo que le había dicho. Intenté dar un paso en su dirección, pero puso sus manos entre nuestros cuerpos haciendo una especie de barrera para que no pudiera llegar hasta ella.

—Por eso mismo no te quise decir el motivo por el que había venido —una la lágrima le corrió mejilla abajo—, porque sabía que la querías tanto que la ibas a creer dijera lo que dijera.

—Ana, no he dicho que la crea, solo he dicho como es desde que la conozco y que deberías escucharla. No puedes juzgar a una persona sin conocerla y sin escuchar su parte de la versión —me pasé las manos por el pelo en un intento de tranquilizarme para dar con las palabras apropiadas— no tienes sentido que se invente esa historia. Sé que mis palabras te están haciendo daño, pero tenía que decírtelo, aun sabiendo que si lo hago vas a pensar que no siento nada por ti, pero querer no es dar la razón siempre, querer es estar presente, decir las verdades, aunque duelan.

—No digas que me quieres porque no es así —si ella pensaba que esa palabras no me estaban haciendo daño estaba muy equivocada.

—Sí lo hago y por eso mismo te estoy diciendo estas palabras, porque quiero que cierres esa etapa de tu vida y que a partir de ahora no tengas esa espina clavada en tu corazón, porque quiero una Ana libre, feliz y que no vuelva a sentir que no tiene a nadie que la quiera —siguió sin dejarme acercarme a ella.

—Ana, te lo juro, eres hija de mi padre y de una mujer que tuvo como amante —Rosa se levantó en un intento de acercase a ella—. Ese fue el motivo por el que me fui de mi casa, ya no aguanté más ver el dolor en mi madre, me estaba matando ver la vida que le estaba dando ese hombre y lo siento, pero yo no quería seguir viviendo en esa casa que se había convertido en una pesadilla. De lo único que me puedes acusar es de querer buscar mi felicidad fuera de allí —creí a Rosa, creí cada una de sus palabras.

—Pero ¿por qué me iba a mentir mi abuelo? —Ana estaba en *shock*, no era para menos, se acaba de dar cuenta de que toda su vida había sido una mentira.

—Eso no te lo puedo contestar, no sé lo que le pasó por la cabeza para que se inventara todo ese circo. Quizás se sintió avergonzado y prefirió culpar a alguien que no estaba para defenderse antes que admitir la verdad —fue ahí cuando las palabras comenzaron a tener más peso para Ana.

—¿Cómo sabemos qué estás diciendo la verdad? —le preguntó Alicia.

—Porque por tiempo, si fuera como estáis diciendo, en aquellos años alguien del pueblo me tendría que haber visto embarazada. Por mí puedes ir preguntando a todas las personas que quieras —por eso me dijo por la tarde que me mantuviera a lado de Ana, que iba a ser duro lo que le iba a decir—. Otro motivo es que, a las pocas semanas de llegar aquí, conocí a Mauro, desde entonces no me he separado nunca de él y si con todo eso no me crees, estoy dispuesta a que nos hagamos una prueba de ADN —sentenció.

—Mi abuelo no me ha podido mentir, él me ha cuidado siempre —seguía negándolo.

—Mi padre ha sido unos de los hombres más despreciables que he conocido en mi vida —dijo con odio hacía ese hombre—. Ese hombre que tu veneras trató a su mujer toda la vida como su fuera basura y conmigo pretendía hacer lo mismo. No se merece ni ser llamado hombre —masculló.

—Ana, no puedes seguir negándote todo lo que te ha contado Rosa —pronunció Levi.

—No puede ser —dijo llorando con el corazón encogido.

—Ana, sabes que siempre voy a estar a tu lado, pero después de haber escuchado todo lo que ha contado Rosa, yo sí la creo —le dijo Alicia.

Ana volvió a dar un paso atrás, era como si quisiera huir de todos nosotros.

—Ali, tú has conocido a mi abuelo, ¿cómo puedes creer todas esas mentiras? —le preguntó dolida.

—Nosotras hemos conocido una parte de él, pero ella ha conocido otra muy distinta. Rosa conoció una versión mucho más joven de ese hombre, una en la que él se sentía con más fuerza, no has visto como había tratado a su mujer, cuando ella murió tú era muy pequeña, no sabes más que lo que él te había metido en la cabeza —Alicia le dijo esas palabras aun sabiendo que ella no se lo iba a tomar bien.

—No, tú no te has podido poner de su parte, me lo esperaba de Hans, que la conoce de toda de la vida al igual que Levi, pero de mi mejor amiga, no —miró la puerta de entrada.

Vi sus intenciones y me puse en medio de su camino, me daba igual que en este momento me odiara, de verdad que me daba igual si con ello podía hacer que tuviera un futuro feliz y sin mentiras.

—No vas a salir, no en ese estado —le dije. Me gané una mirada de odio, estaba preparado para ello—, no puedo permitir que lo hagas, tienes que afrontar la verdad y huyendo no vas a solucionar nada.

—No puedo creer lo ciega que he estado contigo —si en ese instante me hubieran dado un puñetazo en el pecho me hubiera dolido mucho menos.

Pero por mucho que me dolieran sus palabras, no se las podía tener en cuenta, no sabiendo en el estado en el que se encontraba.

—Sé que en el fondo no lo piensas —contesté—, lo dices ahora porque tienes el corazón tan roto que piensas que nadie te quiere, que estás sola y no es así, Ana, para todos los que estamos aquí eres importante.

—Mentira, todo es mentira —daba igual lo que le dijéramos, no lo veía, por lo menos no ahora. Tenía que procesarlo todo.

—La única mentira que hay aquí es la que te metió ese hombre en la cabeza —dijo Rosa, mirándonos a todos—. Os juro que si lo tuviera delante le diría unas cuantas cosas. Fue un cabrón toda la vida y se murió siendo aún más cabrón.

—Entonces, ¿por qué fue él mismo el que me dijo dónde estabas? Y me lo dijo mucho antes de morir —no podía dejar de llorar y a mí se me rompía el corazón por no poderme acercar a ella para consolarla.

—Yo qué sé, lo mismo sabía que se iba a morir y tuvo algo de remordimientos y para que no te quedaras sin familia te dijo dónde encontrarme —respondió.

—Necesito aire —dijo con las manos temblorosas—, déjame pasar, solo quiero que me dé el aire fresco en la cara —me aparté, no podía dejarla con esa sensación de ahogo, sabía lo malo que era sentir que el aire no llegaba a tus pulmones.

—Voy contigo —le dije.

—No, no va a venir nadie, necesito respirar tranquila, solo me quiero sentar en el porche unos minutos yo sola.

—Déjala, Hans —me dijo Alicia.

—Ana, por favor, no me apartes, te dije que iba a estar a tu lado, pero si no me dejas no puedo estarlo —le rogué.

—Hans, por favor, déjame unos minutos sola —insistió.

No me quedó otra que dejar que saliera de la casa, tuve que aceptar su decisión, cuando la mía hubiera sido salir con ella, sentarla en mis piernas mientras la abrazaba con todas mis fuerzas y permanecer los dos en silencio hasta que ella lo fuera procesando todo.

Me daba igual que tuviésemos que estar una eternidad sentados ahí, me daba igual todo, siempre y cuando me dejara consolarla.

—Es normal que le cueste aceptarlo —nos dijo Levi—, ha vivido toda la vida creyendo una cosa y ahora se encuentra que todo era mentira.

—Nos tenemos que poner su lugar —dijo Alicia.

—Si llego a saber todo lo que ese cabrón le ha estado metiendo en la cabeza, habría ido a por ella y no la hubiera dejado que se criara con él —se notaba que estaba cabreada—. Cuando me fui de aquella casa, nunca pensé que le fuera a decir todas esas mentiras —se limpió un par de lágrimas que se le habían derramado—. Me tenía que haber traído a mi hermana —se lamentó.

Capítulo 31



Ana

"Abuelo, no me has podido mentir toda la vida" me lamenté una y otra vez. No, me tenía que estar mintiendo.

El que se suponía que me había criado como mi abuelo no podía ser mi padre y esa mujer no podía ser mi hermana.

Me había sentado en el balancín del porche, pero no podía estar tampoco sentada, necesitaba ponerme en pie y dar un pequeño paseo alrededor de la casa.

Me faltaba el aire, por mucho que quise que mis pulmones se llenaran no le entraba el que necesitaba para sentirme bien.

No sé el tiempo que estuve en la calle, no sé cuánto anduve, solo sé que cuando me quise dar cuenta me había alejado tanto de la casa, que ni lograba verla y por si eso fuera poco, encima no llevaba el móvil para poder alumbrar el camino.

¿Tanto había andado como para no ver ni las luces del pueblo? No se veía nada, no sabía que camino había tomado.

¿Y si tomaba uno para regresar y resultaba que terminaba alejándome más?

Me dije a mí misma que no podía estar tan lejos, que era imposible que me hubieran dejado sola tanto tiempo.

¿Y si habían salido a buscarme y al ver que no estaba habían empezado a llamarme, pero yo como iba tan sumida en mis pensamientos no había escuchado nada?

Me di valor y comencé a caminar intentado ver algunas de las luces del pueblo, si las veía sería fácil regresar a la casa de Hans, me podría guiar por esas luces.

Madre mía, lo que era la mente del ser humano.

Toda la pena y angustia que sentía antes con lo de mi "abuelo, padre" porque ya no sabía si era uno u otro. La cuestión es que todos esos sentimientos encontrados fueron sustituidos por el miedo.

No era uno de estos que te dejaban el cuerpo totalmente paralizado, pero si era ese tipo de miedo en el que una pequeña presión se te instalada en el pecho, era de ese que te hace estar alerta en todo momento, del que se te encoge el estómago.

Ese era el tipo de miedo que me recorrió el cuerpo en ese instante, solo esperaba no pasar de estar un poco asustada, al pánico.

Seguí caminando, mirando a mi alrededor, de vez en cuando giraba sobre mis propios pies, de nada me valía.

"Ana, pareces tonta, lo que no te pase a ti, no le pasa a nadie", pensé.

Y lo peor de todo, era que, seguro que estaban pensando que había huido, pero ¿adónde iba a ir sin cartera, ni móvil, ni nada?

"Ana, te veo pasando mucho frío esta noche durmiendo entre los árboles", me dije a mí misma. *"No quiero morir de frío".*

Cada vez me iba poniendo más nerviosa y eso no ayudaba en nada porque los pensamientos iban A peor. Ya me veía muerta por congelación o algo por el estilo, ¿un poco extremo ese pensamiento? Puede que sí, pero no lo podía evitar.

Lo único que me quedaba en estos momentos era ponerme a gritar como una loca. Joder, que tampoco me podía haber alejado mucho. Todo esto estaba siendo surrealista.

Nada tenía sentido. De estar envuelta en la tristeza más grande del mundo, al miedo.

Al no llevar nada encima, solo la ropa que llevaba puesta no podía saber la hora que era ni el tiempo que más o menos había pasado.

Los llamé a todos, me dejé la garganta gritando, sin embargo, no recibí ninguna respuesta. Por mucho que insistí de nada me valió.

Tampoco quise seguir caminando, porque, ¿y me estaba alejando cada vez más?

Pensé que era mejor quedarme donde estaba y dejar que las horas fueran pasando, por lo menos hasta que empezara a amanecer y con la claridad del día poder retomar el camino y llegar hasta la casa de Hans.

Me senté debajo de un árbol con las piernas flexionadas y las abracé por las rodillas. Apoyé la mejilla en ellas y dejé que las lágrimas salieran sin control.

Lo único que quise fue cerrar los ojos y aparecer en mi casa, pero no con esta edad, no con los pensamientos que me estaban martirizando, quise regresar, pero siendo una niña donde las cosas no dolían igual, donde lo que más me preocupaba era aprobar el examen de matemáticas y jugar en la calle con mis amigas.

Donde un abuelo que yo pensaba que era buena persona me esperaba en casa con los brazos abiertos y acurrucarme con él por la noche en el sofá mientras veíamos una película.

Nada de eso iba a volver, nada de eso había sido cierto, toda mi vida había sido una mentira, una sin sentido donde la única perjudicada de toda esa historia había sido yo.

Que sí, que no podía negar que había tenido una bonita niñez dentro de toda esa mentira, pero de qué valía cuando unos años después iba a recibir uno de los golpes más duro que podía haber recibido.

Por mucho que quisiera encontrar la lógica del motivo por el que ese hombre se había inventado todo, no encontraba nada, no tenía sentido.

¿Por qué no me dijo que era mi padre? Daba igual que fuera hija de otra mujer y no de la suya, tenía que haber asumido su papel.

Si había sido él el que se había hecho cargo de mí, ¿por qué no hacerlo como padre en vez de abuelo?

Llegué a la conclusión de que por más vueltas que le diera a la cabeza no iba a llegar a nada, solo me quedaba asumir todo y seguir hacia delante con mi vida.

"Eso si sales de esta", volví a pensar.

Las horas fueron pasando o eso creía yo, porque se me hizo eterna la espera del amanecer y encima cada vez estaba haciendo más frío.

Menos mal que me había dado por ponerme una sudadera cuando me duché.

Metí las manos dentro de las mangas de la sudadera, los dedos se me estaban quedando congelados. El cuerpo no paraba de temblarme y los dientes de castañearme. "Que pena que la sudadera no tenía gorro".

Solo pensé que ojalá pasaran las horas rápidas y todo esto pasara cuanto antes.

Los ojos me empezaron a pesar, no sabía si era debido al cansancio del día, a tanto como había llorado, al frío y a la hora que suponía que sería.

No me quería quedar dormida. Yo no es que fuera muy entendida en estas cosas, pero sabía que cuando se dormía la temperatura del cuerpo baja y lo que tenía que hacer era intentar que se mantuviera lo más alta que pudiera.

Me iba a levantar, por lo menos, aunque fuera para andar por esta misma zona y así mantenerme activa y que mi cuerpo estuviese en movimiento, pero en cuanto hice el intento, mis piernas no respondieron como yo hubiera querido.

Se me habían quedado rígidas y doloridas. Tuve que ir estirándolas poco a poco, hasta que por fin sentí como la sangre empezaba a circular por ellas.

Apoyé las palmas de las manos en el suelo a ambos lado de mi cuerpo para tomar un poco de impulso y ponerme de pie. Lo logré y en ese instante lo único que pensé, fue que menos mal que me había perdido en esta época del año, porque sabía que no iba a morir congelada, quizás si podía darme un pico de hipotermia, pero ni de lejos me pasaría lo mismo si hubiese sido en invierno.

Me moví tanto como el cansancio que empezaba a pesar en mi cuerpo me lo permitió, cuando sentí que de verdad no podía más, me volví a sentar en la misma posición en la que había estado antes.

¿Me estaría buscando Hans? ¿Estaría preocupado por mí? Creí que sí, porque los besos, la forma de mirar no se podía fingir, por lo menos no de la manera en la que ese hombre me miraba y me hacía sentir.

Fue antes de quedarme dormida sin darme cuenta que deseé con todas mis fuerzas estar en esos momento, acostada a su lado, siendo rodeada por sus fuertes brazos y sintiendo el calor de su cuerpo.

Eso era lo único que me importaba, estar en su casa con él y con Melina. Si, de todos modos, lo que había pasado con mi familia no tenía solución, lo pasado, pasado estaba, pero sí que tenía solución mi futuro y en ese futuro quería que estuviera ese padre y esa hija que tan imprescindibles se habían vuelto para mí.

Capítulo 32



Hans

—Voy a salir, quiero ver si está bien —les dije a los tres, que estaban en el salón—, lleva demasiado tiempo fuera.

—Déjala, tiene mucho en lo que pensar, cuando esté preparada entrará —me contestó Alicia.

—No, porque lo que menos necesita Ana en estos momentos es sentirse sola —le aclaré—. La quiero mucho y no pienso dejar que pase por esto sola, puede que tú le des su espacio, pero yo no se lo voy a dar y menos si es porque está mal.

—Hans —me detuvo Rosa—, yo creo que Alicia tiene razón, cuando ella quiera entrar, que lo haga.

—Lo siento, Rosa, pero te digo lo mismo que le he dicho a ella: vosotros haced lo que queráis, pero yo no —no pensaba hacer lo que me estaban diciendo.

Me sentía mal por no poder estar junto a ella, me daba igual que no quisiera hablar, solo necesitaba abrazarla fuerte contra mi pecho. Que sintiera que no estaba sola y que todo lo que necesitaba si ella quería se lo podía dar yo.

No iba a permitir que nunca más sintiera que estaba en esta vida sola sin familia, porque me iba a tener a mí y a mi hija.

Otra cosa muy distinta sería que ella no quisiera estar con nosotros, si era el caso no me quedaría más cojones que aceptarlo, aunque por dentro me matara de dolor y pena.

—Hans, tiene razón, si te hubiera pasado a ti yo tampoco te dejaría mucho tiempo sola —menos mal que Levi opinaba igual que yo—. Ana tiene que entender que él está para ella, para todo lo que necesite y que no se sienta sola, le ha dado una hora, fíjate si ha respetado su decisión bastante tiempo, yo te hubiera dado mucho menos tiempo — los dejé hablando.

Iba hacia el porche pensando que me la iba a encontrar acurrucada en el balancín con la manta que teníamos puesta allí.

Al abrir la puerta me quedé un poco paralizado, Ana no estaba allí. No la encontré donde yo había pensado que iba a estar.

Bajé los escalones del porche y empecé a rodear la casa por si estaba dando un paseo por los alrededores.

No la vi por ningún lugar ni cercano ni lejano, simplemente no la veía.

¿Y sí se había ido? Me pregunté, pero después me dije que Ana no sería capaz de hacer algo así, por lo menos no sin despedirse.

Si ella hubiera querido irse lo habría hecho por la mañana, con sus cosas y haciendo las cosas bien. No en mitad de la noche, sin decir nada y sin llevarse nada.

Entré corriendo en la casa para comprobar si se había llevado su teléfono y si era así, la pensaba llamar, por lo menos para quedarme tranquilo.

—¿Qué pasa? —me preguntó Levi al verme acelerado.

No le hice caso, busqué el teléfono en el salón y en la cocina al ver que no estaba pensé que se lo había llevado.

—Ana no está —le dije, mientras cogía mi teléfono para llamarla— ni en el porche ni por los alrededores.

—Eso no puede ser, ella no sería capaz de ir a ningún lugar sin decírnoslo —Alicia salió corriendo fuera de casa para buscarla— ¡Ana! —escuché que gritó con todas sus fuerzas.

—Voy a llamarla, el móvil no lo tiene por aquí, imagino que se lo ha llevado —marqué su número y esperé a que diera el primer tono.

—Se escucha un teléfono dentro de alguna habitación —me dijo Rosa.

Fui corriendo a la nuestra y allí lo tenía encima de la cama, ella era igual que yo con los móviles, no le solía hacer mucho caso y siempre lo iba dejando por cualquier lado.

Solo lo cogía cuando quería hacer alguna foto para tenerla de recuerdo o si sabía que le tenían que hacer alguna llamada.

—No se ha llevado el teléfono —les dije cuando llegué al salón con él en la mano—, ni su cartera —les informé después de mirar su bolso colgado en el perchero de la entrada.

Alicia entró corriendo en casa. Traía las lágrimas saltadas.

—No está, no la encuentro por ningún lugar y por mucho que la llamo no responde —dijo con la voz temblorosa.

—Se habrá alejado un poco sin darse cuenta —habló Rosa.

No le hice caso, mi mente solo estaba puesta en encontrarla.

Estaba acostumbrado a buscar a personas cuando se perdían, por lo que siempre tenía una mochila preparada con una manta fina, con cuerdas, linternas, un pequeño botiquín y las cosas más necesarias para estos casos.

La tenía en un rincón de la despensa, fui a por ella y de camino cogí un par de botellas de agua. No sabía si se había alejado mucho, como me la iba a encontrar, si iba a estar bien o mal…

No tenía idea de nada, solo sabía que la quería encontrar. A lo mejor estaba bien y resultaba que solo estaba dando un paseo sin importancia y no había escuchado como la llamaba Alicia. A lo mejor me estaba alarmando más de la cuenta, pero me daba igual, hasta que no la viera con mis propios ojos no me iba a quedar tranquilo.

—Vamos —me alentó Levi—, ya he llamado a algunos de los chicos y vienen de camino.

—Yo voy con vosotros —por el tono en el que lo dijo Alicia, sabía que no la íbamos a hacer cambiar de opinión.

—Rosa —la llamé para que me escuchara—, ¿te puedes quedar con Melina hasta que regresemos? —le pregunté, aunque sabía que me iba a decir que sí.

—Eso no tienes ni que preguntarlo —me puso una mano en el brazo —. Encuentra a mi hermana, hemos perdido muchos años separadas y ya es hora de que nos conozcamos y sepa que tiene una familia que la va a querer mucho —no ponía en dudas esas palabras, sabía el corazón tan grande que tenía y que no iba a dejar de lado a su única hermana, a pesar de no haber sido criadas como tal.

—No dudes que la voy a encontrar, sabes que soy el mejor en todo el pueblo —no era por echarme flores, pero era la verdad.

—Sí, pero de todos los que has buscado, ninguno te importaba, no más del hecho de ser personas desaparecidas, Ana es distinta, a ella la quieres —me dijo.

—Y por eso mismo me voy a dejar la piel si hace falta —dije con seguridad.

No pensaba detenerme hasta dar con ella y algo dentro de mí me decía que no podía estar muy lejos, no le había podido dar tiempo a alejarse mucho.

—Vamos, los chicos ya han llegado —me informó Levi—. Nena, ve a por una sudadera de Ana, la noche ha empezado a refrescar y no quiero que cojas demasiado frío —le dijo a su chica.

Era la primera vez que veía a mi amigo así con una mujer, no quería decir que nunca hubiera tenido novia, porque había tenido alguna que otra y a todas las había tratado bien, como era lo normal, pero con Alicia tenía una cosa diferente, todo en él era diferente, pero para bien.

Al salir, ante mi casa había un grupo de unos quince hombre y otro tanto de mujeres. Me hizo sentir orgulloso la unión que teníamos todos en el pueblo.

En cuanto pasaba algo o alguien necesitaba ayuda, ahí estábamos los unos para los otros.

—Ana no lleva móvil, ni nada, por lo que no veremos ninguna luz —les informé—. No creo que le haya dado tiempo de alejarse mucho —aunque si lo pensaba bien, se había podido desorientar más de la cuenta y eso la podía haber llevado que fuera caminado sin rumbo, buscando regresar—. Lleva una sudadera rosa clara con unas letras blancas en el centro del pecho y unos leggins negros.

—Todos la habéis visto alguna que otra vez por el pueblo en el mes que lleva aquí, así que sabéis como es —siguió hablando Levi—. Vamos a desplegarnos en forma de abanico y a buscar centímetro a centímetro, todos tenemos nuestros teléfonos, el que la encuentre que nos llame a Hans o a mí.

Todos los presentes asintieron y nos pusimos en marcha. Como los mejores que conocíamos todo esto y estábamos más especializados en buscar a personas éramos Levi, Enea y yo, nos separamos en grupos distintos y así tener muchas más posibilidades de dar antes con ella.

—Hans —Alicia me detuvo cogiéndome del brazo— ¿Crees que le ha podido pasar algo? —Se me hizo un nudo en la garganta, porque esa era una de la posibilidades, pero me negaba a admitirlo—. Sé qué en esta época del año las temperaturas no son demasiadas bajas, pero ella tenía el pelo mojado, me da miedo que haya cogido demasiado frío.

Solo esperaba que no fuera el caso, porque morir de frío no lo iba a hacer, pero podía estar entrando en una hipotermia.

—Va a estar bien, ya lo veras —no sabía si la estaba consolando a ella o a mí mismo—. Vamos, no perdamos más el tiempo —terminé de pronunciar, antes de salir con mi grupo.

Se escuchaban las voces de las personas llamándola con toda sus fuerzas. Eran constantes, no dejaban de decir su nombre, pero no recibían respuesta.

Capítulo 33



Hans

Eran cerca de las cuatro de mañana cuando uno de los hombres que iba en mi grupo gritó a todo pulmón.

—¡Aquí! —Eché a correr en esa dirección como si me fuera la vida en ello— ¡La he encontrado, está aquí!

Al llegar la vi acurrucada en los pies de un árbol con la cabeza apoyada en sus rodillas e inconsciente.

Tiré la mochila a un lado para arrodillarme a sus pies y tomarle en pulso. Recé todo lo que pude para que estuviera bien. Le pedí a Dios o quien estuviera allí arriba que ni lo hubiese pasado nada.

—Dame la manta que hay en mi mochila —le dije a uno de los que estaban a mi lado— y llama Levi para decirle que la hemos encontrado y que avise a todos los demás.

—Aquí tienes —fue una mujer joven la que se había adelantado a darme la manta.

—Gracias, Amelie —conocía a todos los que habían venido a ayudar — ¿Puedes llamar a Rosa y decirle que vaya preparando la bañera con agua caliente para dentro de una media hora? —El regreso me iba a llevar mucho menos tiempo que la búsqueda.

Sabía por dónde ir para tardar menos tiempo, también debía tener en cuenta que habíamos echado algo más porque íbamos buscando por todos los rincones.

Asintió con la cabeza, yéndose para dejarme un poco de espacio y así poder atender a Ana con menos agobio.

—Ana, vamos preciosa —puse mis labios en su frente, sabía que era una tontería, pero necesitaba comprobar de todas las maneras posibles que se iba a poner bien, sobre todo que la iba a hacer entrar en calor—. Ana, cariño, venga despierta —le llené la cara de besos.

La tenía envuelta en la manta y entre mis brazos, la pequé todo lo posible a mi pecho para trasmitirle un poco de mi calor corporal.

No sé de dónde salió la chaqueta que le echaron encima del cuerpo, pero lo agradecí mucho. Ahora mismo todo el calor que le diéramos era poco.

Iba andando con ella entre mis brazos, no me entretuve, quería llegar cuando antes a mi casa para meterla dentro de la bañera.

—Ana, me estás preocupando —sentí como se removió un poco entre mis brazos.

—Ten…go mucho frí…o frío —dijo con los dientes castañeándole.

—Lo sé, cariño —me salió del alma llamarla de esa manera—, ya estamos llegando y en cuanto lo hagamos te vas a meter en agua caliente para entrar el calor —le di un beso en la cabeza, era la zona a la que tenía mejor acceso en ese momento.

No le pregunté qué era lo que le había pasado, ya tendríamos tiempo de hablar sobre eso.

En esos momentos, ni ella estaba para hablar ni yo para preguntar, no cuando todavía tenía el miedo metido dentro del cuerpo, porque me hice el fuerte, pero por dentro estaba hecho una autentica mierda.

No creía haber pasado tanto miedo en mi vida, solo pensar que se hubiera caído y golpeado en algún mal lugar, hacía que el corazón se me acelerara.

Menos mal que estaba bien, sí que es verdad que estaba demasiado helada, pero eso tenía mejor solución que cualquier otra cosa, por lo menos en el estado en el que la habíamos encontrado, que dentro de todo lo malo, no era tan grave.

—Me perdí —dijo a mitad de camino, ya no estaba temblando tanto —, no sé cómo ha pasado, solo sé que cuando me quise dar cuenta no veía ninguna luz para poder regresar.

—No pasa nada, lo que importa es que te hemos encontrado —volví a darle otro beso.

No me importaba como había llegado hasta allí, lo único que me importaba era que la tenía conmigo.

A mitad de camino me encontré con Levi y Alicia, los dos venían corriendo en mi dirección.

—Está bien, con un poco de hipotermia, pero bien —les dije para calmarlos antes de que me preguntaran.

—Ana —le habló Alicia, cuando llegó hasta nuestra altura—. Joder, Ana, menudo susto nos has dado.

—Lo siento, no ha sido mi intención —podía hablar mucho mejor—. No sé como llegué allí, supongo que comencé a andar y como iba pensando en todo lo que ha pasado ni me di cuenta de que me alejaba.

Llegamos a casa y tal como le había pedido a Amelie que le pidiera que hiciera Rosa, lo había hecho.

—Le he dicho a Mauro que me trajera de casa caldo que hice ayer y le he calentado una taza para que se lo tome —me dijo Rosa, cuando entré en la casa.

—Gracias, Rosa —fue Ana la que contestó—, la verdad es que me apetece mucho ese caldo —me gustó que diera ese paso hacía ella.

—No hay nada que agradecer —le contestó—. Como el agua está muy caliente porque no sabía el tiempo que ibais a tardar, se puede tomar la taza de caldo antes —se lo agradecí con la mirada—. Melina no se ha despertado —me informó—. Creo que lo mejor es que no vayamos todos y los dejemos tranquilos —les dijo a Levi y a Alicia.

Llevé a Ana al sofá, la dejé con cuidado, le quité la chaqueta que tenía que si no me equivocaba era Luca. Se la di a Rosa para que se la entregara y le eché otra manta por encima antes de ir a la cocina a por esa taza de caldo.

—Levi, dales las gracias a todos de mi parte —le dije cuando vino detrás de mí.

—Sabes que no hace falta, pero se las daré de vuestra parte —me dio una palmada en la espalda— ¿Quieres que me lleve a Melina? —me preguntó.

—No, no la voy a sacar a esta hora de su cama y que se asuste. Te lo agradezco de todos modos —cogí la taza.

—Vale, pero si ves que me necesitas, sabes que me puedes llamar a la hora que sea —no hacía falta que me lo dijera, sabía que siempre iba a poder contar con él.

Vi a Alicia sentada al lado de Ana dándole un abrazo, en cuanto me vio llegar se levantó despidiéndose de ella.

Me senté a su lado cuando nos quedamos solos, no le pregunté nada, tenía que ser ella la que se abriera a mí y lo mejor era dejarlo para otro día, esta noche habían sido demasiadas emociones.

—Toma —le ofrecí la taza—, bébetelo antes de que se enfríe.

Lo cogió entre las dos manos, era una forma de calentárselas.

—Gracias, creí que me iba a quedar toda la noche allí —murmuró, lo dijo tan bajito que me costó escucharla—. Te prometo que no tenía ninguna intención de irme, quiero que te quede claro, jamás desaparecería sin decir nada.

—Ana, te creo, sé que no me mientes —no es que fuera un iluso que me creyera lo primero que me dijeran, es que sabía que ella decía la verdad—. Venga, tómatelo que te vas a dar un buen baño.

—Oye, que no huelo mal —sabía que había hecho esa broma para quitar un poco del malestar que teníamos.

—Yo creo que sí, por eso me voy a encargar de frotarte bien —seguí con la broma, que no tenía ganas, pero menos ganas tenía de verla llorar.

En cuanto puso la taza sobre la mesa que teníamos delante, me levanté cogiéndola en brazos para llevarla al baño.

—Puedo andar yo sola —sonreí al oírla.

—Lo sé, pero me gusta llevarte en brazos —contesté, causándole también una sonrisa.

La dejé en el suelo del baño con cuidado y con mucho más cuidado la empecé a desnudar.

Lo fui haciendo despacio, con mimo y cariño.

—Creí que me moría de miedo cuando salí y no te vi sentada en el porche —empecé a contarle—. Cuando di una vuelta alrededor de la casa y tampoco daba contigo ese miedo se hizo mucho más fuerte —puso las palmas de las manos sobre mi pecho—. Te juro que nunca había sentido algo así. Al principio pensé que te habías marchado, que todo había sido mucho para ti y que no lo podías soportar.

—Nunca me iría sin decir nada —se le cayeron unas lágrimas, se las sequé con mis besos—. Estaba enfadada con todo el mundo, pensaba que todos os habíais puesto de acuerdo para mentirme, pero a pesar de pensar así, en ningún momento se me pasó por la mente irme sin más.

—Lo sé, solo tuve ese pensamiento unos segundos, después pensé que, aunque pensaras que no eras importante para mí porque te dije que escucharas a Rosa, nunca te marcharías sin despedirte de Melina y decírselo a Alicia —reconocí, dejando salir todo lo que había pasado por mi mente.

—Hans, puede que me sintiera dolida contigo y que en el fondo pensara que siempre te ibas a poner de parte de Rosa porque ella es importante para ti —no podía permitir que siguiera pensado de esa manera.

—Ella es importante para mí porque tengo mucho que agradecerle, pero es a ti a la que quiero, sin ella podría seguir viviendo, me dolería, pero no tanto como perderte a ti —me di cuenta como hacía el esfuerzo de tragar—. Sé que dijimos que no íbamos a hablar de esto, que lo nuestro iba a ser el tiempo que estuvieras aquí, pero no he podido evitar enamorarme de ti.

—Hans…

—No, déjame seguir, porque no sé si en otro momento voy a tener valor, no por decirte mis sentimientos, me faltaría valor para escuchar tu rechazo —puso un dedo en mi labios acallando mis palabras.

Capítulo 34



Ana

—No te voy a dejar seguir hablando porque no vas a escuchar mi rechazo —pronuncié—. Yo también me he enamorado de ti —le confesé, no iba a seguir manteniéndolo para mí, no cuando él me había dicho que me quería.

Al final lo convencí para que se metiera en la bañera junto a mí, después de todo, él también había cogido algo de frío. Una vez dentro y mientras que estaba recostada con la espalda en su pecho, me puse a darle vueltas a todo lo que había pasado durante esa noche.

Sé que al principio de la noche cuando Hans me dijo que escuchara a Rosa, que desde que la conocía había demostrado lo buena persona que era, como cuidaba a su familia y lo que se había implicado en ayudarle con Melina.

Cuando dijo todo eso me lo tomé a mal, me hizo daño escuchar esas palabras, pero el tiempo que había estado a solas, perdida y pasando frío, me había dado cuenta de lo verdaderamente importante que eran Hans y Melina para mí, de cuanto los necesitaba en mi vida.

—Ana, ¿son ciertas esas palabras? —Parecía emocionado— Dime que sí, preciosa, dime que te vas a quedar junto a nosotros —"*no hay mal que por bien no venga"*, pensé.

Todo lo mal que lo había pasado durante toda la noche me había hecho ver que no quería una vida en la que no estuvieran presentes Hans y Melina. Quería que formáramos una familia los tres, bueno los tres y alguno que otro más que me gustaría que llegara en un futuro.

—No puedo, tengo que volver a España —la esponja que estaba pasando por el centro de mi pecho se detuvo.

—Entiendo —me dijo.

Hans era la clase de hombre que, aunque te quisiera más que a nada en la vida, siempre te iba a dar el poder de decidir, y lo que era más importante, iba a respetar todas tus decisiones, aunque con ello significara que iba a sufrir en el proceso, pero siempre iba a mirar por tu felicidad antes que por la de él mismo.

Lo que no se había dado cuenta era que yo también iba a mirar por él de la misma manera, porque su felicidad era muy importante para mí.

—Tengo que volver a España para poner la casa de ese hombre en venta, también tengo que arreglar todo los papeles del trabajo —soltó un suspiro largo y lento— ¿Crees que debería pedir excedencia o directamente dejarlo? —le pregunté conteniendo una sonrisa.

—Joder, que manera de hacer que se me encoja el estómago —soltó—. Yo te diría que lo dejes definitivamente, una vez que te instales no voy a dejar que te vayas nunca, pero para que te sientas más segura puedes pedir una excedencia —es que era para quererlo, siempre miraba por lo que creía que era lo mejor para mí.

Me giré en su brazos y terminé sentándome a horcajadas. Apoyé la frente sobre la suya, metí los dedos entre su pelo peinándolo hacía atrás. Me encantada tocarle el pelo y la barba que siempre tenía.

No era larga, no más de una semana como mucho, se la cuidaba y se la recortaba cada dos días. La tenía mucho más suave de lo que a simple vista parecía.

—Por ahora eso es lo que menos me importa. ¿Crees que podrán contratarme en el colegio de aquí? —le pregunté sin dejar de pasar los dedos por su pelo.

—Sé que, aunque te diga que no te va a hacer falta trabajar, me vas a decir que lo quieres hacer y que conste que me parece bien, no porque lo necesites, sino para que tengas tu propia independencia —con sus brazos me tenía rodeada la cintura—, pero te prometo que si es lo que quieres hacer te voy a ayudar a que lo consigas —estaba segura de que el rostro se me había iluminado por completo.

—Gracias —lo abracé por el cuello—, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —me salió del corazón hacérselo saber.

—Me encanta oírte decir esas palabras —me cogió por la mejillas, acercó sus labios a los míos dejando el beso más tierno y puro que me había dado hasta ahora—. Melina y tú, lo sois todo para mí —Dios, este hombre no podía significar más para mí.

Le devolví el beso, con la diferencia que esta vez fue subiendo de intensidad. Entrelazamos nuestras lenguas y la excitación empezó a crecer entre los dos.

Su pene se alzó entre nuestros cuerpos, balanceé la caderas para que el roce se intensificara provocando que se nos escapara un jadeo.

—Preciosa, creo que deberíamos dejarlo para otro momento en el que te encuentres mejor —me dijo con la voz ronca.

—No quiero que me hagas el amor en otro momento, te necesito ahora —le contesté.

Levanté un poco las caderas, lo justo para meter la mano entre nuestros cuerpo, coger su miembro y llevarlo a la entrada de mi sexo.

Era justo lo que necesitaba para olvidar la noche que había pasado.

—Además, así me ayudas a entrar en calor más rápido —le dije con una media sonrisa.

—Si es para que te recuperes antes, puedes hacer conmigo todo lo que quieras —atrapó mi labio inferior entre los suyos, con la punta de la legua lo lamió—. Haz que entremos en calor —me dijo, antes de cogerme por las caderas para ayudarme a subir y bajar sobre su pene erecto.

—Que sacrificio más grande estás haciendo para que me recupere —dije entre la ironía y un poco de broma.

—No sabes el trabajo que me está costando —de golpe subió las caderas y yo baje las mías, por lo que la penetración se sintió demasiado placentera—. Joder, Ana —dijo casi sin voz.

—Hans —no me salían ni las palabras.

Me volvió a atrapar los labios en otro beso, esta vez había mucha más urgencia.

Fue un beso más largo, húmedo, lleno de deseo, de meternos debajo de la piel del otro, de sentirnos y dejar que los sentimientos tomaran el control.

Era la primera vez que nos acostábamos después de haber reconocido los sentimientos el uno por el otro.

Me sentía completa estando junto a Hans, en el tiempo en el que llevábamos juntos me había demostrado tanto y no con grandes cosas, más bien con detalles que sabía que eran suyos, ese tipo de gestos, miradas y acciones no se podían fingir, le salía del alma.

A cualquiera que le dijera que iba a dejar una gran ciudad para mudarme a un pueblo pequeño en mitad de los Alpes suizos diría que estaba loca, que había perdido la cabeza.

Me daba igual los pensamientos de los demás, a mí lo único que me importaba era que había conocido al mejor hombre del mundo, para mí, eso había que dejarlo claro, era el mejor para mí.

Y que por él y por Melina, sería capaz de ir hasta el fin del mundo si con ello iba a estar junto a los dos.

Igual que si le hubiese pedido a él que se mudaran a mi país, estoy segura de que lo habría dejado todo para venirse conmigo.

—Dios… —murmuré cuando me embistió más profundamente.

—Te habías distraído un poco —me dijo apretando los dientes—, y que lo hagas en un momento como este no me deja en muy buena posición —no pude evitar sonreír.

—Estaba pensando en lo perdidamente enamorada que estoy de ti —le confesé, al tiempo que giraba las caderas provocando que se nos escapara un jadeo a los dos.

—Dios, Ana, no te haces unas idea de cuanto te quiero —puso las manos detrás de mi espalda sin dejar de acariciarme con ellas.

Le rodeé el cuello con los brazos y con la frente pegada a suya sin dejar de mirarnos a los ojos, me hizo ver las estrellas cuando llegué al clímax.

Seguí moviéndome sobre él, hasta que poco después fue su turno para alcanzar la cima de su placer.

Con las respiraciones entrecortados, nos abrazamos apoyando la cabeza en el hombro del otro.

—Deberíamos salir ya —me dijo un minutos después—, el agua se está quedando demasiado fría.

Lo había notado, pero estaba tan a gusto que no me apetecía moverme.

Con mucha pereza y sin ninguna fuerza, me ayudó a salir de la bañera. Fue Hans el que me secó el cuerpo, me ayudó a ponerme la ropa interior y el pijama.

Poco después nos metimos debajo de las sábanas y dejé que el cansancio de toda la noche me arrastrara en un sueño profundo.

Capítulo 35



Hans

Me levanté temprano para el hacer el trabajo de todas las mañanas, aunque en realidad no había dormido ni dos minutos.

Entre la hora en la que la encontramos y después el baño, cuando me metí en la cama era casi la hora de levantarme.

Me vestí sin hacer ruido, no quería que se despertara, aunque dudaba mucho que algo pudiera hacerlo, no había terminado de apoyar la cabeza en la almohada cuando había caído en un sueño profundo.

Al salir de la casa para ir a ordeñar las vacas me di cuenta de que había alguien allí, al estar todavía muy oscuro no vi quien era hasta que no me acerqué lo suficiente.

No sentí temor, estaba tranquilo, sabía que nadie iba a venir aquí a hacer daño a mis vacas ni a nosotros.

—Vaya, pensé que te ibas a levantar un poco más tarde —era Mauro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté intrigado.

—Con todo el lio de anoche, he querido venir y echarte una mano —me contestó sentado al lado de Duquesa y con el cubo debajo de sus ubres.

—No tenías que haberte molestado —no me podía sentir más orgulloso con la unión que había en el pueblo—. Seguro que anoche tampoco descansaste mucho hasta que llegó Rosa.

Sabía que Mauro no había venido para ayudar a buscar a Ana, no porque no hubiera querido, sino porque unos años antes había tenido un accidente y desde entonces una pierna no se le había quedado muy bien, por lo que cuando andaba más de la cuenta le daban unos dolores terribles.

—Hans, sabes que no es molestia, para mí eres como un hermano —aunque Mauro era veinte años mayor que yo, nos llevábamos muy bien y siempre había tenido su ayuda junto con la de su mujer—. Rosa va a venir un poco más tarde para llevarse a Melina toda la mañana y que así podáis descansar un poco.

—Mauro, sabes que te lo agradezco de corazón, pero no me gusta molestar —nunca me había gustado abusar de la bondad de otras personas, solo había recurrido a pedir ayuda cuando no me ha había quedado más remedio que hacerlo.

Era de los que pensaban, que, si yo había hecho algo, yo era el que tenía que asumir las consecuencias y no cargar a otras personas con mis problemas.

—No digas tonterías, tú no has pedido nada, somos nosotros los que nos hemos ofrecido, creo que ya está bien de querer hacerte el fuerte —me iba hablando, pero sin dejar de ordeñar a Duquesa. No estás solo, a ver si lo aceptas de una buena vez —lo miré conteniendo una sonrisa.

—¿Me estás echando la bronca? —le pregunté, cruzándome de brazos.

—Alguien lo tiene que hacer y me ha tocado a mí. Ya que por desgracia no tienes a tus padres para que lo hagan ellos.

Mis padres me tuvieron siendo algo mayores. Me criaron dándome unos valores muy fuertes, valores que hoy día seguían muy arraigados en mi interior. Nunca me faltó su cariño y amor, pero por desgracia nada es eterno.

Cuando tenía diecisiete años a mi madre le dio un ictus del que no se pudo recuperar, estuvo un mes en un estado lamentable, hasta que su corazón no pudo aguantar más y en mitad de una noche se apagó para siempre.

Mi padre aguantó algunos años más, pero ya no fue el mismo, desde que perdió a la mujer que amaba, el mundo dejó de tener sentido para él.

Se fue dejando apagar y cinco años después, me dejó para reunirse con el amor de su vida en el más allá, que no sé si hay algo, pero me gustaba pensar que en algún lugar estaban los dos juntos.

Desde entonces me había quedado solo, bueno, solo tampoco, porque siempre tuve buenas personas a mi lado, personas que eran muy importantes para mí y que todavía seguían a mi lado.

—Nunca creí que a mi edad me tuvieras que reñir —dije riendo.

—¿Qué edad ni que edad? Sí eres un crio todavía —contestó, soltando una carcajada.

—Los cojones también los tengo de crio —me hice el ofendido.

—Eso no lo sé, se lo tendría que preguntar a Ana si es así o no —era un hijo de su madre y gracioso cuando quería.

—Yo que tú no se lo preguntaría —sonreí con chulería—. Te lo digo porque a tu edad imagino que te costará un poco satisfacer a tu mujer y la mía va sobrada en eso —me miró con los ojos entrecerrados—. Tú eres el que ha empezado antes, así que, donde las dan las toman —me encogí de hombros.

—Parece que el no dormir te ha sentado muy bien —me dijo con segundas.

—Me ha sentado de maravilla —admití, estaba feliz y no pensaba reprimirlo—, sobre todo porque Ana se va a quedar aquí —le confesé.

—¿Cómo qué se va a quedar aquí? —preguntó.

—Pues eso, que se va a quedar a hacer su vida junto a mí y Melina, que solo va a regresar a España para vender la casa y darse de baja en el trabajo —le expliqué mejor.

Se levantó viniendo hacia mí. Me puso las manos en los hombros.

—Hans, eso es una noticia estupenda —estaba contento—. Me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que merece la pena y, sobre todo, que esa mujer te quiera a ti y a tu hija. Te merecías encontrar a esa persona —sabía que lo decía de corazón.

—Te puedo asegurar que la espera ha merecido la pena —en mi vida había dicho unas palabras más ciertas—. No he podido encontrar a una mujer que me complemente mejor que Ana, lo tiene todo, incluso mi corazón —me sentó bien hablar con alguien de mis sentimientos y de lo que ella me hacía sentir.

—¿Crees que en un futuro querrá tener un acercamiento con su hermana y mi familia? —me preguntó preocupado—. Anoche Rosa antes de venir aquí, habló con los niños y conmigo, no contó todo lo que hasta el momento sabía o intuía que había pasado, cuando se quedó a solas en tu casa mientras vosotros buscabais a Ana me llamó por teléfono y me terminó de contar toda la historia.

—Ana tiene buen corazón, se ha dado cuenta de que Rosa le ha dicho la verdad, creo y casi estoy seguro de que va a querer formar parte de vuestras vidas —de verdad no creía que pasara de otro modo.

—A Rosa le gustaría mucho tener una estrecha relación con su hermana y a mis hijos les encantaría tener una tía presente en sus vidas —sonrió—, sobre todo a Gian, se puso loco de contento al saber que era su tía, por lo visto se lo pasó muy bien con ella.

—Supongo que necesitará un poco de tiempo o no, porque después de haberla encontrado parecía que se había dado cuenta de todo —le puse una mano en el brazo—. Tendremos que ir viéndolo poco a poco.

—Anda, tira y vete a la cama, necesitas dormir una hora —no se lo iba a discutir, el cansancio estaba haciendo mella en mi cuerpo—. Te lo dejo todo preparado en la cocina y no te preocupes por la niña, dentro de poco estará Rosa aquí.

Y tan dentro de poco, estaba seguro de que iba a llegar antes de que Melina se despertara, para que no tuviera que levantarme.

—En cuanto nos levantemos vamos a por ella —le dije con agradecimiento.

Entré en la habitación con cuidado, me desnudé a oscuras y me metí debajo de las sábanas con cuidado.

Ana parecía que tenía un sexto sentido para saber cuándo estaba a su lado, porque cuando no era así, dormía bocabajo abrazada a la almohada, pero en el momento en el que entraba en la cama cambiaba de postura acurrucándose en mi pecho.

Me gustaba mucho que hiciera eso.

La rodeé por la cintura pegándola a mi cuerpo todo lo que podía. La necesitaba a mi lado, se había convertido en alguien sin la que no podía vivir.

Ana junto a mi hija lo eran todo en mi vida, en ese momento no me podría imaginar una vida en la que faltara alguna de las dos.

"La voy a hacer la mujer más feliz del mundo", me dije a mí mismo, mientras la veía dormir.

Como si me tenía que dejar la piel, pero nunca más iba a sentir que estaba sola en la vida y que no la quería nadie.

Capítulo 36



Ana

—No nos vamos a caer, ¿verdad? —me contuve la risa cuando Melina me preguntó si el avión se iba a caer.

—No cariño, viajar en avión es muy seguro —le contesté.

Íbamos a España, la semana anterior le había dicho a Hans que me gustaría mucho que él y Melina me acompañaran.

La niña fue sentada en el asiento del centro agarrando una mano de su padre y otra mía.

—No te preocupes, que si el avión se cae ni te vas a enterar —dijo Alicia, que iba en el asiento de delante junto a Levi.

—No le digas esas cosas —le di una colleja.

—¡Ay! —se quejó frotándose la nunca— Que manos más larga tienes —resopló— Hans, ¿contigo también tiene las manos largas? —le preguntó con segundas la muy descarada.

—Me encanta que sea así —le respondió este, riendo.

—No digas eso papá, Ana no te pega —contestó Melina en su inocencia— ella es muy buena.

—Es que te voy a comer esa cara tan bonita que tienes —le cogí las mejillas y le llené el rostro de besos.

—Mocosa, ¿sabes que ahora duerme tu padre y Ana en mi misma cama y que se dan mucho besos? —La hija de su madre…

—¡Ali! —la reñí— No te pases, guapa.

—¿Entonces me vais a traer un hermanito? —preguntó ilusionada.

—Todavía no, cariño, falta mucho para que tengas un hermano —le contestó el padre, aunque por su mirada sabía que se moría de ganas por tener otro hijo—. Creo que primero vendrá un primito, porque el tío Levi lleva mucho más tiempo durmiendo con Alicia —llevaba casi el mismo tiempo que nosotros, solo lo dijo para echarle el muerto a ellos.

—Oye, que no he abierto mi boca para que me amenaces de esa manera —protestó.

—Sí, quiero una prima para jugar con ella, ¿tío, me vas a traer una prima? —le preguntó loca de contenta.

—Intentaré poner empeño para que así sea —le contestó este, girando la cabeza para mirarla por encima del asiento—, pero Alicia también tiene que echarle ganas —le guiñó un ojo.

—Tendrás quejas —le respondió mi amiga, dándole una palmada en la pierna.

¿Quién me iba a decir a mí que con ese viaje que hice para buscar respuestas iba a encontrar el amor? Y lo que era mucho más impactante, porque si alguien me lo cuenta me hubiera reído en su cara.

¿Quién me iba a decir que una persona tan urbanita como Alicia, lo iba a dejar todo por amor para irse a vivir a un pueblo suizo?

Pues lo estaba haciendo, además que no lo dudó ni un segundo.

Cuando la semana pasada hablé con ella para decirle que me quedaba, que solo iba a regresar a España para dejarlo todo listo y que iba a volver para hacer mi vida junto a Melina y Hans, lo que menos me imaginé es que ella me iba a decir que también lo dejaba todo, que en Levi había descubierto lo que era querer de verdad y que no pensaba dejarlo, que cuando le entrara mono de cuidad solo tenía que coger el coche o el tren e irse a pasar el día a alguna de las ciudades más cercanas.

Ella no tenía que dejar su trabajo, ya que trabajaba para ella misma creando páginas web para las empresas que la contrataban, así que mientras tuviera internet no tenía ningún problema.

—Ninguna, no me puedo quejar, pero quiero un hijo de verdad, no solo el intento —lo dijo tan serio que nos quedamos todos callados sin saber que decir.

Estaba claro que había sido toda una declaración de que quería su vida junto a la de ella, de otro modo, no le estaría pidiendo un hijo.

—¿Lo dices de verdad? —le preguntó ella, todavía impresionada— ¿Estás preparado para ese paso? Un hijo es una responsabilidad para el resto de la vida —con lo que le estaba diciendo, me estaba dejando claro que estaba muy asustada a que dentro de un tiempo Levi no quisiera seguir con ella—, no es una cosa que hoy si quiero y mañana no.

—Nena, creo que sé muy bien lo que quiero y lo que estoy dispuesto a hacer para conseguirlo —le contestó él, cogiendo una de las manos de mi amiga entre las suyas—, y te quiero en mi vida para siempre, quiero que tengamos nuestra propia familia. Te prometo que siempre vais a ser los primeros en todo.

—Joder, si hasta me he emocionado —dije limpiándome una lágrima.

De buenas a primeras sacó una caja, al abrirla vimos un anillo precioso dentro de ella.

—Ya sé que no es el lugar más romántico del mundo, pero no puedo esperar más para pedirte que te cases conmigo —no me lo podía creer, le estaba pidiendo a Alicia que se casara con él.

Todos los pasajeros que estaban cerca de nosotros se levantaron de los asientos, estaban pendiente a la respuesta que le iba a dar mi amiga a su chico.

—Di que sí —le animó Melina.

—Nena, no me dejes en mal lugar delante de tantas personas —me había levantado para grabar este momento y tenerlo siempre para el recuerdo.

Hans había cogido a Melina en brazos y con el otro me lo había echado por encima del hombro abrazándome.

Lo miré emocionada, me sentía super feliz por Alicia. Parecía mentira que nos hubiera cambiado la vida de esta manera.

—Sí, me quiero casar contigo —dijo llorando.

—Uf, menos mal —le contestó Levi riendo.

—Me caso contigo, pero no lo voy a hacer hasta que Ana no se case con Hans —le dijo después de que le hubiera puesto el anillo.

Me quedé paralizada. ¿Es que se había vuelto loca o qué?

—¿Qué dices loca?

—Loca y todo lo que tú quieras, pero hasta que no os caséis vosotros, no me caso —dijo con firmeza.

—Amigo, ya puedes estar pidiéndole que se case contigo, porque como por tu culpa no me case, te dejo de hablar —le dijo a Hans.

—No podéis estar hablando en serio —no salía de mi asombro—. Hans, no tienes que hacerles caso —le dije, cuando lo vi demasiado pensativo.

No quería que me pidiera que me casara con él por compromiso y mucho menos para complacer a nuestros amigos.

Yo quería que cuando lo hiciera fuera porque de verdad quería que me convirtiera en su mujer.

—Sois muy malos amigos —les contesté. Mentiría si dijera que no me sentí un poco decepcionada, pero entendía que tenía una hija, y que no quisiera hacer las cosas de manera precipitada. Pensaba pedirle que se casara conmigo esta noche. Me quedé sin respiración.

Sobre todo, cuando soltó a Melina en el asiento.

—Cariño, ¿me das la caja que te pedí que me guardaras? —le pidió a la hija.

La niña llevaba un bolsito y de él sacó un caja pequeña, era de terciopelo rojo.

Salió al pasillo clavando una rodilla en el suelo, abrió la caja y dentro de ella había un precioso anillo, era un solitario rodeado de pequeños brillantes.

Era el anillo más bonito que había visto en mi vida.

—Ana, desde que te conocí supe que eras especial, en cuanto mis ojos conectaron con los tuyos, quise tenerte entre mis brazos, que formaras tu vida con la mía —estaba tan emocionada que no podía dejar de llorar—. Jamás he creído en el amor a primera vista hasta que me crucé contigo, por eso y porque no puedo vivir sin ti, ¿te quieres casar conmigo y que juntos construyamos nuestra familia?

Dios mío, ¿desde cuándo tenía pensado hacer esto? Porque el anillo lo había tenido que comprar con antelación.

—Sí, quiero —dije con palabras y afirmando con la cabeza—. Quiero que formemos una familia juntos, quiero ser tu mujer y la madre de Melina y de los futuros hijos que tengamos.

Su hija iba a ser para mí como si fuera la mía, la iba a querer igual, de hecho, ya la quería.

Me puso el anillo y ni cuenta me había dado del montón de personas que estuvieron pendiente a mi respuesta hasta que levantó la rodilla del suelo para cogerme entre su brazos y darme un beso.

Fue entonces cuando escuché los aplausos, igual que había pasado con Alicia y Levi.

—Gracias, no sabes lo que significa para mí que tengas presente a mi hija —me dijo emocionado por mis palabras.

No estaba llorando, pero sus ojos estaban llenos de emoción.

—Tanto tú como Melina lo sois todo para mí —cogí a la niña en brazos y nos dimos un abrazo los tres juntos.

Porque a partir de ahora iba a tener mi familia, esa que había deseado durante tanto tiempo.

Capítulo 37



Hans

—Menos mal que Rosa y las demás mujeres nos han ayudado —dijo Levi a mi lado, vestido con su traje de chaqueta.

—Lo habríamos podido haber hecho nosotros solos, aunque gracias a ellas ha quedado todo muy bonito —le contesté, mirando como había quedado todo.

Estábamos los dos a pie del altar esperando que nuestras parejas aparecieran con sus vestidos de novias.

Al final la amenaza de Alicia de no casarse hasta que no lo hiciéramos Ana y yo se había cumplido y al pie de la letra, porque aquí estábamos los dos, esperando para unir nuestras vidas junto a ellas el mismo día.

Y como a Levi le había entrado la prisa tuvimos que organizarlo todo en dos meses, bueno en realidad yo también estaba deseando dar el paso y convertir a Ana en mi mujer. Bueno, con papeles, porque para mí lo era desde el día en el que se vino a vivir conmigo, pero dentro de un rato podía decir oficialmente que sí, que era mi mujer.

Las únicas condiciones que nos pusieron para llevar a cabo este día, fue que se tenían que casar las dos a la vez y que tanto la ceremonia como la celebración la teníamos que hacer en mi casa.

Ninguna de las dos quiso hacerlo en un hotel o en un restaurante, dijeron que les gustaba al aire libre y con las personas del pueblo formando parte de este día.

Por lo que así lo hicimos, eso sí, nos había resultado de mucha ayuda que tanto Rosa, como unas cuantas más de mujeres nos ayudaran en todo: en la comida que se iba a poner, el decorarlo todo y dejarlo precioso.

Nosotros nos encargamos de las cosas pesadas y también de la comida, porque tanto a Levi como a mí, nos gustaba meternos entre fogones.

—No te lo quería decir hasta que Alicia lo dijera, pero quiero que lo sepas por mí —a ver que me iba a soltar, viniendo de él podía ser cualquier cosa.

—Espero que no sea nada que ponga triste a Ana, porque os puedo matar —estaba hablando con él, pero no dejaba de mirar por donde tenían que venir las amigas.

—Creo que no, estoy seguro de que va a querer lo mismo —me tenía intrigado y mira que yo no era un hombre al que le gustaran los chismes—. Estamos esperando a nuestro primer hijo —estaba sonriendo tanto que casi no le cabía la sonrisa en el rostro.

—¿Es en serio? —le pregunté feliz por ellos.

—Sí, está de una falta, por eso no quiere decir nada, dice que es muy pronto y que puede pasar cualquier cosa, pero yo sé que todo va a ir bien —era normal que pensara así, aunque podían pasar mil cosas, cuando se trataba de hijos solo intentabas que por tu mente pasaran buenos pensamientos.

—Felicidades, me alegro mucho por los dos —lo abracé con fuerza —. Al final no os lo habéis pensado mucho —le dije cuando me separé de él.

—No, sabes que siempre me han gustado los niños y ahora que he encontrado a la mujer con la quiero pasar mi vida, no quería esperar más, ni ella tampoco —pronunció.

Como nos había cambiado la vida estas españolas desde que hacía poco más de tres meses habían aparecido en nuestras vidas. No faltaba decir que el cambio había sido para mejor.

—Tío, ¿no crees qué te has pasado? —me preguntó.

—¿Con qué me he pasado? —no sabía que era lo que quería decir.

—Hans, que hasta tienes a las vacas vestidas para la ocasión —no pude evitar soltar una carcajada.

—Eso no ha sido cosa mía, más bien le tienes que echar la culpa a tu sobrina, Gian, Bruno y Lily. Te prometo que me he quedado sorprendido cuando las he visto —los niños le habían puesto unos velos a la vacas hechos con tela de tul.

Imaginaba que se lo habrían hecho alguna de las mujeres.

El caso fue que cuando salí esta mañana de casa ya estaban así.

—Madre mía con los niños, vamos ni en una película de comedia harían esto —comentó, sin dejar de reír.

Rosa se acercó a nosotros, ella iba a ser mi madrina y la de Levi, su madre.

—¿Crees que le queda mucho? —Estaba deseando verla aparecer.

—Están listas ya —me dijo con una bonita sonrisa—. Te vas a enamorar mucho más cuando la veas —me dijo.

—¿Más de lo que la quiero? Dudo mucho que así sea, porque más que la quiero es imposible —estaba totalmente enamorado de ella.

—Te digo yo que sí, están las dos preciosas —desde que habíamos vuelto de España y Ana fue una tarde a su casa para hablar con ella, se habían vuelto uña y carne.

Cuando Ana me dijo que la mitad de lo de la casa se lo iba a dar a Rosa, me terminó de conquistar, no había podido tener un gesto más bonito con ella.

Lo tuvo claro y, aunque Rosa se negó a coger ese dinero, ella fue lo suficiente insistente como para obligarla a cogerlo. Le dijo que ese dinero era de las dos y que ella no se iba a quedar con una cosa que no le pertenecía.

—No tengo duda que así será —le dijo Levi.

La música empezó a sonar en el momento que mi hija salió de casa con su vestido en blanco y con una corona de flores en la cabeza a modo de diadema.

Venía caminado hacia nosotros mientras iba echando pétalos de flores silvestres.

Al llegar a mi altura se puso a mi lado, no podía estar más feliz. Tenía una sonrisa tan bonita que me dejó sin palabras.

—La tía Alicia le ha dicho a Ana que va a tener un bebé —me dijo, pero lo escuchó todo el mundo.

—Y se suponía que iba a ser un secreto —murmuró Levi.

—Es normal que se lo haya dicho, es su mejor amiga —le contesté.

—No, si lo digo por tu hija, anda que ha tardado poco en soltarlo delante de todos —negó con la cabeza, riendo.

—Lo mejor es que Ana le ha dicho que ella también va a tener uno —seguro que había escuchado mal lo que había dicho mi hija—. Lo siento, era un secreto —se tapó la boca con las manos.

—Cariño, creo que te has confundido, Ana no va a tener ningún hermanito —le dije mirando a mi amigo.

—Sí que lo va a tener, se lo ha dicho y no me he equivocado —mi hija no mentía nunca, pero como tenía tantas ganas de tener un hermano pensé que se lo había podido imaginar.

Dios, no me lo podía creer, ¿iba a ser padre de nuevo? El día no podía estar siendo más perfecto.

—No digas que me lo has dicho, vamos a dejar que sea ella la que nos dé la sorpresa —le dije en un intento de que ese secreto sí que lo guardara.

—Te prometo que no voy a decir nada —se cogió a mi mano esperando a que Ana comenzara el camino que la llevaría hasta nosotros.

No se equivocó Rosa al decir que me iba a enamorar mucho más de lo que estaba, en cuanto la viera aparecer.

Iba preciosa con el vestido.

Como ya empezaba a refrescar algo, era de media manga con el cuello barco y en el filo del cuello tenía el mismo encaje que en el resto del vestido.

No llevaba velo ni el pelo recogido, solo llevaba unas ondas y con pequeñas flores repartidas por el pelo.

Eran las mismas flores con las que estaba hecha la diadema de Melina.

Nuestras miradas se entrelazaron y al hacerlo vi en sus ojos un brillo especial.

Esa mirada me confirmó que lo que me había dicho mi hija era cierto. Ana estaba esperado un hijo. Ella no, los estábamos esperando los dos.

La familia que habíamos dicho que queríamos crear se estaba haciendo realidad.

—Felicidades —me dijo Levi en voz baja para que no lo escucharan.

—Creo que nos vamos a tener que acostumbrar que estas amigas quieran hacer todas las cosas importantes a la vez —murmuré con una sonrisa.

Ana y Alicia venían cada una cogida al brazo de Mauro, era el padrino de las dos y la verdad, no podía haber un hombre que representara mejor ese papel.

—Estás preciosa, cariño —le dije, al coger sus manos.

—Tú también lo estás —me regaló una sonrisa—. Te amo más que a mi vida —se me escapó una solitaria lágrima.

Me había dicho muchas veces que me quería, pero nunca me había dicho que me amaba.

—Yo también te amo —le confesé.

Le di un beso, en el volqué todo lo que sentía por ella, lo importante que era para mí.

—Antes de dar el sí quiero, tengo que decirte algo —me dijo apretando fuerte la mano que me tenía cogida—. Estoy embarazada, vamos a tener un bebé —dijo llorando de la emoción.

—Gracias, vida, me acabas de hacer más feliz de lo que ya soy —le dije, llorando igual que ella.

Esa vez sí que la besé con ganas, dejado salir toda la felicidad que me embargada el cuerpo.

Me volqué tanto en el beso que los invitados comenzaron a vitorear y a decir que nos habíamos adelantado a la ceremonia.

Los primeros en dar el sí quiero fueron nuestros amigos, después de sus palabras y su beso final, llegó nuestro turno.

—Sí, quiero —contesté sin apartar mis ojos de los suyos.

—Sí, quiero —pronunció ella—, sí quiero ser tu mujer y sí quiero ser la madre mi princesa —fue la primera vez que vi a mi hija llorar de emoción.

Pero no fue ella solo la que lloró, lo hicieron todos los invitados y yo el que más.

—Has llegado a nuestras vidas para ponerle color y traernos la felicidad completa —la abracé contra mi pecho.

Melina se nos abrazó a los dos.

Y en ese preciso momento empezó nuestras nuevas vidas. Una en la que Ana no iba a estar sola nunca más, en la que mi hija iba a tener una madre que velaría por ella y en la que yo iba a estar siempre al lado de ellas y del bebé que venía en camino.

Epílogo



Cinco años después…

Ana

—Hora de levantarse, cariño —me dijo Hans al oído, intentado despertarme con cuidado.

—No, hoy no me levanto de la cama —no sabía lo que me estaba pasando en el último mes, pero es que no podía con mi alma.

—Venga, sabes que prometimos que los fines de semanas y festivos siempre íbamos a desayunar todos juntos —entre palabra y palabra me fue dando pequeños besos por el rostro y parte del cuello.

Desde que había empezado a trabajar después de que Hans naciera, nos habíamos hecho esa promesa y hasta ahora nunca habíamos fallado.

Sí, Hans, porque quise que se llamara como su padre. Mi pequeño en pocos meses iba a cumplir cinto años.

Y he dicho mi pequeño por decir algo, porque mi hijo cuando nació parecía que tenía tres meses.

Madre mía, en mi vida había visto un niño recién nacido tan grande, pero vamos, que teniendo el padre que tenía era normal.

Este, no tenía nada que ver con su hermana, mientras que una era calma y sosegada el otro un caos absoluto.

Aun así, tenía sus cosas bonitas, porque a pesar de no parar nada quieto tenía muy bien corazón y listo era un rato, porque en el momento que veía que estaba cabreada se sentaba en el sofá o en una silla y de ahí no se movía.

Cualquiera que lo viera pensaría que no había roto un plato en la vida y lo que no sabían es que un poco más y rompe la vajilla de todo el pueblo.

Pero no perdía la esperanza de que con el paso de los años y cuando se fuera haciendo más mayor se fuera tranquilizando.

Cuando Hans nació, Melina no se quería separar de él en ningún momento, con el paso del tiempo hubo una época en la que huía de su hermano como si le fuera la vida en ello.

Pero, aunque huyera siempre había sido una hermana muy cariñosa y, sobre todo, protectora.

Ahora a sus once años, era todavía mejor. De verdad que no era porque fuera su madre, pero como mi hija había pocas niñas en esta vida.

Tengo que decir que era así gracias a su padre, él había sabido muy bien como educarla, le había enseñado que las cosa se ganaban con esfuerzo y que siempre tenía que tratar a todo el mundo con el mismo respeto que a ella le gustaría que la trataran.

Conseguí el trabajo en el colegio del pueblo y desde entonces tenía un puesto fijo. Me hubiera dado mucha pena no poder trabajar de lo que de verdad me gustaba, de lo que había sido mi vocación desde que era niña.

Por fin tenía mi familia y no solo de nosotros cuatro, porque había aumentado mucho y no por nosotros, lo decía por todos los que tenía a mi lado desde que me vine a vivir a Lauterbrunnen.

Sin contar a Alicia, que ella estaba a mi lado desde que tenía uso de razón.

Alicia, mi amiga, mi hermana, mi todo. Menos mal que había encontrado aquí a su amor, de lo contrario me habría dado mucha pena no tenerla a mi lado.

Alicia y Levi, habían tenido dos niñas.

La primera, Lucía, sí, porque Ali quiso ponerle un nombre que se utilizaba mucho en nuestra tierra.

Mi preciosa Lucía era tres semanas mayor que mi terremoto. Una rubia como su primo, porque mis hijos habían salido los dos con el color de pelo de su padre al igual que las hijas de mi amiga, también tenían el del suyo.

Pues eso, Lucía era dulce, tranquila y obediente, pero sobre todo risueña, siempre estaba riendo, desde que era un bebé.

Su hermana Noah era casi igual que ella y digo casi, porque no era tan nerviosa como mi hijo, pero sí que era un pequeño trastillo.

Noah tenía tres años y con ella sus padres dijeron que no iban a tener más, que les faltaban horas al día, como para tener otro hijo.

Mi hermana Rosa, la que era de mi sangre y que había conocido tan solo hacía cinco años, ojalá hubiera estado en mi vida desde que nací.

Rosa era puro corazón, todavía muchas veces cuando me daba por pensar en lo que había sido nuestras vidas, me costaba trabajo entender como nuestro padre había sido tan malo con ella y con su madre.

Ella junto a su marido y mis sobrinos se habían convertido en una parte de mi familia totalmente imprescindible.

Nos habíamos unido tanto, que era imposible pensar en una vida donde no estuvieran presentes ellos cuatro.

El resto de mi vida estaba siendo como había soñado que quería que fuera.

Tenía un marido que siempre estaba volcado en mí y en nuestros hijos, un hombre que era atento, cariñoso y conmigo muy romántico.

Siempre intentábamos tener nuestros momentos a solas y no lo digo por lo sexual, simplemente lo buscábamos para hablar, ver una película o abrazarnos en silencio.

—Hoy no tengo fuerzas para levantarme de la cama —le dije casi sin voz.

Entre que la noche anterior nos habíamos acostado un poco tarde y entre que hacía un frío del demonio, no me apetecía salir de la cama.

—Ven aquí —tiró de mi mano para que me apoyara en su pecho— ¿Qué es lo que te pasa? Últimamente te cuesta mucho trabajo salir de la cama y tú nunca has sido tan dormilona, ni cuando estabas embarazada de Hans, por no hablar de ese llanto que te entra de repente.

—No sé lo que me pasa, solo sé que estoy muy cansada y que todo me afecta más de la cuenta —le dije casi con las lágrimas saltadas.

—Ana, creo que sé lo te pasa, pero no estoy seguro —me dijo sonando su voz demasiado alegre para mi gusto— ¿Cuándo fue la última vez que tuviste el periodo? —Me puse a pensar… ¿Cuándo había sido?

La verdad es que siempre había sido muy distraída con ese tema y casi nunca me acordaba de los días en los que me tenía que venir.

—No me acuerdo —le contesté.

—Cariño, creo que estás embarazada —pronunció esas palabras con tiento—. Si me pongo a pensar el mes pasado no lo tuviste y si me apuras mucho, creo que el mes anterior tampoco —ahora que Hans me lo había dicho, me puse a hacer memoria y la verdad es que hacía tiempo que no lo tenía.

—¿Tú crees qué es eso? —no sabía como se lo iba a tomar, porque cuando tuvimos a Hans, dijimos que ya estábamos bien con dos hijos.

—Sí, lo creo por los síntomas que tienes y porque el pecho te ha crecido —rio.

—¿No te importaría tener otro hijo? Hablamos de no tener más —aclaré.

—No me importa, todo lo contrario, me hace muy feliz tener otro —nos giró quedando él encima de mí—. Siempre estás preciosa, para mí eres la mujer más guapa del mundo, pero durante el embarazo estás radiante.

—Mm… —me había quedado sin saber que responderle, no por la palabras que él me había dicho, sino porque empecé a sentir el roce de su pene con mi sexo— Creo que lo quieres celebrar antes de tiempo —le dije riendo.

—Quiero celebrarlo y por si no lo estás que lo estés hoy mismo —contestó con la voz ronca.

Poco a poco se fue introduciendo en mi interior. Con él era así, no hacía falta calentamiento, porque en el momento en el que nuestros cuerpos se rozaban se encendían de manera inmediata.

Que sí, que nos gustaba jugar a calentarnos la mayoría de la veces, pero en momentos como este no hacía falta.

Me hizo el amor como solo él podía hacérmelo, demostrándome en todo momento la forma tan inmensa que tenía de amarme.

Cuando terminamos me acomodé un poco más de tiempo en su pecho.

—¿Qué dirán los niños cuando se lo digamos? —le pregunté.

—Imagino que Melina saltará de alegría, siempre nos ha pedido otro hermano y Hans, con él estoy un poco perdido —reímos.

—Creo que vamos a tener que ampliar un poco la casa —lo habíamos hablado muchas veces, pero esta vez lo íbamos a tener que hacer de verdad.

—Sí, no nos queda otra —me dio un beso en la frente—. Te amo, cariño.

—Te amo, vida mía.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
